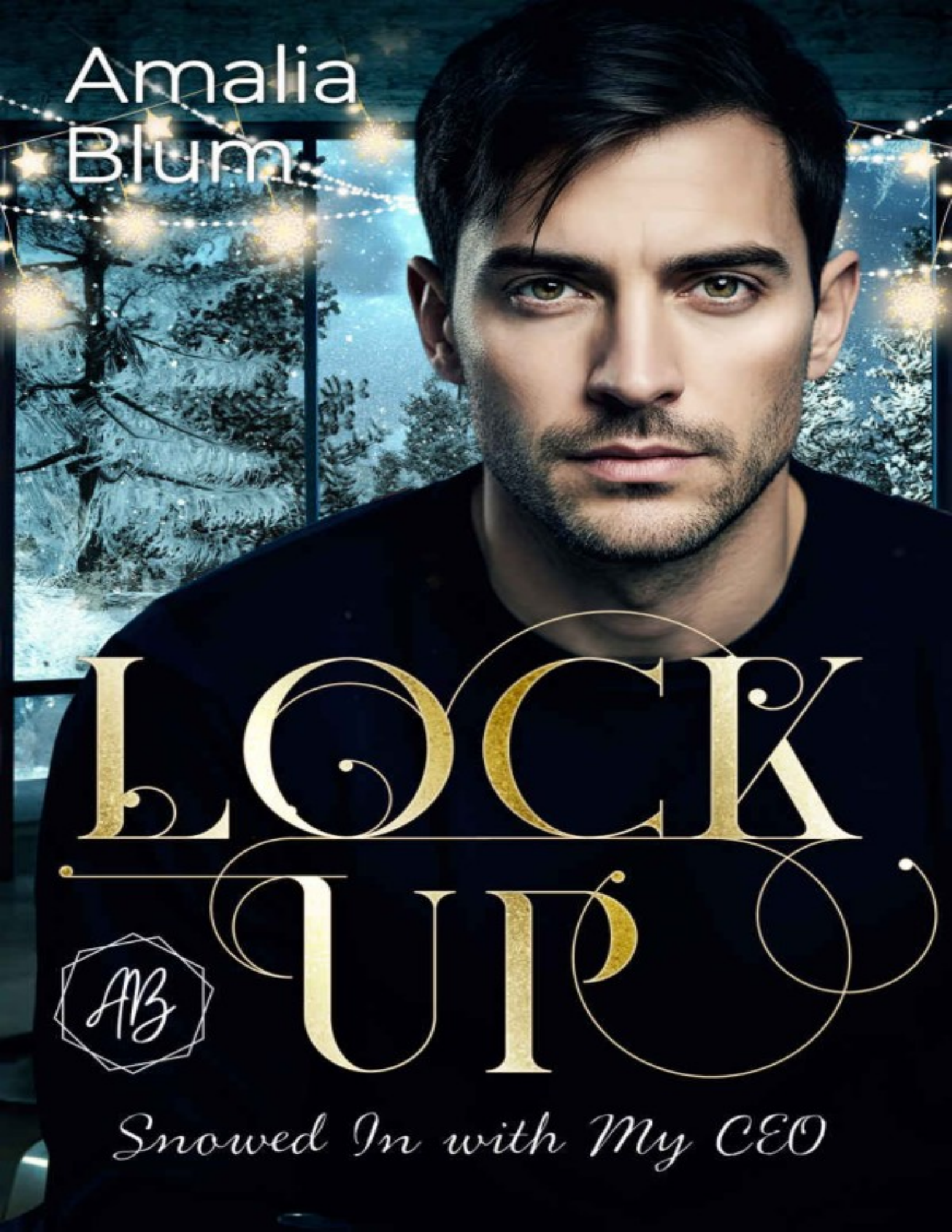

Amalia Blum
LOCK UP
AB
Snowed In with My CEO

# Lock Up

## Aislada por la nieve con mi CEO

Amalia Blum

Amalia Blum

1ª edición 2025

Diseño deportada: Black Swan Publishing e.U.

Edición: Black Swan Publishing e.U.

Sígueme en mi página de autora de Amazon y no te pierdasninguna de mis novedades y promociones.

https://www.amazon.es/stores/Amalia-Blum/author/B0CX5G1PJN

Todos losderechos reservados. Prohibida lareimpresión, incluso parcial. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida,duplicada o distribuida en forma alguna sin permiso escrito de la autora. Estelibro es pura ficción. Todas las acciones y personas descritas en este libroson ficticias. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es casual yno intencionado.

Este librocontiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

Black Swan Publishing e.U.
Berg-Sam 23/5
5023 Salzburg
Austria

# Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Gracias...

# Capítulo 1



# Cleo

Han pasado ya dos años desde que el gran alud sepultó a nuestro jefe, Gabriel Wings, en su mansión de lujo en la montaña. Nadie sabía que se encontraba allí, después de que la fiesta de Navidad se hubiera suspendido por la llegada de la tormenta y el consiguiente riesgo de avalanchas.

El señor Wings se ha retirado en gran medida del negocio desde entonces, porque quiere dedicar tiempo a su familia. Sigue siendo el accionista principal de la empresa, sí, pero los nuevos jefes de departamento están a diario en la compañía y se ocupan del funcionamiento del negocio.

En total son tres y se encargan de las siguientes áreas: marketing, ventas y compras.

Llevo apenas medio año en la *Diamond Wings Corp.* como asistente personal de Raphael Snow, responsable del área de marketing. Ahora, estos últimos seis meses me han exigido lo suyo.

El señor Snow es muy estricto, controlador y, como ya sugiere su apellido, frío como la nieve. No pasa un día sin que no haga que, al menos, uno de sus empleados se plantee dimitir. Por su culpa algunos ya han llorado y hasta han venido a pedirme consejo. Lo único que he podido recomendarles ha sido: "Haced bien vuestro trabajo y no tendrá de qué quejarse". Es que es tal cual: sí, el señor Snow es increíblemente estricto, pero justo. Una mezcla que, para qué negarlo, me encanta. Por supuesto, siempre hay empleados que

se alargan en las pausas o que, por dejadez o desinterés, no hacen bien su trabajo. Es natural que los reprenda por ello. Como jefe, es su tarea.

Quizás debería señalar que, por esta forma de pensar, no soy precisamente popular en la empresa.

No puedo quejarme por ello, sin embargo.

Además, Raphael me gusta… quiero decir, el señor Snow. En secreto le llamo por su nombre de pila y me imagino cómo me sonreiría si le llamara así en voz alta.

Mi corazón se derrite cada vez que pienso en él, antes de volver a convertirse en hielo en cuanto su trato distante me devuelve a la cruda realidad. Al fin y al cabo es mi jefe, y se comporta conmigo como tal. Me pagan, ni más ni menos, por poner todo de mi parte para que pueda desempeñar el trabajo en condiciones.

No solo atiendo llamadas y quito de en medio a los pesados. También preparo café, le llevo tentempiés, reservo restaurantes, noches de hotel, viajes y citas con clientes. Además estoy ahí para lo que pueda necesitar.

Bueno, digámoslo así: en mis pensamientos. Por desgracia, nunca me ha pedido mi opinión. Por si algún día lo hiciera, estoy preparadísima para cualquier eventualidad. O para un elogio.

Ay, sería tan bonito que me elogiara alguna vez. Para él, un buen trabajo significa simplemente que haga exactamente aquello por lo que me pagan.

Inspiro hondo, suspiro, cierro los ojos y me hundo en uno de mis ensoñaciones diurnas, que al menos me impiden perder la cabeza. Pasar todo el día con un hombre como Raphael Snow no es

precisamente fácil. Sobre todo si una tiene tanta imaginación como la mía. Lo admito: leo señales en cualquier nimiedad, aunque no haya nada. Pero… no puedo evitarlo.

Aprieto la carpeta contra el pecho, me apoyo de espaldas en el ascensor y me concedo un momento de calma. Solo un minuto. No me permito más. Luego podré pulsar el botón, subir a su despacho y serle la mejor asistente personal que se merece. Entonces, algún día, me sonreirá, me elogiará y me estrechará entre sus brazos, porque por fin reconocerá lo increíblemente valiosa que soy para él, no solo profesionalmente, sino también en lo personal.

Así será… al menos en mi imaginación.

*Las puertas del ascensor se abren.*

*Abro los ojos y lo veo justo delante de mí. Aspiro de golpe, sorprendida, y sonrío sin poder evitarlo cuando su mirada se cruza con la mía. Raphael parece sudoroso. Respira con dificultad y ha levantado el brazo izquierdo para agarrarse con la mano al marco superior del ascensor. Su traje azul marino, hecho a medida, se tensa. Su camisa blanca, que se ajusta a su cuerpo entrenado, deja entrever más de lo habitual…*

*Aprieto la carpeta contra el pecho, parpadeo hacia él y susurro:*

*—¿Está todo bien, señor?*

*—Ah, aquí está usted, señorita Lavelle… —jadea, y se me eriza la piel.*

*Sigo pegada a la pared, sin saber qué quiere decirme o qué va a pasar ahora.*

*Trago saliva cuando ronronea:*

*—La he visto entrar en el ascensor y quería hablar con usted, pero entonces se cerraron las puertas y… no quise esperar más —exhala con fuerza y baja el brazo.*

*Se acerca a mí con pasos tranquilos, de modo que puedo contemplarle la cara a la perfección. Cabello oscuro, casi negro, que normalmente lleva peinado con esmero. Ahora parece algo más rebelde. Unos mechones le caen sobre la frente y por encima de las cejas pobladas. Unos ojos gris oscuro me observan, mientras un rostro perfectamente afeitado resulta demasiado tentador como para no querer recorrerlo con las yemas de los dedos o incluso con los labios. Gracias a su entrenamiento no solo tiene un cuerpo de acero, también una musculatura mandibular marcada.*

*—¿Ha corrido por las escaleras sólo por mi culpa? —pregunto, atónita, y me aparto con timidez el pelo rubio oscuro tras la oreja izquierda. Bajo la vista, cohibida, e intento contener mi sonrisa amplia y halagada.*

*—Quería aprovechar el breve momento que podríamos haber pasado juntos en el ascensor para estar cerca de usted, señorita Lavelle…*

*Raphael ya está frente a mí, apoya una mano a la altura de mis hombros en la pared contra la que sigo recostada y con la otra me levanta suavemente la barbilla. Las puertas del ascensor se cierran. Estamos solos. Encerrados en una cabina de lujo, con barras doradas y un espejo lateral en el que me gustaría mirarme de reojo para comprobar si estoy lo bastante guapa ahora mismo.*

*—Señor Snow… —exhalo, sobresaltada, y noto claramente cómo me arden las mejillas cuando se acerca para besarme. Cierro los ojos y…*

PLIN.

Doy un respingo cuando las puertas del ascensor se cierran y el aparato se pone en marcha. Alguien en un piso superior lo ha llamado antes de que pudiera seleccionar la última planta. Vamos a remediarlo ahora mismo.

Muchas gracias, ¿eh? ¡Me han cortado el bonito soñar despierta!

Miro de lado al espejo y, por desgracia, veo que tengo las mejillas encendidas. Rápidamente compruebo el lazo de mi blusa, que llevo atado justo bajo el cuello. La falda sigue exactamente donde quiero: es ceñida y entallada, me marca un trasero estupendo y, combinada con los stilettos, dibuja una silueta fantástica. Llevo el pelo rubio oscuro, a la altura de los hombros, suelto. Los pendientes de perlas de mi abuela solo se ven cuando me retiro el pelo de vez en cuando. Lo hago de forma inconsciente y demasiado a menudo, porque en mi tiempo libre me gusta llevar coleta. En todo caso, con el pelo suelto resulto más atractiva. No sé por qué. A los hombres les gusta el pelo suelto, ¿verdad? Ojalá a Raphael también…

Suelto un suspiro cuando el ascensor se detiene en la cuarta planta. Sonrío a unos cuantos empleados que entran para bajar. Así que primero tocará ir hacia abajo y luego subir.

Ahora me quedan como mucho 20 segundos para terminar mi ensoñación. ¿Cómo era? Ah, sí: *eh, me besa con pasión y me aprieta contra la pared del ascensor. La carpeta se me cae al suelo. Normalmente eso le pondría de muy mal humor, pero no ahora. No aquí. No hoy. Solo importo yo y un beso ávido que ambos llevamos tanto tiempo deseando y…*

PLIN.

Me detengo y suspiro, molesta. He llegado a mi destino. A partir de ahora tengo que contener mis fantasías y ser profesional. ¡Al tajo!

Las puertas se abren de nuevo. No hay nadie. Suspiro en voz baja y salgo del ascensor.

Aquí, en la última planta, hay pocas oficinas. Sólo las de nuestros tres jefes, las de las asistentes personales y los espacios comunes, como los aseos, una cocina office, una sala de reuniones y cosas así. Normalmente aquí solo estamos seis personas. Si hay concertada alguna reunión de trabajo, entonces puede haber hasta veinte personas arriba, aunque no es lo habitual. Por lo general, nuestros directivos se reúnen fuera, en restaurantes elegantes.

Camino con pasos tranquilos hacia el despacho de Raphael. Solo tengo que cruzar el gran pasillo, equipado con asientos, grandes plantas verdes y algunas obras de arte. Hoy es 7 de diciembre. Desde hace una semana todo el edificio está adornado para las fiestas. Hay varios abetos, guirnaldas de luces y decoración. Aquí arriba es igual de cuidado, aunque más sobrio y limitado que la zona de recepción. En nuestra cocina o en las salas de trabajo no hay ninguna decoración. Me parece una pena, la verdad, pero nuestros superiores son muy estrictos con eso.

Llego a un pasillo más pequeño que conduce a su puerta. Miro mi reloj de pulsera. Son exactamente las 7:46. En realidad empiezo a las 8, así que he llegado con mucha antelación. Sonriendo, voy a abrir la puerta de su despacho, pero entonces vuelvo a caer en una de mis fantasías…

*Cuando, absorta, abro su puerta, me sobresalto: Raphael está con el torso desnudo y justo iba a ponerse la camisa. Me quedo helada y*

*no puedo evitar recorrerlo de arriba abajo con la mirada. Él sonríe, se echa la camisa sobre los hombros, apoya ambas manos en las caderas y me devuelve la sonrisa.*

*—Oh, eh… perdone, por favor —balbuceo, cohibida, pero sin perder la sonrisa.*

*—No tiene pinta de que le sepa realmente mal, señorita Lavelle —se burla, travieso, y alza una ceja con interés.*

*—No sabía que ya estaba tan temprano en la oficina —intento desviar la atención, me muestro tímida, aunque lo examino con todo detalle de arriba abajo. Mi mirada hambrienta no se le escapa. Me siento pillada cuando me mira con conocimiento de causa.*

*—Todas las mañanas, después de correr, vengo aquí y me preparo para trabajar —me explica. Claro que lo sé. Le gusta usar el baño que hay junto a su despacho para ducharse. Cómo me gustaría colarme y ver cómo las gotas de agua realzan su cuerpo esculpido, resbalan por él y luego caen desesperadas al suelo porque ya no pueden tocarlo.*

*—Normalmente echa el pestillo —protesto, divertida.*

*—Quizá quería que me pillara vistiéndome.*

No, eso él jamás lo diría. Raphael no es de esos gallitos. Aun así, me entra la risita, porque una situación así me encantaría.

—¿Por qué se ríe? —suena de repente a mi lado. Me tropiezo y casi se me cae la carpeta. Instintivamente agarro el picaporte y tiro de él antes de mirar, asustada, a Raphael. Al de verdad. No al de mi fantasía.

El único y verdadero está a tres pasos de mí, con una taza de café en la mano y la mirada inquisitiva. Su traje le queda perfecto. Ni está

sudado ni sonríe. O sea: lo de siempre.

—Me he acordado de una situación graciosa de anoche —me justifico y abro enseguida la puerta de su despacho. Ni siquiera le he dado los buenos días. Será mejor que lo remedie cuanto antes—. Le deseo un buenos días, señor Snow.

—Mh. Sí, igualmente.

Por supuesto, me aparto para que pueda entrar cómodamente en su oficina. Le sigo y dejo la carpeta sobre su mesa, donde ahora se sienta.

—Suele estar en la oficina dos minutos antes.

¿Se ha dado cuenta? ¿Se fija en a qué hora llego? Seguro que le preocupo y cree que he podido coger un resfriado.

*—¿Se encuentra febril? Por favor, siéntese, señorita Lavelle. Tiene un trabajo duro y yo tampoco soy siempre fácil. ¿Quiere que le traiga un café? —sí, algo así me diría entonces.*

Vamos, en mi ensoñación. En la realidad me mira con gesto interrogante, pero bebe su café y deja la taza a un lado para centrarse en la carpeta.

—Ha habido problemas con el ascensor —me explico. No mueve un músculo. Como si no le interesara. Así que no, no se preocupa por mí. Qué pena—, pero ya estoy aquí. Con mucha antelación. Como siempre.

Sin levantar la vista, comenta:

—Sí, ya lo veo.

¿Suena molesto? Creo que sí. Claro que ve que estoy aquí, y, por supuesto, sabe que, como siempre, he llegado con tiempo. Aun así,

ya le he preparado una taza de café antes de mi hora de entrada. El lunes tendré que venir aún antes para que no tenga que ir a por él.
—Voy a encargarme del desayuno entonces.
Es a las 9. En la primera hora Raphael no quiere que lo molesten. Revisa correos, solicitudes y demás mensajes, lee la documentación solicitada y hace algunas llamadas.
Hacia las 10 recojo el desayuno. Después va a varias reuniones o se ve con empleados de la oficina para tratar nuevos proyectos.
Tengo mi tablet en la base de carga de mi mesa. Ahí están anotadas todas las citas. Para hoy no hay nada importante. A estas alturas, justo antes de Navidad, he recibido la instrucción de agasajar con una reunión personal solo a los clientes más importantes.
—Resérveme también una mesa en el *Winters* para las 20:00.
Cuando lo dice, se me arquean las cejas.
—¿Para una cena de negocios?
—No, privada. Una mesa para dos.
Y ya estamos otra vez. ¿Cómo es posible que mi cabecita invente en segundos un escenario digno de un drama romántico perfectamente orquestado? Por supuesto, reserva la mesa para él y para mí, para confesarme por fin que está enamorado de mí y que podremos tener un affaire fuera del horario laboral.
Le sonrío radiante, lo que, por desgracia, hace que Raphael frunza el ceño. Lo pillo. Aquí en la oficina, tenemos que hacer como si nada.
—¿Hay algún problema? —quiere saber, mientras yo sigo embobada, con la mirada llena de amor, y niego con la cabeza.
—Winters. Una mesa para dos. A las 20:00. Reservaré la mesa para usted, señor Snow.

—Y una limusina para ir a recoger a mi acompañante. —Raphael coge un bolígrafo y un papel, apunta algo y me lo tiende—. Suele llegar un poco tarde, así que dígale al chófer que la espere. Recogida a las 19:00.

Cuando cojo el papel, leo en él no mi nombre, sino el de otra mujer. Con dirección incluida.

Isabella…

Se me endurece de inmediato la expresión. Trago saliva y me doy cuenta de que Raphael sigue mirándome, así que me planto una sonrisa al instante, aunque duela.

—Entendido. Me encargo.

Él solo asiente y abre la carpeta que le he traído. Yo salgo de su despacho con ese maldito papelito y esa estúpida dirección con el nombrecito de marras.

*¿Se notaría si lo quemara en la papelera?*

Aparte de que se activaría la alarma de incendios, se pondrían en marcha los aspersores, vendrían los bomberos y me rescataría un tío buenísimo, sacándome entre las llamas. Quizás eso pondría celoso a Raphael, ¿no? Cierro la puerta a mi espalda y voy con el papel blanco a mi mesa, lo dejo allí y enciendo el ordenador. Tengo que iniciar sesión para que puedan registrar mis horas.

Dos minutos después estoy en la cocina. Las otras dos asistentes personales también han llegado y se encargan del café, los bagels, los sándwiches y otros caprichos de sus respectivos jefes.

Por desgracia, no sirve de mucho hacerse amiga de ellas. Como mucho, en una semana se habrán ido.

Los tres directivos tienen un punto en común: son tremendamente estrictos.

De momento soy la única superviviente que ha aguantado más de un mes con uno de estos tipos. La rotación aquí es altísima. Cada día llegan una o dos candidatas ambiciosas nuevas, pero a muy pocas las vuelvo a ver.

Una vez, una de las chicas se largó a los veinte minutos. Nunca supe qué pasó.

Aquí estamos, pues, las tres en la cocina.

Las tres cafeteras funcionando, suenan villancicos en la radio. Y lágrimas. Esas también corren.

La morena, de poco más de treinta, intenta contenerse. Se seca una y otra vez las lágrimas y rezonga:

—Es que no consigo acordarme. Café solo. ¿A quién le gusta eso? El café lleva leche y azúcar…

Su jefe, Nathaniel Wood, le dice todas las mañanas que lo toma solo. Desde hace dos semanas. Ya me ofrecí a hacerle una lista que pudiera colgar en la nevera para no volver a equivocarse, pero me contestó que no es tonta y que puede acordarse. Pues parece que no.

—Tampoco le gusta el salmón —apunto cuando va a poner salmón en su bagel—. Y no le pongas tanta pimienta, no le gustan las cosas picantes. Mejor pechuga de pavo y queso con mucha ensalada.

Me lanza una mirada asesina.

—¿Quieres hacer tú su desayuno?

Por supuesto, el salmón va a parar a su bagel.

—¡Los bagels de salmón están buenos, que se lo coma!

No me extrañaría que escupiera encima.

La segunda, no, ya no me aprendo los nombres, es pelirroja natural y parece completamente intimidada. Le tiemblan las manos cuando va a cortar el sándwich. Ayer tuvo que escuchar de todo cuando, por error, metió la pata bien metida con su jefe, Samuel Gold. Resulta que programó su cita en el mismo restaurante y a la misma hora que una comida de negocios importante. Así que su acompañante se sentó a la mesa con un cliente porque no quiso irse y, al final, se marchó con él. Las consecuencias las sabremos hoy… quizás no la vuelva a ver, así que al menos quiero dedicarle unas palabras de consuelo:

—Mira el lado bueno. Seguro que el cliente se alegró de la compañía.

Unos ojos enrojecidos me miran fijamente. El temblor del labio inferior revela desesperación total.

—¿Tú crees? —gime, y sostiene en la mano el cuchillo grande y afilado con el que espero que corte el sándwich y no otra cosa.

—Sí, ya verás. Todos cometemos errores —le pongo la mano sobre la suya y empujo el cuchillo, con el que me estaba apuntando, de nuevo hacia la comida. Mientras, al fondo, la morena añade, muy en serio, leche y azúcar a la taza.

A diferencia de la pelirroja, la morena es un verdadero bicho. Solo espero que hoy la despidan. Me callo y la dejo cometer el mismo error otra vez. Quien me muerde día tras día cuando yo solo intento ser amable no merece más ayuda.

La morena sale de la cocina, y me quedo a solas con la pelirroja.

—Venga, deja ya de llorar. Al señor Gold le saca de quicio que su asistente llegue con los ojos como tomates. —Cojo un pañuelo de la caja y se lo doy—. Concéntrate. Haz bien tu trabajo. Revisa todo dos veces. O tres. Así no te despedirá.

Cuando digo eso, me mira espantada.

—Entonces me tengo que quedar aquí, ¿no? —balbucea, nerviosa—. Durante… semanas. Meses. Años. Dios mío.

—Un trabajo bien pagado que no puedes dejar así como así…

No llego a terminar, porque deja el cuchillo y sale disparada de la cocina. Se ha ido.

—Eh, ¡espera un momento!

No, me da que no la vuelvo a ver. Suelto un suspiro y resulta que vuelvo a tener a dos jefes a cuestas. Cuando una de las asistentes personales dimite, me toca a mí asumir el doble y a veces hasta el triple de trabajo. Pasa más a menudo de lo que me gustaría.

Preparo el desayuno para el señor Gold y para Raphael, cuando de pronto la morena pasa como una exhalación por la puerta de la cocina y me llama la atención. Miro. Da media vuelta, regresa y me señala furiosa con el dedo índice:

—¿Por qué no me has avisado de que no le gusta el azúcar en el café?

—Y tampoco la leche. —No se me ocurre una respuesta mejor para esta tontería.

—¡Ah! —chilla, enfurecida, y se larga. Estupendo. A las puertas de Navidad y me toca ocuparme otra vez de tres hombres. Tres superiores. Tres desayunos. Tres agendas. Si cobrara tres sueldos, al menos sería una opción para justificar este estrés.

Vuelvo a hacer café y le llevo al señor Wood su café solo. Llamo tímidamente a la puerta.

—Adelante —se oye. Acepto la invitación y entro en su despacho.

—Ah, señorita Lavelle… —se reclina en la silla con una sonrisa y parece algo cansado.

—Un café con mucha leche y azúcar —bromeo, lo que al menos le hace esbozar una sonrisa—. El café solo y extrafuerte hoy, por desgracia, se nos ha agotado.

—¿Qué haría yo sin usted?

—Beber café con leche bien dulce, señor —le contesto, y casi vuelvo a perderme en una de mis ensoñaciones. Si Raphael me sonriera así aunque fuera una sola vez…

—Raphael tiene mucha suerte de contar con usted —dice de repente, y saborea su café con un suspiro de gusto en los labios—. Oh, perfecto.

—El desayuno está casi listo. La pelirroja del señor Gold por desgracia también ha salido corriendo.

—¿Sandra? —ah, ¿se llamaba Sandra? Yo asiento sin más.

—A Samuel en realidad le gustaba, pero lloraba mucho —murmura. Asiento de nuevo—. Vaya, vaya, siga, seguro que hay mucho que hacer hasta que Samuel y yo encontremos a alguien nuevo. —Brinda conmigo y promete—: Le pediré a Raphael que le pague un buen bonus de Navidad.

¿En forma de besos salvajes en su despacho, quizás?

—Música para mis oídos —digo entre risas y salgo del despacho porque el señor Gold también necesita su café antes de que pueda ocuparme de la comida.

Vuelvo a la cocina, preparo el café negro y dulce, sin leche, y se lo llevo a su despacho. El señor Gold me mira sorprendido cuando le entrego su bebida.

—¿Dónde está la señorita Yellowstone?

¿No puede llamarla simplemente la pelirroja?

—Sandra ha abandonado el edificio. Su bolso ha desaparecido. Supongo que no volverá.

Vaya, al señor Gold casi se le cae la mandíbula al suelo.

—Y yo que tenía buenas noticias para ella, porque el cliente ha quedado muy satisfecho. A diferencia de mí. No pensaba despedirla… —me mira desconcertado cuando le tiendo su café.

—Ahora mismo inicio sesión en su tablet para cargar sus datos. La de Mr. Woods por desgracia tampoco está ya…

—¿Shondra White?

Asiento. A asentir, siempre.

—Sí, esa. La morena impertinente.

—Bueno, era de esperar. —Bebe un poco de café y luego se reclina —. Gracias por existir. Al menos usted es de fiar, señorita Lavelle. Le pediré a Raphael que le suba el sueldo. No podemos perderla bajo ningún concepto.

Sí, por favor. ¡Dígaselo! Y que por fin me invite a una cita.

—Muy amable, muchas gracias, señor Gold. —Me dispongo a salir de su despacho y anuncio—: El desayuno llegará a las 9.

Me llevo de nuevo la bandeja con los bagels de salmón, total, no se los iba a comer.

—Estupendo. Gracias. De verdad hace usted un trabajo magnífico.

Hoy me han elogiado dos veces. No suele pasar, pero por desgracia son los hombres equivocados los que me lo dicen.

—Hago todo lo que puedo.

Salgo sonriendo de su despacho y regreso a la cocina.

Vale. Tres desayunos. ¡Hecho! Lo saco adelante.

Para el señor Woods: ensalada, verdura, nada picante, que no sea demasiado dulce y sin lácteos: es intolerante a la lactosa. Aquí también tenemos algunos productos como el queso crema que llevan lactosa, pero de eso solo quiere muy poca cantidad. Además de los bagels de pavo con queso, le preparo ensalada, bastones de verdura, un cuenco con frutos secos y muesli con leche de avena.

Para el señor Gold es, en cambio, mucho más sencillo: le encantan los bagels con queso crema y salmón graso, requesón con frutos rojos y mucha miel. Le gusta lo dulce por la mañana, así que le pongo también unos macarons en la bandeja, además de algunos caramelos de nata y galletas.

Raphael, en cambio, es totalmente distinto: leche en el café, pero lo dulce no le gusta nada. Sigue una dieta estricta y rica en proteínas, por eso apuesta por las grasas saludables y los lácteos, pero evita la fruta y el azúcar. En su bandeja de desayuno van: huevos cocidos, yogur con frutos secos, bagels integrales con atún, fiambre de pechuga de pavo y queso. Además, dos aguacates y dos rebanadas de pan integral con huevos revueltos, salmón y cebollino a modo de decoración.

Por supuesto, decoro cada bandeja de desayuno con tomates, pepinos y rábanos cortados con gracia, excepto la del señor Woods, a él no le gustan los rábanos, antes de llevarlas a los despachos.

Primero al señor Woods, luego al señor Gold y por último a Raphael. Sonriente y nerviosa me planto ante su puerta. Llamo poco después de las 9 y entro tras un neutro:

—Adelante.

—Su desayuno, señor —digo y dejo la bandeja en su mesita baja.

—Cinco minutos tarde, señorita Lavelle. ¿Se va a convertir en costumbre? —sí, odia la impuntualidad con toda su alma.

—Las dos asistentes personales del señor Woods y del señor Gold han dimitido esta mañana y he querido dorarle un poco más los huevos revueltos. Le gustan así —me justifico.

—Debería haber servido mi comida primero —dice y se levanta de su escritorio—. Dado que usted es mi asistente personal.

Ya, claro. Pero con el señor Woods y el señor Gold solo he asomado la cabeza y ahora me quería tomar mi tiempo. Aunque eso, obviamente, no puedo decírselo.

—Discúlpeme, no volverá a ocurrir —digo, y me quedo un momento junto a la comida, a la que él apenas dedica una mirada rápida—. Hoy no voy a ocuparme solo de usted.

—Eso ya lo he entendido, señorita Lavelle. Aunque reformule la frase, no cambia el hecho de que se está repitiendo.

Auch.

—Discúlpeme…

—Y no se disculpe constantemente. Es solo una indicación, no un tirón de orejas.

No mejora. Asiento en silencio.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

Por ejemplo, sentarme a su lado y charlar un poco. Ahora, en la víspera navideña, ¿no debería ablandársele un poquito ese corazón de hielo?

—No. Ocúpese simplemente de sus tareas. El viernes de la semana que viene es la fiesta de Navidad con el señor Wings en su finca.

Coge primero el yogur.

—¿En… la que quedó sepultada bajo la avalancha? Pensaba que se había reservado un salón de eventos.

—Gabriel ha cambiado de opinión. No hay avisos meteorológicos oficiales y hay bastante menos nieve. Además, ya se han hecho todas las reparaciones necesarias. Se mantiene el viernes a las 16 h. Sólo cambia el lugar.

Dios mío.

—Modificaré las invitaciones con ese dato y las repartiré hoy mismo.

—Solo hay que sustituir la dirección —apunta, y empieza a comer.

—Me encargo. Que aproveche.

Salgo de inmediato de su despacho. A muchos empleados no les va a hacer ni pizca de gracia. El susto entonces fue grande cuando se supo lo ocurrido, y muchos aún hoy hablan del tema. Así me enteré yo también.

De vuelta en mi mesa, cambio el archivo de las invitaciones, que en principio hoy por la tarde se iba a enviar a la imprenta para que las tarjetas pudieran entregarse el lunes.

La dirección se cambia en un momento. Menos mal que, como asistente personal de Raphael, también tengo conocimientos de programas de diseño y puedo hacer algunas cosas yo misma. Tengo que hacerlas. Las modificaciones de última hora antes de la entrega

son frecuentes, y si los empleados ya se han ido, me toca quedarme más tiempo.

Las primeras veces pensé que lo hacía adrede para poder estar a solas conmigo, pero… no. Para nada. De verdad le importa solo el trabajo. Suspiro, guardo el archivo con la dirección nueva, imprimo una prueba y a las 10 en punto voy a su despacho. Cuando llamo, no dice nada. ¿Estará al teléfono?

Vuelvo con la impresión a mi mesa y quiero ir luego a ver al señor Woods y al señor Gold, pero tampoco responden cuando llamo.

Qué raro.

Sin embargo, cuando voy a pasar por la cocina para coger un poco de zumo, oigo murmullos. Entendido. Los tres están en la cocina. ¿Debería escuchar a escondidas?

No. ¿Lo hago de todos modos? Por supuesto.

—Ni siquiera dijo nada —murmura el señor Gold, a quién su asistente pelirroja, cuyo nombre ya se me ha vuelto a olvidar, le ha salido llorando del edificio hoy—. En la entrevista me causó muy buena impresión, pero de verdad lloraba por cualquier tontería. Fue agotador. Cómo nos podemos engañar.

—Al menos era amable. La mía era totalmente incapaz de aceptar críticas y una auténtica arpía. Creó un ambiente pésimo, justo lo contrario que la tuya, Raphael —dice el señor Woods. De fondo oigo la cafetera y cucharillas tintineando en las tazas de cerámica.

—Yo estoy bastante satisfecho —oigo decir a mi jefe. Bueno, algo es algo—. Aunque…

¿Perdón? ¿No tendrá queja ahora? Me apoyo en la pared y respiro hondo, cierro los ojos y vuelvo a sumirme en una de mis

ensoñaciones…

*—Aunque… a decir verdad, debo confesaros a ambos que siento algo más por ella. —Raphael sonríe mientras sus dos amigos más cercanos le dan palmadas de enhorabuena en los hombros.*

*—¡Ya era hora! —exclama Nathaniel.*

*—Vamos, si yo lo sabía desde el principio —dice Samuel entre carcajadas.*

*—Podías haberme dicho algo antes. No me había dado cuenta con el tiempo de que me estaba enamorando de ella. Y entonces por fin caí… —Raphael ríe, azorado, y deja su taza de café a un lado. Yo escucho cada una de sus palabras y estoy a punto de irrumpir en la cocina para decirle que siento lo mismo—. Sólo que no sé si yo a ella también le gusto o si mantiene la profesionalidad porque no quiere poner en peligro su trabajo.*

*—Cierto. Hace un trabajo extraordinario. Tienes mucha suerte con una asistente personal como ella. Lista. Humilde… —enumera Nathaniel.*

*—Y guapa. ¡Eres un suertudo! ¡Ve a por ella! —le anima Samuel.*

*—¿Y puedo hacer eso siquiera? Al fin y al cabo soy su jefe… —Raphael parece cortado—. Es realmente duro fingir todo el tiempo que me da igual.*

*¡Lo sabía! Está fingiendo todo este tiempo… pero en realidad yo también le gusto. Sonrío de oreja a oreja para mis adentros, pero entonces los tres salen a la vez de la cocina y me descubren. Me sobresalto y me quedo frente a ellos, cara a cara.*

*—Señorita Lavelle —exclama Raphael, sorprendido. Tiene que sonreír y no puede seguir ocultándome su faceta fría fingida—. ¿Nos*

*ha estado escuchando?*

*—Sí. He oído cada palabra. Y sí… claro que me gusta usted… quiero decir: tú. ¡Sí, tú también me gustas, Raphael! —grito feliz.*

Estoy ahí, con una sonrisa radiante, hasta que me arrancan de mi ensoñación y aterrizo en la cruda realidad. Es fría y dura:

—Aunque es demasiado tímida. Debería confiar más en sí misma. Lleva ya medio año aquí y aún así comete errores.

Doble auch.

—Tú sí que tienes problemas… —dice el señor Woods—. La mía ni siquiera fue capaz de recordar que yo tomo el café solo.

—La señorita Lavelle no llora, es fiable y amable. ¿Qué más quieres?

—Podría trabajar en sí misma y tomarse su trabajo más en serio.

Pues muchas gracias. Frunzo la nariz. No era esto lo que esperaba oír aquí.

—Eres demasiado estricto, Raphael —dice el señor Woods—. Da gracias de que no te envenena, de que sabe recordar lo importante y de que es leal. Hace horas extra, nunca se queja y desprende esa alegría tan dulce. Estar cerca de ella me resulta sumamente agradable.

—Casi suena a que la quisieras invitar a una cita —pregunta el señor Gold.

¡No! ¡Alto! ¡PARA! ¡Ese es el hombre equivocado! Me falta el aire y contengo la respiración.

—¿Qué? No, yo… —se justifica riendo el señor Woods.

—Tampoco te lo permitiría. Las relaciones entre empleados ya están poco bien vistas, pero entre un superior y una empleada… No, eso no es viable —aclara Raphael.

Se me rompe el corazón. Casi puedo oír cómo estalla en mil pedazos. Me pongo una mano en la boca y quiero irme. Simplemente, desaparecer de aquí. No puedo, porque me tiemblan tanto las rodillas que tengo que quedarme de pie apoyada en la pared.

—Eres demasiado estricto. Creo que le gustas —aventura el señor Woods, en tono más bien bromista.

—Date con un canto en los dientes. Algo harás bien. Creo que Nathaniel y yo somos demasiado majos con nuestras asistentes. Igual deberíamos ser fríos e inaccesibles. Parece que eso les gusta a las mujeres —comenta el señor Gold.

—Yo me tomo mi trabajo en serio. Vosotros dos deberíais hacer lo mismo. Gabriel espera en enero las cifras del cuarto trimestre. No quiero decepcionarle. —Raphael coge su taza y se va. ¡Mierda! He podido oír cómo la cerámica se deslizaba por una encimera, pero que ahora dé unos pasos solo puede significar que vuelve a su despacho.

¡Y yo estoy a poco más de un metro de la cocina!

Echando a correr unos metros por el pasillo, me dirijo hacia la cocina justo cuando aparece. Finjo sorpresa y pongo mi sonrisa más amable. Al momento se acercan también el señor Woods y el señor Gold.

—Ah, aquí están, señores. He pasado por sus despachos, pero nadie me ha contestado. ¿Retiro el desayuno?

—Sí —responde Raphael con sequedad. Pasa a mi lado sin más, pero se siente como si me clavara un puñal en el corazón. Yo, por supuesto, mantengo la profesionalidad de siempre y asiento

cortésmente a los otros dos antes de entrar en la cocina para servirme un zumo de naranja frío.

Con él vuelvo a mi mesa, retiro luego las bandejas del desayuno, le llevo a Raphael la prueba para que la apruebe, friego la vajilla y tiro los restos.

Después llamo a la imprenta, que pone en marcha las invitaciones, y reservo mesa en el Winters para que Raphael pueda cenar esta noche con su ligue. El chófer de la limusina también está avisado… aunque me habría encantado sobornarlo para que esa tal Isabella se quedara en su casa bien quietecita y poder ir yo en su lugar al restaurante con él…

*Llevo un vestido rojo ajustado. Rojo, el color del amor. Rojo, les gusta a los hombres, lo dicen todos los artículos que he leído. Ponte algo rojo y se enamorará de ti.*

*Me he maquillado llamativa, he resaltado ojos y labios, he ondulado un poco el pelo y los tacones altos hacen que le llegue a la altura de los hombros. Además estoy pletórica, porque mi plan de batalla ha salido bien: el chófer de la limusina no ha recogido a esa Isabella, sino a mí.*

*Él me abre la puerta, me ayuda a bajar y cruzo la alfombra roja del restaurante. Todas las miradas se posan en mí. Oigo murmullos. La gente se pregunta por qué una mujer tan impresionante como yo entra sola en un restaurante tan elegante. ¿Iré acompañada? ¿Quién será el hombre capaz de conquistar mi corazón?*

*El camarero me conduce a la mesa de Raphael. Él me mira sorprendido, porque al principio ni me ha reconocido. Raphael se pone en pie, me mira interrogante pero sonriente:*

*—¿Señorita Lavelle?*

*—Cleo. Esta noche, solo Cleo —digo y me planto un instante frente a él. Raphael se queda desconcertado y en seguida acerca mi silla para que me siente.*

*—¿Dónde está Isabella? —me pregunta.*

*—No he dejado que la recogieran, porque considero que una cita conmigo es la mejor opción para esta noche.*

*Raphael se sienta frente a mí y me dedica una sonrisa tímida.*

*—¿Así que has decidido eso por mí?*

*—Sí. Hoy en la cocina les has dicho a tus dos socios y mejores amigos que te gustaría que yo no fuera tan tímida. Creo que con este gesto por fin te he demostrado que siempre cojo lo que quiero.*

*—¿Y lo que quieres es una buena cena en un restaurante de lujo?*

*—No. Te quiero a ti. —Le sonrío con valentía y le lanzo una mirada seductora, lo que le pone un poco nervioso.*

Suena el teléfono. Frunzo el ceño y suspiro cuando me arrancan de mi pequeño mundo ideal. ¡Como no sea importante…!

—Diamond Wings Corp., jefatura de oficina del señor Woods, el señor Gold y el señor Snow. Le atiende Cleo Lavelle, ¿en qué puedo ayudarle? —digo amable.

—Eh, hola. ¿Está Raphael? —suena una voz femenina, molesta.

—Si desea hablar con el señor Snow, antes necesitaría su nombre completo y la empresa para la que trabaja —le respondo con profesionalidad.

—Isabella. Hemos quedado esta noche.

¡Santos cielos! Justo tengo al teléfono a la mujer que puede acercarse a él mientras yo solo puedo suspirar por Raphael desde la

distancia. Cierro los ojos e intento mantener la calma. Podría fingir su muerte, así ella se pondría nerviosa y no volvería a llamar. Eso quizás sería pasarse.

—¿En qué puedo ayudarla? Está en una reunión.

—Quería cancelar la cita de esta noche.

¡Los milagros existen!

—Se lo comunico encantada.

¡Encantadísima!

—Ni coge el móvil. Es de una mala educación tremenda. Al final he tenido que llamar a su secretaria. Tsk. ¿Quién se cree que es ese tipo? Pero nada contra usted, ¿eh? Usted no tiene la culpa. Le dice de mi parte que a una mujer como yo no se le trata así. Que se busque a otra.

—Vale…

Sonrío de oreja a oreja. Esto me viene de perlas.

—¿No le parece?

—Sí, tiene usted toda la razón…

¿Qué iba a decirle si no? Tengo que quitármela de encima como sea.

—Los hombres como él también se creen que las mujeres tragamos con todo. Ja. Conmigo no. Oiga, eh, que tenga un buen día. Bye.

—Gracias, igualmente.

Cuelgo con una sonrisa enorme. Ay, he juzgado fatal a esa Isabella. En el fondo es un encanto. Me hago una nota y vuelvo a perderme en mi pequeña ensoñación, que quizá de verdad podría hacerse realidad si Raphael no se entera de que su cita de esta noche ha sido cancelada.

Tareando feliz, sigo con mis demás tareas. ¡El día no podría ir mejor!

# Capítulo 2



# Raphael

37 mensajes nuevos y ocho llamadas perdidas de Isabella. Solo hemos tenido una cita y esta mujer ya me está haciendo la vida imposible. He tenido durante media hora una llamada importante con un cliente y, justo en ese rato, quiere hablar conmigo. Sin contar los muchos emojis de peineta. Deben de ser unos cincuenta.

Borro su número. Ese tipo de estrés no lo necesito para nada.

Me levanto para coger otro café. Así estiro un poco las piernas y me despejo. De camino a la cocina, paso por el escritorio de mi asistente personal, que tararea alegre un villancico que suena bajito en la radio. Cuando me acerco, alza la vista de la pantalla al instante y suelta el lápiz gráfico.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor Snow?

Se le vuelven a poner las mejillas tan rojas. ¿Se habrá resfriado? ¿O la he pillado sin trabajar? Voy a dejarlo pasar. Puede que solo la haya asustado.

—Sí, cancele la mesa para esta noche —le pido.

—¿La limusina también?

—Sí.

Asiente. Quiero ir a la cocina, pero por el rabillo del ojo noto que sonríe. Vuelvo a mirarla con escepticismo y veo claramente cómo, sobresaltada, me mira. Pillada.

—¿Ha habido alguna llamada importante mientras tanto? —quiero saber.

—No, señor.

Asiento cuando me responde y me voy a la cocina sin más. Es fiable, sí, pero a veces tengo la sensación de que está un poco colada por mí. Lo cual no tiene ningún sentido, porque me he esmerado en no ser ni demasiado personal ni demasiado amable con ella, para que ni se le ocurra desarrollar sentimientos por mí.

Solo espero estar imaginándomelo, porque no quiero tener que prescindir de ella solo porque algún encaprichamiento suyo afecte al trabajo. Hasta Nathaniel y Samuel ya se han dado cuenta. Ahora mismo estoy satisfecho con ella, pero siempre hay margen de mejora.

# Capítulo 3



# Cleo

Uf, por los pelos. Creo que me ha visto sonreír. ¡Eso no habría sido nada bueno!

Simplemente no podía decirle que Isabella había llamado, porque entonces seguro que me habría preguntado por qué no le había informado. Por suerte ha cancelado esa cita por su cuenta. Por desgracia, ahora no puedo aparecer allí de improviso. De verdad que es una pena…

Aunque, al final, no me habría atrevido de todas formas.

Resignada, miro a la pantalla. Tengo que responder aún algunos correos y mandar las pruebas a la imprenta para que en enero podamos seleccionar las próximas muestras para la campaña de verano. Llevamos casi un mes de retraso porque dos de nuestros diseñadores gráficos han dimitido. Me pongo en ello, porque otros tres llevan una semana de baja. Me gusta y es un cambio bienvenido con respecto a atender el teléfono.

A la hora de comer, nuestros tres directores generales se marchan juntos, como siempre. El viernes es un día corto, la mayoría de los empleados se van a las 13. Solo los directores se quedan más tiempo y, por supuesto, Raphael es el que más tarda, a menudo no se va a casa hasta después de las ocho. Como si no tuviera vida privada…

Me encantaría saber más de él pero no he conseguido encontrar nada sobre él en internet. Tampoco sobre su familia ni sobre sus

aficiones. No tiene perfiles en la red y, por lo demás, no revela absolutamente nada de sí mismo.

Lo único que conozco hasta el más mínimo detalle son sus hábitos alimenticios.

¿Cómo he podido enamorarme de él?

Creo que la culpa la tienen mis ensoñaciones. En cada historia que voy hilando lo subo a una especie de pedestal y me invento un hombre que en realidad no existe. Bajo la mirada y me pregunto cómo va a seguir todo esto.

¿Cómo estaré dentro de un año? ¿O en cinco? ¿Voy a quedarme soltera eternamente suspirando por mi jefe mientras quizás él ya tiene pareja y ni remotamente sospecha que me gusta? Y luego está lo que ha dicho antes en la cocina: nada de relaciones entre superiores y subordinados.

Punto. Final. Se acabó.

Es muy profesional en eso, haga yo lo que haga. Mi única oportunidad sería, quizá, dimitir y pedirle una cita.

Pero, ¿qué pasaría entonces?

¿Y si es un muermo o también en su vida privada es un témpano? ¿Si nunca sonríe, si no es empático ni cariñoso? Yo quiero un hombre que me entienda, que me valore y me lleve en volandas, como yo también quiero entenderle, valorarle y llevarle en volandas.

Si él es mi rey, yo no puedo ser una plebeya. Tiene que verme y tratarme como a una reina, si no, él tampoco es un rey.

*La realidad es bastante deprimente.*

Así que no es de extrañar que me refugie en mis sueños diurnos.

En la pausa de mediodía me siento en el café de enfrente del edificio. Mientras tanto vuelve a nevar y el centro parece cubrirse con azúcar glas frío. Al menos, así me lo parece a mí.
Con una taza de té caliente, una gran ensalada de atún y un buen pellizco de anhelo en el corazón, me siento allí. Intento ordenar mis pensamientos y juntar los datos objetivos:
- Nunca me sonríe.
- No me felicita.
- No me defiende delante de los demás.
- Tiene citas con otras mujeres.
Entonces, ¿qué aprendo de esto? Que no está interesado. Tras medio año de suspirar, de estar enamorada y de soñar despierta, parece que por fin ha llegado el momento de pasar página. La mera idea me pone tremendamente triste. Miro a mi alrededor en el café. No hay mucha gente. Suena música navideña por los altavoces y algunas parejas se hacen arrumacos. Tmbién hay algunos hombres solos.
Quizá debería charlar un poco con alguno. ¿Qué puede pasar? No sería más que una conversación agradable entre dos desconocidos. Pero, ¿cómo lo hago?
Normalmente son los hombres quienes flirtean conmigo, pero en los últimos meses he rechazado a todos porque, al fin y al cabo, quería estar libre para Raphael.
Uno de los presentes me gusta bastante. Está leyendo un libro, no se ve ningún móvil. En la mesa hay una ensalada y medio wrap en el plato. Parece absorto en sus pensamientos. No le veo anillo en el dedo. Bien, es mi oportunidad. Saco el smartphone, busco la novela

en internet y leo la sinopsis. Así al menos tendría un tema de conversación y podría hablar con él.

¡Vamos, Cleo! ¡Sé valiente, levántate y ve hacia él!

Reúno todo mi valor, me levanto, me acerco y entonces él alza la vista. Sin embargo, mira por encima de mí, sonríe y hace un gesto para llamar a alguien. ¡Tierra, trágame!

Sigo andando sin más y hago como si fuese a coger otra servilleta, y la idea ha sido absolutamente la correcta. Porque, cuando me giro, veo a un segundo hombre. Ambos se saludan con mucha efusividad. Vaya, pues nada. A ese chico ya me lo puedo quitar de la cabeza.

Avergonzada, vuelvo a mi mesa, sigo comiendo y me acabo el té. Por suerte nadie se ha enterado de este bochornoso intento de ligar con un hombre gay.

Lo peor de todo es que me siento como una traidora. Y eso que ni siquiera estoy con Raphael. No le debo nada. Desde luego no le debo mi fidelidad.

Tras la pausa, vuelvo a la empresa.

Mr. Woods y Mr. Gold se van a casa hacia las tres, y solo quedamos Raphael y yo en la planta de arriba. Seguro que aún hay algunos empleados sueltos en el edificio, pero quiénes son, eso ya no lo sé.

A las cinco debería terminar mi jornada, pero, por desgracia, Raphael no lo ve igual:

—Necesitamos para el lunes por la mañana las tablas de la colección Ámbar. Mr. Wings vendrá el lunes de improviso y quiere hacerse una primera idea de las cifras.

Miro a Raphael con gesto interrogante, porque crear esa tabla me llevará sin duda dos, quizá tres horas.

—Yo me ocuparé de la documentación y me quedaré en la oficina hasta las ocho. —Me hace un leve gesto con la cabeza y se vuelve sin más, justo cuando yo estaba cerrando los programas.

Adiós, tarde libre. En mi cabeza ya estoy en la bañera, con una copa de champán en la mano y un audiolibro apasionante. No debo dejar que se me note la frustración.

Vuelvo a abrir el programa y busco la documentación. Antes de empezar, quiero prepararme otra taza de té. Me la he ganado con creces.

Voy a la cocina arrastrando los pies. Nada más entrar, lo veo junto a la cafetera. Preferiría salir otra vez, pero hay que afrontarlo.

*Al entrar en la cocina, Raphael se gira hacia mí.*

*—Gracias —dice escueto, lo que me deja un segundo desconcertada.*

*—¿Por volver a hacer horas extra? —le pregunto con mirada triste.*

*—Sí, ya va siendo hora de que se lo agradezca, Cleo.*

*Se apoya en la encimera y saborea su café, mientras yo me acerco con cautela y lleno el hervidor. Me apetece un té de jengibre, que va bien para el sistema inmunitario.*

*—Qué bien oír eso de usted, Mr. Snow —le contesto con tristeza. Todo esto llega demasiado tarde. Estoy deprimida. En realidad no quería que se me notara, pero ya no consigo forzar una sonrisa.*

*—Sé que le exijo mucho. No soy un hombre de grandes palabras ni de agradecimientos. Yo también sigo aprendiendo. Así que… muchas gracias por estar siempre ahí para mí. Es la mejor asistente personal que alguien en mi posición podría desear.*

Eso jamás lo diría.

Doy un paso más y me limito a asentir con la cabeza antes de echar agua en el hervidor y coger una bolsita de té de jengibre. Le añado una cucharada de miel para que esté bien dulce. Aquí tenemos miel de manuka. Dicen que también ayuda contra los resfriados, y tengo la sensación de que me está empezando uno.

Nos quedamos en silencio, a apenas dos pasos de distancia. Ni siquiera ahora dice nada. Miro apesadumbrada mi taza XXL. ¡Me gustaría girarme hacia él y gritarle!

*¡Y eso es justo lo que hago ahora!*

*—¡Maldita sea! —suelto, y Raphael da un respingo—. ¡Usted no valora mi trabajo! ¡Estoy haciendo horas extra continuamente sin quejarme y usted lo da por sentado! Ni siquiera tiene una palabra de agradecimiento… ¿por qué es tan condenadamente frío conmigo?*

*Raphael me mira sorprendido mientras yo sigo encendida. Aún no he terminado:*

*—¡Es usted un ceporro insensible! ¿Cómo he podido enamorarme de usted?*

*No voy más allá, porque Raphael se acerca, me rodea con los brazos y me besa con avidez. Me empuja contra la encimera, me alza para sentarme sobre ella, de modo que soy un poco más alta. Así es más fácil besarnos con desenfreno mientras sus manos recorren mi cuerpo sin miramientos.*

—No me irá a caer enferma, ¿verdad? —me pregunta Raphael de repente, y consigue que lo mire con las mejillas ardiendo, sobresaltada.

—¿Perdón? —balbuceo nerviosa. Me siento cazada. Menos mal que no puede leerme la mente.

—La noto un poco hecha polvo y con las mejillas siempre rojas. El té de manuka ayuda, pero debería descansar. También puedo hacer yo la tabla.

Me quedo mirándole sorprendida. No me esperaba esto para nada. Esto no será otro sueño, ¿verdad?

—Eh… estoy bien. Esta noche me daré un baño bien caliente y el fin de semana dormiré mucho para estar recuperada el lunes.

Es la primera vez que parece preocuparse y que incluso se ofrece a hacer algo por mí. Como no estoy enferma, como mucho enferma de amor, por supuesto quiero ayudarle.

—Voy a pedirnos algo de comer. ¿Qué le apetece?

A él. Raphael a la plancha. Eso es lo que me apetece.

Me aclaro la garganta y digo:

—Fideos asiáticos. Sushi. O algo con proteínas, como… ¿carne?

¡Ahí! ¡Lo he visto! Por un brevísimo instante se le ha torcido la comisura de los labios hacia arriba. Seguro que no me lo he imaginado. Le sonrío y apago el hervidor, echo el agua caliente en mi taza y disuelvo la miel.

—Pediré una selección.

Con estas palabras y una taza de café, sale de la oficina. Me deja con el corazón desbocado y una sonrisa enorme. ¿Vamos a cenar juntos por primera vez? Al fin y al cabo, esta noche no tiene cita. ¿Y si me invita y soy su cita de sustitución?

¿Podría ser?

Con semejante buen humor, el trabajo sale solo. Avanzo a toda velocidad y meto el turbo. Casi 80 minutos después termino y lo guardo todo. Le envío un correo y, además, imprimo las tablas.

Cuando me levanto para ir a su despacho, recibo una llamada desde el vestíbulo.

—¿Miss Lavelle? Hay un repartidor para Mr. Snow. ¿Puede bajar a recoger la comida? —pregunta nuestro portero, que en el turno de noche hace de vigilante.

—Bajo ahora mismo. Estoy ahí en 30 segundos —digo y cuelgo. Saco el dinero de la caja que tengo en mi mesa. Aquí guardo todos los tiques de compra de alimentos y suficiente efectivo de la cuenta de la empresa para poder pagarlo todo.

Bajo en ascensor y recojo la comida. Es un montón…

Como no hay ninguna botella de vino, supongo que se quedará en una cena normal. Pero oye, con eso me doy por más que satisfecha.

Vuelvo a subir en el ascensor con una sonrisa de oreja a oreja, llego arriba y dejo la comida en una de las salas de reuniones pequeñas. Después cojo vasos y bebidas de la cocina y los llevo a la mesa, y entonces voy a ver a Raphael con la tabla impresa.

Llamo a la puerta.

—Adelante —dice, y entro.

—Ya ha llegado la comida y la tabla está lista —anuncio dos buenas noticias de golpe.

—Entendido. —Me mira con un gesto de que le dé la impresión, así que se la entrego—. ¿Los datos son correctos?

—Sí, he comprobado todo dos veces después de la transferencia —aseguro, orgullosa. Raphael recorre las cifras en silencio, y yo me quedo callada delante de él por lo menos un minuto, hasta que asiente y mira el reloj.

—Entonces aún tenemos tiempo de comer algo. Después puede irse a casa. La tarde ya ha sido bastante larga.

Sin sonrisa, pero ¡una cena juntos! Me alegro por dentro y se me pasa por la cabeza fingir un apagón y poner velas. Pero mejor no me paso.

—Voy a por platos y abro los envases. En un minuto está todo servido.

Raphael asiente apenas.

—También le he enviado la tabla por correo.

Vuelve a asentir y mira a la pantalla. Salgo del despacho y cojo de la cocina platos, cubiertos y servilletas.

Después lo dispongo todo bonito en la sala de reuniones. Ha pedido un montón de cosas: filete, gambas, bogavante, verduras, gajos de patata y arroz de guarnición. Huele de maravilla y hace que me ruja el estómago.

La mesa de la sala pequeña es para seis personas. Me siento junto a la ventana y me echo un poco de agua con gas. Le añado una rodaja de limón fresca, que me encanta en el agua.

Oigo pasos. Raphael entra y me mira sorprendido, luego se acerca y comenta:

—Ah, ¿quiere comer aquí?

—Sí, ¿usted en qué había pensado? —pregunto desconcertada.

¿En su casa, quizá? Ay, ya estoy fantaseando otra vez.

—Pensaba que me traería algo al despacho. Quería ponerme enseguida con una presentación.

—Puedo llevar la comida a su despacho para que comamos allí —ofrezco, levantándome.

—Mh, más bien pensaba… que cogiera lo que le apeteciera. También puede llevarse la comida a casa, o quedarse aquí.

Ahora por fin lo entiendo. ¡Quiere estar en habitaciones separadas!

Le miro algo asustada y no sé ni cómo reaccionar ante esta vergüenza.

—Eh, yo… —balbuceo, cortada.

—Tómese su tiempo y sírvase su comida favorita. Considérelo un bonus de Navidad por las horas extra que ha hecho.

Se va. ¡Se va sin más! Abandona la sala y me deja sola.

Le miro horrorizada al marcharse y luego al pequeño festín. Ha costado 187 dólares. Cojo más o menos un tercio, porque tampoco puedo comer tanto. ¿Ese es mi bonus de Navidad?

Estoy atónita y me siento humillada. Casi se me saltan las lágrimas. Bueno, ya me cae una por la mejilla. Con manos temblorosas preparo tres platos bien llenos. Gambas con arroz y verduras, filete con patatas y el bogavante con guarnición de verduras.

Se me ha quitado el apetito. Pongo los tres platos en una bandeja y se los llevo a su despacho. Llamo y, tras otro "Adelante", entro, dejo la bandeja llena en la mesa baja y voy hacia él.

—Entonces yo me voy ya, Mr. Snow.

Ni siquiera me mira, sigue tecleando. Asiente con un gesto escueto.

—Que tenga una buena tarde y un fin de semana agradable. Hasta el lunes.

—Sí, hasta el lunes.

No saco más de él. O sea… todo como siempre. No ha cambiado absolutamente nada.

Tiro la basura, me termino el vaso de agua y recojo la cocina. Voy al ordenador, lo apago, registro el gasto de la comida y guardo el cambio restante en la caja.

Solo entonces me pongo el abrigo, cojo el bolso y dejo la planta de arriba.

Es lo que hay. Y probablemente así se quedará para siempre.

Soy su asistente personal. Nada más. Será mejor que me vaya haciendo a la idea…

—Buen fin de semana, August —le deseo a nuestro portero. Un señor amable y mayor que siempre tiene una sonrisa en los labios.

—Igualmente, Miss Lavelle.

A todos los trata de usted, es muy educado, pero quiere que todos le llamen solo August. Al menos alguien tiene buen humor aquí.

Voy al aparcamiento, voy a mi coche y saco el rascador de hielo y un cepillo de mano. Ha vuelto a nevar un poco y mi coche está bien cubierto. Mi aliento cálido sube hacia el cielo nocturno. Aquí en Vancouver no se ven las estrellas tan bien como en el campo, porque esta gran ciudad también de noche está muy iluminada. De verdad que es una pena…

Abro la puerta del conductor y vuelvo a mirar hacia el edificio. Solo hay luz en la planta baja y en la última planta. Raphael es, otra vez, el único que trabaja tan tarde. Las cifras de la tabla son realmente buenas. Nuestro director general, Mr. Wings, estará muy satisfecho. Aun así, Raphael no se concede un respiro.

Suelto un suspiro y me subo, arranco y pongo rumbo a casa. Cuando se encienden las luces del coche, veo la temperatura exterior: siete grados bajo cero. Un frío que pela. Me entra un escalofrío. Dejo

puesto el pañuelo, el abrigo y los guantes. Para cuando la calefacción caliente el coche, ya habré llegado a casa.

Al cabo de un cuarto de hora llego a mi piso. Gracias al buen sueldo, hace dos meses me pude permitir una mudanza y salir de mi estudio a las afueras. Además, he ahorrado mucho. Aunque ahora perdiera el trabajo, podría seguir viviendo aquí dos años.

Abro la puerta con una sonrisa e inspiro el aroma acogedor de mi apartamento. Es muy moderno y tiene todas las comodidades, justo al contrario que el cuartucho donde vivía antes.

Hasta tengo bañera, ¡un sueño!

Enseguida me quito la ropa, pongo el agua caliente y me preparo un baño. Solo en ropa interior, recorro el piso a la carrera y cojo todo lo que necesito para el baño: unos snacks, velas aromáticas, mi té y un albornoz mullido. Y directa al agua caliente. Ahora solo queda poner el audiolibro y disfrutar…

Al menos me distrae del día tan malo que he tenido hoy.

# Capítulo 4



# Raphael

Irritado, miro la bandeja con los tres platos servidos encima. ¿Por qué no se ha cogido nada? Salgo de mi despacho y voy a su escritorio, pero está desierto. Su ordenador está apagado y la cocina, impecable. Suspiro.

¿No tenía hambre al final?

Vuelvo. La comida sigue caliente, pero ya no arde. Me he quedado, una vez más, demasiado tiempo con el trabajo. Primero disfruto del filete, luego de la verdura, las gambas y unas cuantas patatas. Guardo las sobras y me las llevo a casa.

No salgo de la oficina hasta poco antes de las 21:00, despido a August para el turno de noche y llego a mi coche. Solo quedan aquí el suyo y el mío. Miro al cielo. Vuelve a empezar a nevar. Por suerte, mi coche está bajo la marquesina, así que puedo subir cómodamente y arrancar el motor.

Conduzco a casa: me espera un apartamento en pleno Vancouver.

Vancouver de noche tiene algo de mágico. Las muchas luces y el bullicio no dejan dormir a esta ciudad. En la época prenavideña hay muchos turistas, más aún que en los meses de verano. A estas horas los taxis atascan las calles, pero yo tengo paciencia.

Cuando llego al complejo residencial, aparco el coche en el garaje subterráneo y cojo el ascensor para subir. No me quedo allí mucho, sin embargo, porque lo único que quiero es quitarme la ropa de oficina y ponerme algo cómodo para poder ir a hacer deporte.

En realidad ahora estaría en mi cita con esa Isabella, pero si ya me ha cancelado, por lo menos puedo ir a entrenar. Mientras hago la bolsa, se me ocurre una idea: Miss Lavelle pensó de verdad que íbamos a comer juntos.

¿Cómo se le ocurrió? Si siempre comemos por separado. ¿La habré ofendido con mi rechazo? Solo quiero asegurarme de que nuestra relación quede clara. Soy su jefe. Ella es mi asistente personal. No habrá nada más.

Me temo que tendré que ser todavía más estricto con ella para que no se le ocurra por segunda vez hacer algo así. Si lo permito, acabaremos acercándonos, y eso no puede pasar de ninguna manera. Ese tipo de relaciones en el trabajo, por lo general, no acaban bien. Bueno, con Gabriel parece haber funcionado, pero no conmigo.

También debería hablar de ello con Nathaniel y Samuel. Ambos parecen tolerar este tipo de relaciones y eso probablemente traerá bastantes problemas en el futuro si no se controlan.

# Capítulo 5



# Cleo

El lunes por la mañana llega más rápido de lo deseado. Da la sensación de que ya estaba en la parrilla de salida el viernes por la noche, como si no pudiera esperar para arruinarme el comienzo de la semana.

Al menos en los dos últimos días no ha vuelto a nevar, así que no he tenido que quitar nieve del coche.

Hasta salgo diez minutos antes de lo habitual para poder prepararle el café a Raphael.

Entro en la empresa. Esta mañana está Paolo en recepción. Un hombre joven y amable que siempre saluda a cada empleado con una sonrisa radiante.

—Buenos días, Miss Lavelle. ¿Cómo ha sido su fin de semana?

—Relajante. ¿Y el suyo?

—Emocionante. Hemos ido a esquiar. ¡Todavía tengo agujetas! —dice, y se echa a reír a carcajadas.

Pobrecillo. Yo suelto una risita y me voy directa a la central, donde recojo las cifras actuales para Raphael. Lo meto todo en una carpeta y me dirijo al ascensor. Para mi sorpresa, Raphael está delante y pulsa el botón. Madre mía, ¿qué hace aquí?

Le veo bostezar y luchar contra el sueño. De paso se lleva la mano a la nuca. ¿Subo con él en el ascensor? ¿O será mejor esconderme un momento y llegar arriba después de él? Seguro que preguntará por qué no he tocado la comida. O me ignorará sin más, como siempre.

En fin. Voy.

Cuando me acerco a Raphael, me lanza una mirada escueta. Me han delatado los tacones resonando sobre el mármol.

—Buenos días, Mr. Snow —lo saludo como de costumbre—. ¿Al menos me llevo un elogio por haber llegado aún más temprano que de costumbre?

—Sí, buenos días.

Eso es todo. Las puertas del ascensor se abren. Me hace un gesto para que pase y asiente. Yo asiento en silencio y entro primero. Todo un caballero, pero por lo demás…

Entra detrás de mí y selecciona la última planta. Las puertas se cierran y yo cierro los ojos. El corazón no deja de disparárseme. Y menos aún al oler su perfume amaderado. Trago saliva e intento mantener la calma, porque no quiero que se me note cuánto le deseo…

*—¿Cómo ha sido su fin de semana? —me pregunta. Lo miro asombrada y no sé ni qué contestar.*

*—He descansado… —murmuro, cohibida.*

*—Ah, suena realmente bien. Mejor que el mío. He dormido apenas. Hay muchísimo que hacer. Tengo la nuca totalmente cargada… —se la frota con la mano y vuelve a bostezar.*

*—Acuéstese sin problema. También puedo llevarle el desayuno más tarde al despacho —le ofrezco.*

*—Eso solo me desbarata la jornada —me mira y frunce el ceño—. ¿Podría pedir una cita en una consulta de masajes? Incluso alguien que pudiera venir a mi despacho, si es posible.*

*—Por supuesto, señor.*

*—Aunque… ¿puedo pedirle un favor?*

*—Desde luego, Mr. Snow.*

*—¿Podría encargarse usted misma de ese trabajo?*

Suelto una risita. No, esto ya roza el absurdo. Lo siguiente sería que me pusiera un anillo solo porque llevo una carpeta. Estos sueños despierta se me están yendo de las manos.

—¿Me cuenta de qué se ríe? —me pregunta.

Me sobresalto y lo miro, perpleja. El ascensor se detiene. Ya hemos llegado arriba. Raphael mantiene una expresión totalmente neutra. En fin, da igual qué chiste le cuente, dudo que mueva un músculo.

—Alguien en el trabajo recolocó todos los botones del ascensor. Estuvo mal a muchos niveles…

El chiste de ascensor más tonto del mundo, seguramente, pero me río y confío en que al menos esboce una sonrisa.

Raphael me mira con escepticismo, alza una ceja y luego asiente levemente antes de volver la vista al frente.

—Hay chistes tan tontos que, de tan tontos, hacen gracia —añado, y me entra otra vez la risa.

—Ajá. Vale, parece que tiene un sentido del humor absolutamente desastroso.

Se abren las puertas. Raphael me indica que salga primera del ascensor, cosa que hago.

—Muchas gracias.

Voy directa a mi mesa, mientras él se dirige a su despacho.

—Ahora mismo le llevo su café —añado.

¿Y recibo respuesta? No, claro que no.

Da igual. Es mi trabajo. Ya me apañaré…

Dicho y hecho: con una taza de café humeante me planto ante la puerta de su despacho, llamo y entro tras el habitual "Adelante".

—Mr. Woods y Mr. Gold aún no han llegado pero hoy vuelvo a ocuparme de ustedes tres a la vez —señalo.

—La cita con Mr. Wings es a las 11. Prepare unos tentempiés. Bizcocho. Porciones de tarta. A Gabriel le gusta lo dulce y lo salado. Frutos secos. Algo así.

—¿Qué sala de reuniones preparo?

—La pequeña.

O sea, la de la noche del viernes.

—Me encargo —digo, y me dispongo a irme. Pero me doy cuenta de que vuelve a llevarse la mano a la nuca—. ¿Quiere que le pida también una cita para un masaje?

Me mira sorprendido y duda. Me quedo en la puerta.

—¿Se fija usted en esas cosas?

—Parece cansado y tenso. Un buen masaje puede obrar maravillas.

Si ahora me pidiera que le pusiera las manos encima, me daría un infarto. Mejor añado algo:

—He hecho un curso —miento descaradamente—. Si quiere…

No llego a terminar.

—Pídame, por favor, una cita a las 10. Si alguien pudiera venir aquí, mejor.

Maldita sea. Raphael bebe su café y le echa un ojo a la carpeta.

—Muy bien, señor.

Vaya, no ha colado. Pero, oye, he sido valiente. Al menos lo he intentado. Por eso no puedo reprocharme nada.

Cuando voy a cerrar la puerta, caigo en la cuenta de que está sonriendo. Con la mente en otra parte, mira la carpeta que acaba de abrir. Así que no puede ser por el contenido.

¡Un momento! ¿Se habrá sentido halagado?

Cierro la puerta y sonrío para mis adentros. Creo que… mi valentía va a dar sus frutos…

# Capítulo 6



## Raphael

Ha sido bastante atrevido por su parte. Niego con la cabeza y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

Se está volviendo más valiente, hay que reconocérselo. En realidad me gustan las mujeres que saben lo que quieren, pero…

Este no es el lugar para ello. Aún así, me ha sacado una sonrisa.

Eso me consuela, aunque sea un poco, del dolor de cuello. He entrenado todo el fin de semana y apenas he dormido. No ha sido especialmente inteligente. Ahora ya no puedo cambiarlo.

A las nueve en punto hay desayuno. Me ruge el estómago de lo lindo. Está, como siempre, correcta y deja mi bandeja en la mesa baja, pero no puedo evitar preguntarle qué le pasó realmente el viernes por la noche.

—No se ha servido nada de comer. ¿Por qué?

—Ya he desayunado —me responde amable y está a punto de irse de nuevo.

—Ni siquiera el bogavante.

Se detiene cuando lo digo.

—¿Por qué no?

—Bueno…

Cleo duda. ¿Le resulta incómodo o teme que la despida si me responde con sinceridad?

—Le concedo la absolución. Sea sincera, no se corte.

Cleo se gira lentamente hacia mí. No parece precisamente encantada.

—No habrá consecuencias negativas, diga lo que diga.

—Hambre sí que tenía, pero… —Vuelve a dudar—. Fue inapropiado por su parte despacharme con una comida así como prima cuando me había ganado claramente algo más. Como empleada leal y fiable, merezco más respeto. Además, me ofendió personalmente que ni siquiera quisiera cenar conmigo, a pesar de que ya había puesto la mesa.

Palabras sinceras y duras de mi asistente personal, habitualmente tan tranquila y encantadora, que nunca se ha quejado. Ni por asomo.

—Le pagaré una prima y quiero disculparme por no haber aceptado su invitación. La próxima vez, sin embargo, le ruego que se abstenga desde el principio, porque quiero mantener los límites. No es nada personal. Solo mantengo la distancia profesional entre nosotros.

Veo lo incómoda que la hace su sinceridad. Baja la mirada, avergonzada, y asiente.

—Muchas gracias, Señor Snow. Y sí, no volverá a ocurrir.

—Bien. Entonces lo damos por zanjado.

—He conseguido reservarle una masajista a las 10:15. Traerá todo el material y estará a su disposición hasta las 10:45.

—Puede retirarse.

Quizás estoy siendo demasiado estricto con ella.

Cleo sale de mi despacho. Cuando se gira para cerrar la puerta, nuestras miradas se cruzan un instante. No estoy del todo seguro,

pero diría que sus ojos han brillado.
No quería hacerle daño pero es mejor así.

# Capítulo 7



# Cleo

Vuelvo a la cocina. El corazón me late desbocado y tengo las mejillas ardiendo. Parpadeo para contener las lágrimas que se asoman. Vaya plantón más frío…

Se acabó. No tengo ninguna oportunidad con él. Raphael no está interesado en mí. Lo nuestro es una situación puramente profesional, nada más.

Esbozo una sonrisa desesperada mientras termino las dos bandejas de comida para Mr. Woods y Mr. Gold, listas para llevárselas. Duele, maldita sea, que no sólo no corresponda a mis sentimientos, sino que además sea tan frío y marque una distancia tan dura.

Probablemente ya sospeche que me he enamorado de él y, por eso, se asegura de que no crucemos la línea profesional. ¿Cómo voy a desenamorarme? Enamorarse es fácil, pero verlo a diario, hablar con él, percibir su aroma y albergar la esperanza de que sus sentimientos cambien: eso es una tortura.

Debería dimitir. Sería la solución más rápida. Sin embargo, el sueldo es sencillamente demasiado bueno. ¿Y quién me dice que en mi próximo puesto no tendré problemas parecidos?

Hago un pacto conmigo misma: se acabaron los sentimientos. A partir de ahora voy a ser simplemente profesional y a hacer bien mi trabajo.

Llevo el desayuno a Mr. Woods y a Mr. Gold. Por suerte no notan que he llorado un poco. A veces hasta viene bien para liberar tensión.

Después me ocupo del encargo de la imprenta y bajo a hacer seguir a la masajista. Mientras tanto, puedo recibir las tarjetas de la imprenta y meterlas en sobres bonitos para que hoy mismo puedan entregarse a los empleados. Y sí, eso también lo hago yo.

Voy a hacer la compra y cojo algunos aperitivos que a nuestro director general, Mr. Wings, seguro que le gustarán. El pequeño bufé se monta en un momento, después recorro toda la empresa: de la última planta al sótano. Voy marcando a cada empleado para no dejarme a nadie. Algunos están de baja o de vacaciones. Por supuesto, a ellos les daré las tarjetas después. Entre tanto, acompaño de vuelta a la masajista a la planta baja sin volver a hablar con Raphael. Más me vale llamarle también en mis pensamientos Mr. Snow.

Cuando vuelvo arriba ya es la hora de comer y mis tres jefes están hablando con Mr. Gabriel Wings.

Me voy a mi descanso y cuando regreso Mr. Wings ya se ha marchado. Salgo a por mi segunda ronda. Ahora empieza el turno de tarde y aún no han recibido sus tarjetas.

Lástima que no me paguen por paso, pero por lo menos me ahorro el gimnasio.

Cuando entrego las últimas tarjetas de hoy y ya voy a irme, oigo, sin embargo, cuchicheos.

—¿Están locos? ¿Se supone que vayamos a esa casa infernal? —oigo decir a uno de los colegas del sótano, que están cargando cajas. Los mozos de almacén nunca se han mordido la lengua.

—¿Señorita? —dice otro tío, y me dirige la palabra. Me detengo y doy la vuelta—. ¿Esta es de verdad la dirección correcta?

Asiento.

—Pero si hace dos años hubo allí aquel accidente de alud…

—Sí, pero la causa principal fue la tormenta previa. Ya se han instalado dispositivos en la ladera del monte para que no pueda repetirse, ni siquiera si volviera a haber una tormenta tan fuerte. Además, en su día evacuaron a tiempo a todos los empleados.

A los cuatro hombres eso no les hace ninguna gracia.

—Se han reforzado las medidas de seguridad. Está todo en orden. En aquel momento fue el propio Mr. Wings quien quedó sepultado allí. La casa está integrada en la montaña. Estuvo completamente a salvo en todo momento.

—Según la previsión, hacia el fin de semana puede volver a nevar con fuerza… —apunta otro compañero.

—Aunque esta vez llamaran a los bomberos más rápido, nos quedaríamos atrapados uno o dos días…

El espanto es general.

—Señores, no hay motivo para preocuparse. Nuestros directores estarán todos allí. La velada va a ser maravillosa —les aseguro, aunque añado para tranquilizarles—: Si vuelve a haber una alerta por tormenta, se suspenderán por supuesto todos los festejos para que nadie corra peligro.

Entusiasmo, lo que se dice entusiasmo, no muestran.

Pero puedo entenderlos. A mí también me da un poco de respeto la idea de pasar la fiesta de Navidad allí el próximo viernes.

# Capítulo 8



## Raphael

Nathaniel y Samuel me miran con gesto adusto.

—Eres imposible, de verdad —dice Nathaniel, y añade—, hoy he tenido dos entrevistas. Ninguna de ellas se acerca a la cualificación de Miss Lavelle. Y la has hecho llorar. Como sigas así, te la voy a quitar.

—O yo. Se le veía que había llorado. Yo tampoco he dicho nada. También Samuel está poco entusiasmado.

—¿Y qué quieres que haga? Va a recibir su prima. Por lo demás, no es más que mi asistente personal, nada más. No voy a arruinar nuestra relación laboral cediendo a sus devaneos —resoplo con fastidio y explico—. Cuanto más amable soy con ella, más se convence de que me gusta y entonces se complica.

—Puedes ser educado y amable y, aun así, mantener las distancias —Nathaniel niega con la cabeza—. Te lo digo en serio: como vuelva a verla con lágrimas en los ojos, te la quito.

—O yo. —Samuel también pasa a mi lado con su café, y me quedo solo en la cocina. Debe ser hora de ponerme un poquito más amable. Solo un poco. Que llorara no era lo que yo quería…

Vuelvo a mi despacho. Pero no vuelvo a ver a Cleo hasta la hora de salida. Al menos así tengo tiempo para pensar en algo con lo que pueda darle una alegría a la altura.

Por la tarde, cuando ella ya hace rato que se ha ido, dejo listo un escrito para contabilidad. Su prima de Navidad debe ser generosa. Y

como su periodo de prueba terminó hace tiempo, además le espera una subida de sueldo en condiciones. Mañana a primera hora recogerá su propio cheque de la nómina y, con suerte, se alegrará.

# Capítulo 9



# Cleo

Esa noche vuelvo a estar metida en la bañera y me pongo a deslizar en una app de ligoteo. La mayoría de las fotos de los tíos parecen más bien sacadas de una base de datos de fichas policiales. Y esas descripciones raras y las exigencias para sus mujeres ideales. Se me ponen los pelos de punta al instante. Horrible.

Frunzo la nariz y escribo a unas amigas para ver si tienen tiempo y ganas de salir conmigo a cazar algún ligue. No llego muy lejos, porque o bien están todas en relaciones felices y con el estrés prenavideño, o recién enamoradas, y una ruta de clubes sería de lo más inapropiado…

Es un rollo ser la única soltera que queda en el grupo.

—¿Tu novio no conoce a alguien que quiera salir conmigo alguna vez?—. Se lo escribo a cada amiga de mi lista de contactos. Mucho no me contestan, como mucho que preguntarán por ahí, o que no se puede forzar nada.

Ya, claro. No soy una persona fácil. No es que sea el premio gordo para un tío. Trabajo mucho y cargo con lo mío…

Supongo que tiene que surgir solo y no a empujones.

Al día siguiente voy como siempre al trabajo, preparo el café para Mr. Snow, me ocupo de los primeros correos, llamadas y del desayuno. Después reparto las siguientes tarjetas, ya que algunos han vuelto de la baja o de vacaciones.

Cuando paso también por el departamento de contabilidad, una compañera me aborda:
—Ah, perfecto. ¿Miss Lavelle? Tengo aquí su liquidación y el bonus de Navidad de este año.
Ese ya me lo esperaba.
—Muchas gracias —digo, y cojo los dos sobres.
—Realmente muy generoso por parte de Mr. Snow, hay que decirlo. Rara vez he podido apuntar una cantidad tan alta. Incluso le mandé un correo para asegurarme de que no estaba metiendo cifras equivocadas.
¿Será que normalmente es tan tacaño?
Sonrío, asiento y comento:
—Desde luego, por un cero más al final no me habría quejado. —Nos reímos las dos un momento, antes de que yo dé las gracias y vuelva al pasillo hacia los ascensores. El segundo estuvo en reparación la semana pasada, pero ya funciona otra vez.
Al entrar en el ascensor, abro los dos sobres. Primero el del bonus de Navidad. A ver, ¿qué ha soltado? ¿200 dólares? ¿O incluso 500? Lo habitual son unos 500 dólares para empleados con menos de tres años en la empresa, después, medio sueldo mensual. Solo los compañeros con más de diez años aquí reciben un sueldo entero como bonus.
Con 5.200 dólares brutos tengo ya de por sí un sueldo muy alto, pero también supero las 50 horas semanales. Muchos días tengo que desdoblarme y hago, en realidad, el trabajo de tres asistentes.
Cuando leo la liquidación, tengo que mirar dos veces. ¿Qué pone ahí, por favor?

*Además de los habituales 500 dólares de bonus navideño, recibe asimismo un pago único extraordinario por importe de 10.000 dólares…*

¿Será por el ascensor, que ahora sube a toda pastilla y me deja las rodillas de gelatina, o es por la cifra? Vamos, ahora entiendo de maravilla que la señora de contabilidad le preguntara a Mr. Snow.

ESTO sí que es un buen bonus, en lugar de una cena que habría tenido que tomar yo sola.

Llego arriba aún pasmada. Se abren las puertas y voy con las rodillas temblorosas a mi mesa.

¿Debería darle las gracias? ¿O lo doy por hecho porque… en realidad es su forma de agradecer mi buen trabajo?

Creo que mejor lo dejo y me pongo a pensar qué voy a hacer con el dinero. Podría comprarme ropa de invierno bonita, botas nuevas, o darme unas pequeñas vacaciones entre las fiestas.

Por un momento me entra la añoranza porque… la verdad es que con el bonus pagaría algo que llevo deseando desde hace mucho pero sé que no voy a ser bienvenida, aunque volara a Inglaterra de improviso. Me volverían a cerrar la puerta en las narices.

Será mejor no tocarlo de momento y apartarlo. Para tiempos difíciles, o si se estropea algo.

A lo largo del día hay bastante que hacer. Aparecen cada vez más candidatas que quieren trabajar para Mr. Woods y Mr. Gold.

La siguiente candidata a la que recojo abajo es Luna Evergreen, que solicita el puesto con Mr. Woods. Con su melena negra me recuerda a su predecesora borde, pero da una impresión tranquila, serena y orgullosa. También parece un poco nerviosa, porque respira hondo

en el ascensor. El nerviosismo hace a la gente más simpática, en mi opinión.

—Mr. Woods es un jefe muy agradable. Le gusta el café solo y no le van las cosas demasiado picantes. Lo dulce tampoco le entusiasma. Para él es realmente importante que se le quede.

—Ah, me viene de perlas, yo tampoco tolero la lactosa —me responde y saca una cajita de su bolso—. Siempre llevo estas, lactasa. Por si me cae algo con lácteos en la tripa. —Su sonrisa parece sincera y mona—. Entonces ya tenemos algo en común.

—Sí, suena bien. Lo harás bien.

Salimos del ascensor. Al llegar arriba veo claramente que necesita un momento, así que la llevo primero a la cocina. Tras un vaso de zumo de naranja recién exprimido, que bebe agradecida, la conduzco al despacho de Nathaniel Woods.

Poco después me toca volver a bajar, donde recojo en recepción a Melody Heartfield. Lleva casi dos años trabajando dentro de la empresa. La he visto alguna que otra vez. Su pelo pelirrojo natural llama muchísimo la atención. Como el de su predecesora. Esperemos que no sea mala señal…

—Un pequeño consejo —empiezo cuando estamos las dos en el ascensor—, Mr. Gold adora lo dulce…

No llego a más, porque de pronto empieza a hablar: —Comida dulce. Sobre todo frutas y bebidas, sirope y miel combinados con requesón y frutos secos. Con los dulces navideños, especialmente, no puede resistirse. —Me mira y sonríe con apuro—. Ya he solicitado el puesto dos veces y no quería candidatas internas, pero ahora por fin lo he conseguido.

—Oh, eso está bien, si ya sabes tanto.
Por fin una candidata preparada, muy bien. Nada más llegar arriba la llevo directa al despacho de Mr. Gold.
De vuelta me encuentro en la cocina con Mr. Snow. Se sirve más café y le echa leche.
—Ya he vuelto y vuelvo a estar a su disposición. Solo tenía que llevar a dos candidatas con Mr. Woods y Mr. Gold —digo.
Mi jefe asiente con un gesto breve y se va de la cocina.
Madre mía. Creo que está aún más glaciar que de costumbre. Pero da igual. Eso no me impide prepararme un ponchecito navideño rico.
Para eso basta con unos zumos al gusto: elijo grosella, uva y naranja. Lo mezclo con una cucharadita de miel, echo una buena pizca de canela y meto la taza en el microondas. A los dos minutos tengo una especie de vino caliente, pero, claro, sin alcohol. Y cómo huele a canela, una delicia.
Sonriendo me vuelvo con él a mi mesa. Así el trabajo es mucho más llevadero.
Las dos candidatas terminan casi a la vez, así que puedo acompañarlas a ambas de vuelta abajo. Después reparto tres invitaciones más y hago que las dos que faltan se envíen por mensajero, porque esos empleados tienen la baja hasta el jueves.
Los días siguientes pasan volando…
El viernes ha llegado más rápido de lo que pensaba. Hoy es nuestra fiesta de Navidad. Por eso todos los empleados han terminado a las 12 para poder prepararse para el día de hoy. Hay autobuses que llevan a todos al sitio en la montaña. Unos pocos suben en coche. Plazas de aparcamiento hay de sobra.

Como era de esperar, solo viene alrededor del 70 % de la plantilla. Principalmente por el lugar en sí. A la mayoría le daba cosa, y el resto simplemente no tiene interés en participar en esta celebración, como cada año.

Yo voy a ir por primera vez y tengo mucha curiosidad por ver cómo será esa casa del terror, como algunos la llaman.

Vamos seis en una limusina pequeña y somos los primeros en llegar a la finca de Mr. Gabriel Wings. Mi jefe, y también Mr. Woods y Mr. Gold, están presentes. Sus nuevas asistentes, Luna y Melody, apenas llevan unos días en el puesto, pero pueden ir como acompañantes suyas.

Llevo un vestido rojo oscuro. Brilla precioso y me llega justo por encima de la rodilla. Tiene mangas largas y un escote cuadrado.

Luna ha elegido negro y Melody, dorado. Juntas podríamos representar la bandera alemana si nos colocáramos en el orden correcto. Gracioso.

Subimos por varias curvas cerradas entre el paisaje nevado de la montaña. Un bosque denso impide ver el valle. Por suerte, en los últimos días no ha vuelto a nevar, así que el conductor no tiene ningún problema para subir. La carretera está limpia y llegamos sin contratiempos.

Tengo la sensación de que la relación entre Mr. Snow y yo ha tocado fondo. No por el trabajo, que sigue saliendo perfecto, sino por lo personal. Él está tenso y yo también. Es un ambiente realmente raro.

Por suerte hoy es la fiesta de Navidad. Podré mezclarme con la gente, charlar con otros y pasarme el día comiendo hasta que a las

23 en punto volvamos a la empresa.
Llegamos a nuestro destino. Solo está ya la limusina de Mr. Gabriel Wings y algunos coches con logotipos, encargados del servicio y la comida.
—Ni siquiera he desayunado —me susurra Luna.
—Yo tampoco —secunda Melody.
—A mí también me ruge el estómago —admito.
El conductor aparca la limusina y luego nos abre la puerta. Primero baja el jefe de Luna, Mr. Woods, y le ofrece la mano, luego el jefe de Melody, Mr. Gold, que también le ofrece la mano para bajar. Fuera está resbaladizo. Han extendido alfombras, pero aún así tenemos que andar unos pasos por la nieve. Como ha vuelto a nevar, no dio tiempo a despejar antes de que llegáramos. No serán más de tres o cuatro centímetros, pero aún así. Con tacones se camina bastante mal.
Cuando me acerco a la puerta abierta, veo a mi jefe simplemente plantado ahí. Por supuesto, no me ayuda…
Suelto un suspiro y bajo. Solo cuando me pongo en pie veo que me había tendido la mano. Debe de haber sido a la vez que yo salía. Él calla y yo también. Mientras Luna y Melody se cogen del brazo de sus jefes para apoyarse, yo camino al lado del mío con pasos inseguros. La cosa va tambaleante. Preferiría agarrarme a él, pero mi orgullo me lo impide. Mi padre diría ahora: "Típico en ti, Cleo, eso lo has sacado de tu madre". Pongo los ojos en blanco un segundo, lo que hace que pierda el equilibrio. ¡Mierda!
Agito los brazos sin poder hacer nada y ya me veo aterrizando de cabeza en el montón de nieve, como si en pleno verano me tirara de

cabeza desde el trampolín de tres metros. Pero no pasa. Quiero decir, me alegra de veras que mi cara no deje huella en ese azúcar glas helado, como si alguien me empujara adrede contra una tarta de cumpleaños, pero…

Lo cambia todo.

Me hace volver a hundirme en uno de mis sueños.

*Raphael me recoge. A la velocidad del rayo, sus manos vuelan a mi cintura. Me rodea protegiéndome y me atrae hacia sus fuertes brazos.*

*—¿Está todo bien, Cleo? —me pregunta con preocupación y me examina con la mirada. Como tiemblo de pies a cabeza y mi respiración se ha acelerado, debo de parecer un poco aturdida. Vaya susto me he llevado.*

*—Sí —balbuceo nerviosa y trago, mientras sus manos cálidas se posan en mi cintura. Nuestros abrigos los hemos dejado en la oficina. Total, es solo un momento hasta el coche o del coche al lugar de la fiesta de Navidad.*

*—Será mejor que se sujete a mi brazo para no tropezar otra vez. ¿Así va bien? —Me ofrece el brazo para que me enganche.*

*Le sonrío tímida y doy un paso vacilante. Así va mucho mejor. Unos cuantos más y llegaré segura a la alfombra roja desplegada para los invitados. Pero no me suelto de su brazo…*

—¿Está bien, Miss Lavelle? —Parpadeo mirando a Mr. Snow, que de hecho me sujeta. ¡Con las dos manos! ¡Rodeándome la cintura! Una mano incluso está peligrosamente cerca de mi vientre. Lo miro con la cara encendida y los ojos como platos.

A él mismo la situación tampoco parece hacerle mucha gracia. Su mirada lo dice todo.

—Eh… sí. Gracias —farfullo. En mi ensueño espontáneo sonaba bastante más segura.

—Será mejor que se me coja del brazo —dice, y me suelta con cuidado.

Un momento. ¿Esto es real? ¿Está pasando de verdad? No estoy del todo segura.

Me ayuda, de modo que vuelvo a ponerme derecha. Por si acaso me aferro enseguida a su brazo y solo entonces me engancho de él. Al acercarme tanto, percibo su aroma, más que de costumbre.

—Gracias, es usted muy amable…

Con pasos vacilantes me acerco a la alfombra roja, mientras él me guía. En cuanto me planto sobre ella, por supuesto me suelto enseguida, pero Mr. Snow me mira con gesto interrogante.

—¿Puede caminar segura otra vez? ¿O quizá se ha hecho daño? —quiere saber.

—Está todo bien, de verdad.

Estoy bien, solo estaba un poco resbaladizo. Ahora vamos de nuevo separados por el suelo firme hacia la entrada.

Es un cortavientos acristalado que abre un joven para que podamos entrar.

Nuestros acompañantes ya están dentro de la casa, calentitos y a gusto, mientras que Mr. Snow y yo llegamos con un poco de retraso.

Un aire reconfortante y perfumado envuelve mi cuerpo. Huele a galletas, chucherías y vino. Una mezcla interesante.

A nuestra izquierda hay un abeto enorme, decorado con bolas rojas y adornos. Delante, un piano de cola abierto donde alguien podría tocar. Los empleados preparan el bufé y van y vienen a toda marcha entre la cocina y las mesas.

Nuestro jefe, Mr. Gabriel Wings, está con su esposa a la derecha, detrás del impresionante vestíbulo. Allí hay una gran chimenea y un desnivel con asientos. Desde aquí también se accede a la cocina. Las ventanas, del suelo al techo, muestran la verdadera belleza de la naturaleza: abetos cubiertos de nieve que subrayan el ambiente navideño. Es realmente precioso…

Mr. Snow me deja y se reúne con los hombres, mientras yo me quedo con Melody y Luna.

—Yo estaría encantada de quedarme atrapada por la nieve en un sitio como este —me susurra Melody.

—Yo también —confiesa Luna entre risas.

—Aquí tienes de todo. Una cocina enorme, mucho espacio, una chimenea. He oído que también hay una piscina y una bodega de vinos gigantesca. ¿Nos la dejarán ver?

Ahora se nos une también Charlotte, a la que llaman Charly. Con su vestido blanco brillante es la reina de la noche.

Ella también trabajó antes para Mr. Wings y se quedó aquí atrapada por la nieve con él.

—Señoritas… —Charly nos dedica una sonrisa y dice—: Os he oído susurrar. —Parece misteriosa—. ¿Queréis una pequeña visita guiada por la casa?

No hace falta que nos lo diga dos veces:

—¡Por supuesto! —las tres respondemos casi a la vez, lo que hace reír a Charly.

—Pues seguidme, mientras los hombres hablan de cosas de trabajo aburridísimas.

Va delante y nosotras la seguimos entre risitas nerviosas. He oído muchos rumores, pero por fin voy a poder visitar esta casa. Es de lo más emocionante.

Nos acercamos a una puerta, a la izquierda de la cocina, justo detrás del bufé y bajo una gran escalera, junto a una cascada artificial.

—Por aquí se baja a la bodega.

Abre la puerta. Hay bastantes escalones y, por la bajada de temperatura, notamos también que se adentra en la montaña. Al llegar abajo, Charly nos abre la puerta de la bodega. Una sala enorme, como unas catacumbas de lujo, con muros y estanterías incontables que se extienden ante nosotras. Piedra rugosa combinada con madera oscura y un rincón acogedor con sofás.

—Seguro que habéis oído que me quedé encerrada aquí por accidente. Y luego vino la avalancha. No era así como me imaginaba el día. Crucemos los dedos para que no venga otra tormenta. —Charly parece relajada y divertida. Coge una botella de vino y nos pone otra en la mano a cada una—. Esto seguro que anima un poco la situación.

Volvemos arriba, donde dejamos el vino junto al bufé. Los hombres están junto a la chimenea y parecen en conversaciones importantes, así que no queremos molestarlos.

—¿El tiburón sigue ahí? —pregunto emocionada. Charly asiente y nos hace señas.

—Está en la piscina. Me dio el susto de mi vida.
La seguimos por el vestíbulo, pasando junto a la cascada, hasta una puerta lateral que da a un pasillo largo. Al final llegamos a un antecámara donde ya noto que sube la humedad.
Me esperaba muchas cosas, pero no un oasis en mitad de una montaña. Paredes altísimas, vegetación tropical y una especie de playa de arena que lleva al agua.
Nos quedamos las tres al borde de la piscina, asombradas, mientras Charly pulsa unos botones y se enciende la luz. Se oyen sonidos de pájaros tropicales, una cascada empieza a manar y luces centellean en el agua.
—¿Preparadas? —nos pregunta.
—¡Desde luego!
Me inclino un poco más hacia delante, y en el agua aparece una sombra oscura. ¡Ahí está!
—Cuando toqué los botones aquella vez, no sabía que activaba el tiburón mecatrónico. Estaba en el agua, buceé un poco y de repente, ese bicho… ya sé que es agua dulce y una piscina, pero en ese momento no fui capaz de pensar con lógica. —Suspira mientras la bestia gigantesca se desliza por el agua. Los movimientos son muy realistas—. Creedme. Si buceáis y de pronto veis ese monstruo tan real delante… es normal entrar en pánico.
—Yo habría pegado tal berrido que habría provocado una segunda avalancha —murmuro.
—Sí, yo también —confirma Luna, y señala al tiburón—, puede nadar más arriba y más abajo, girar, y ni siquiera choca con el borde.

—Y hay un montón de pececitos nadando a su alrededor. Qué locura. Es una pena que no nos hayamos traído bikini. Sería un puntazo —dice Melody.

—Sabiendo que no es real, desde luego —dice Charly divertida, y vuelve a los interruptores.

El tiburón y los demás peces regresan a su mecanismo, y después apaga las luces y la ambientación sonora. Luego volvemos a la fiesta de Navidad.

Intercambio miradas asombradas con Luna y Melody. Probablemente pensamos las tres lo mismo: una locura lo que se puede comprar con dinero. A mí no se me hubiera ocurrido jamás…

# Capítulo 10



## Raphael

Llegada a la fiesta de Navidad

Veo cómo Cleo se une a las dos nuevas asistentes personales de Nathaniel y Samuel. Yo mismo voy con ellos dos hacia Gabriel, que nos recibe con una sonrisa.

—Hola, ¿qué tal ha ido el viaje?

Nos damos la mano. Nuestra buena relación con Gabriel también se nota en el ambiente. Las fiestas de Navidad en empresas anteriores siempre fueron muy sosas y pesadas. Esta va a ser diferente.

—Resbaladito —digo divertido, y comento—, pero ha merecido la pena. No has exagerado.

—Sí, es impresionante. Y espaciosa —opina Samuel mientras echa un vistazo alrededor.

—¿Os quedáis durante las fiestas? —quiere saber Nathaniel.

Gabriel dijo que no volvería a dar señales de vida hasta principios de enero, así que damos por hecho que su mujer, Charlotte, y él estarán aquí todo ese tiempo.

—Ese era el plan. Se ha convertido en una pequeña tradición venir. Al principio fue un poco raro, pero ahora lo disfrutamos mucho —Gabriel nos brinda con su copa de vino y promete—. Caballeros, vais a pasar una velada maravillosa. Disfrutad. Vuestras acompañantes seguro que también se encargarán de que el ambiente sea animado.

Mientras Samuel y Nathaniel sonríen, yo prefiero contenerme. Gabriel se da cuenta y me observa de manera evidente. Hasta yo lo

noto, pero sigo guardando las formas.

—¿Desde cuándo están en activo vuestras asistentes personales? —quiere saber Gabriel de Samuel y Nathaniel.

—No hace mucho, solo unos días. No es tan fácil encontrar a la adecuada, por desgracia, pero Luna Evergreen me da muy buena espina —dice Nathaniel—. Es muy fiable. Creo que he tenido mucha suerte con ella, igual que Raphael con su Cleo.

¿Suya? ¿Ha dicho suya? Ese wording no me gusta nada.

—La señorita Lavelle hizo su trabajo desde el primer momento, como cabe esperar de una asistente personal —intento explicar la situación, manteniéndome sereno por fuera.

—Yo también he tenido mucha suerte con Melody Heartfield. Ya había trabajado para la empresa y se presentó varias veces internamente, pero la rechacé siempre porque quería a una candidata externa. Aunque ahora tengo que reconocer que, hasta ahora, es la mejor opción. Parece algo tímida, pero es fiable y leal —Samuel parece entusiasmado y Gabriel asiente con confianza.

—Excelente, me alegra oírlo. Cerrad el año y el siguiente nos ponemos a tope. Las cifras hablan por sí solas.

Gabriel está satisfecho, así que nosotros también podemos estarlo.

Bueno, podríamos. Porque las cifras podrían ser aún mejores.

Mientras Nathaniel y Samuel se quedan solos en el bufé dándose algún que otro bocado, Gabriel me aparta a un lado.

—Sigues igual de obcecado, Raphael —dice con una sonrisa divertida —. Yo también era así antes y no me hacía feliz. Sí, su transformación la ha notado todo el mundo en la empresa.

—Tu reputación hace unos años era demoledora. Te llamaban el rey del hielo. Un corazón de hielo. Duro como el acero. Alguien que nunca sonríe y puede aniquilarte con la mirada.

Y ahora tengo delante a un jefe de buen humor, que disfruta de su tiempo libre.

—Sí, es cierto. Pero gracias a mi mujer y a mis hijos he comprendido el verdadero valor de la vida —Gabriel se acerca un poco y me suelta algo que ya sospechaba—. La he visto mirarte embobada.

—Mantenemos una relación estrictamente profesional, y el trabajo no se resentirá —te aseguro.

—De verdad que estás demasiado agarrotado, Raphael. No tienes por qué casarte con ella. Diviértete. La vida es demasiado corta como para vivir solo según normas estrictas. Y si te lo dice tu jefe, hazle caso.

—Gabriel… —quiero llevarle la contraria, pero en ese momento aparecen las mujeres, a las que Charlotte ha estado enseñando la casa.

—Llévatela a la cama —sonríe Gabriel. No lo dice del todo en serio, pero entiendo sus intenciones. Al menos me arranca una breve sonrisa antes de que vaya tras él y me lance también al bufé.

Hay helado, sushi, steak, tarta, fruta y otras delicias apetecibles, todo en bocados de tamaño perfecto. La carne y el pescado se sirven calientes. Para ello hay cocineros listos para traer los platos de la cocina en cualquier momento. Disfruto de la comida y me mantengo al margen de las conversaciones, aunque no dejo de observar cómo Cleo y las asistentes personales de Samuel y Nathaniel cuchichean y se ríen juntas.

Entonces noto una mirada de Cleo. Me mira sorprendida y sonríe dulce, antes de apartar la vista y encenderse de rubor. Sí… está enamorada de mí. Sin duda. Es imposible no verlo.

También Gabriel me mira. Seguro que ha notado cómo Cleo me ha estado observando. Vuelve a brindarme y abraza a su mujer, Charlotte, que le da un beso cariñoso en la mejilla.

Así que debería acostarme con ella. Quizás sea, en efecto, una opción que debería considerar. Observo a Cleo por el rabillo del ojo y me cuido de que no note mis miradas mientras como algo de sushi.

Tiene un cuerpo de infarto. Un pelo bonito y abundante y unos ojos grandes y vivaces. Tampoco es que sea tonta. En realidad sería exactamente mi tipo, pero desde el principio me la quité de la cabeza porque quería llevar nuestra colaboración por la vía profesional.

*Ese error de entonces no quiero volver a cometerlo.*

Pero ahora también Gabriel me ha metido la mosca detrás de la oreja, y ahí la tengo, saltándome sobre el hombro todo el rato y susurrando:

—Acuéstate con ella. Total, sería solo por una noche. Las fiestas de Navidad son famosas por tener que divertirse. Solo una vez. Una vez no cuenta.

¿Cambiaría algo si hoy nos acostáramos? En realidad no. Cada uno obtiene lo que quiere y después podemos seguir trabajando con profesionalidad. No sería una aventura duradera, solo una situación puntual. Un desliz.

Mi mirada recorre su cuerpo. Ese vestido rojo ceñido le sienta de maravilla a Cleo. Le llega hasta las rodillas, de modo que puedo

apreciar bien sus pantorrillas esbeltas. Los tacones altos negros combinan a la perfección con su conjunto. En el trabajo lleva unos parecidos, así que parece bastante más alta de lo normal. Rara vez lleva zapatos planos. Una vez, en invierno, la vi con zapatillas. En la oficina se volvió a poner los tacones. Que la pillara entonces le dio una vergüenza horrible. No puedo evitar sonreír.

Estaba con la cara como un tomate, sentada, escondiendo sus cómodas zapatillas.

Mi mirada asciende por su cuerpo, pasa por su trasero perfecto y sigue por la espalda, el pecho y los brazos largos y finos. Es todo un espectáculo, y con el pelo rubio suelto parece más bien una modelo. Una mujer de la que uno presume. Una mujer que te distrae en la oficina. Me pregunto qué lencería llevará debajo. Probablemente negro, a juego con los tacones. Quizás un tanga. La tela del vestido es algo gruesa. No distingo que se marque ni braga ni top. ¿Tal vez no lleva nada debajo?

Me cuesta calibrar a Cleo, quiero decir, a la señorita Lavelle. Me da una impresión tan tímida que parece que sus fantasías eróticas se reducen al sexo vainilla. Bebo otro sorbo de vino. El color se parece a su vestido y a sus labios pintados en oscuro. ¿A qué sabrán?

Miro mi copa y respiro hondo. No debería beber tanto. Solo me lleva a ideas tontas. Probablemente sea culpa de mi última cita, ni me acuerdo del nombre de aquella arpía. Me aburre estar siempre buscando mujeres nuevas que no me agoten ni me pidan nada cuando desde el principio está claro adónde vamos.

Bebo otro trago y me doy cuenta de que vuelvo a mirar a Cleo. ¿Por dónde iba antes? Ah, sí, su ropa interior.

No, no es de las de lencería caliente. Seguramente sea ropa interior deportiva negra, sencilla y cómoda. Una braga con cinturilla y un sujetador elástico. Se me pasa por la cabeza lo fácil que sería deslizarle este por encima del pecho. No los tiene pequeños. Tampoco demasiado grandes. En proporción, para su cuerpo femenino. Sus curvas invitan, pero me gusta más con su atuendo de oficina. Falda lápiz negra y blusa blanca. Eso sí, siempre de tela gruesa. Ni una sola vez he conseguido distinguir qué lleva debajo.

No es que me haya fijado adrede…

Esbozo una sonrisa y aparto la vista. Es el vino. Sin duda es el vino, pero nadie puede oír lo que pienso, así que, ¿por qué dejar pasar el pensamiento? Me cojo unos bocados de steak y salmón en hojaldre. Nathaniel y Samuel siguen charlando con Gabriel, que aún tiene a su mujer, Charlotte, en el brazo. Ella cuenta cosas de los niños y de que sus planes de tener más hijos están lejos de haber acabado.

Cleo, no, tengo que obligarme a llamarla señorita Lavelle, está con la señorita Heartfield y la señorita Evergreen al otro extremo del bufé. Están discutiendo qué probar. Aún no han llegado otros empleados, así que la elección es más que abundante.

¿Por dónde iba? Exacto. El deseo sexual de Cleo. Sexo vainilla. Me sonrío. Si la sedujera en la oficina, seguramente se quedaría toda azorada, con la cara encendida, mientras yo le haría temblar el mundo. Una flor tan delicada como ella, por mucho que se entregue y sea disciplinada en su trabajo, se rompería con un hombre como yo. No es de las que disfrutan del sexo caliente y salvaje. No. En absoluto. En lo físico encaja de lleno en mi patrón, pero una mujer apocada por dentro no es para mí.

De vez en cuando sale personal de servicio de la cocina. Rematan un poco la presentación de la comida o llevan los platillos ya vacíos de vuelta a la cocina para que el bufé siga teniendo buen aspecto y esté bien surtido.

Entre ellos, una morena de impresión que, de cuando en cuando, no puede apartar la mirada de mí. La observo y noto cómo esboza una sonrisa y me lanza un guiño de infarto. Diría que ya he encontrado mi presa para esta noche. Es la mejor elección.

Cuando sale de la cocina con una cesta de pan y la deja sobre la mesa, aprovecho mi oportunidad y me acerco a ella.

—¿El personal no suele llevar chapa con el nombre?

Los demás llevan una. Ella, no.

—Es porque soy una de los tres cocineros. Nicolette —se presenta—. Nicolette Donaldson. Su sonrisa impresiona. Ojos grandes y oscuros, labios carnosos y un buen pecho que no consigue ocultar bajo su ropa blanca, algo holgada.

—Entonces le ruego mil disculpas, Nicolette. ¿Podría pedirle un favor personal?

A ver si muerde el anzuelo.

—Por supuesto, Mr. Snow.

Así que sabe quién soy. Sonrío brevemente y doy un paso más. Avanzo por el lateral del bufé, de modo que ahora casi estamos frente a frente.

—Tendría algunas preguntas sobre un servicio de catering. Para mí, en privado.

—Puedo ayudarle con mucho gusto —su sonrisa la delata. A Nicolette le intereso claramente. Eso, desde luego, facilita las cosas.

—¿Sería posible una reserva? Para un evento privado. Solo para dos personas, una noche.

—En su casa, supongo —me fulgura con entusiasmo.

—En efecto. Podríamos hablar de los detalles si pudiera usted ausentarse una media hora. Aquí hay bastantes estancias para tratar con discreción las condiciones de este acuerdo.

Nicolette sonríe con picardía y mira a un lado, algo nerviosa.

—Si es una petición oficial, puedo ausentarme de la cocina 30 minutos, Mr. Snow.

—Lo es.

—Entonces aviso un momento a mi equipo y quedo inmediatamente a su entera disposición. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Hay una bodega. Se llega bajando por la escalera del sótano, por allí atrás —asiento en dirección a la puerta de la que nos habló antes Gabriel. Vimos cómo su mujer, Charlotte, enseñaba la casa a nuestras asistentes personales.

—Entiendo. Déme cinco minutos, por favor —me asiente con cortesía y me lanza otra mirada emocionante antes de volver a desaparecer en la cocina. Satisfecho, me arreglo la corbata e intento escabullirme de la pequeña fiesta privada. Si puedo follarme a esta encantadora cocinera, seguramente me saque a Cleo de la cabeza en seguida.

Al notar la mirada de Gabriel, no me queda otra que, al menos, ponerle sobre aviso. Voy hacia él. Gabriel se separa de Charlotte y se acerca a mí.

—Esa no es la mujer adecuada —se ríe divertido—. Tienes un gusto realmente exquisito.

—Voy a echarle un vistazo a tu bodega, pero en media hora estoy de vuelta.

—Tómate tu tiempo. Y si te gusta algún brebaje, disfrútalo. No hay nada mejor que buen sexo y una botella de tinto cara.

—Ahí sí que coincidimos.

Con una sonrisa en los labios abandono la escena y cruzo el vestíbulo. El rumor de la cascada artificial amortigua el eco de mis pasos cuando llego a la puerta del sótano. La abro, paso y bajo. Hasta ahora no había tenido sexo en una bodega, pero me aseguraré de que esta cocinera no olvide esta noche tan fácilmente.

# Capítulo 11



# Cleo

¿Pero qué miradas eran esas de Raphael? Quiero decir, del señor Snow. Tirito y doy un sorbo a mi vino. Solo un poquito, no demasiado. Tengo que mantener la compostura y asegurarme de no acabar luego bailando desnuda encima de una de las mesas. Nunca he aguantado mucho, así que mejor me quedo con esta copa. Y si alguien me pregunta, ya será la segunda. Así no parezco una sosa, pero tampoco una borracha.

Nerviosa, observo cómo habla con una mujer joven. Es una de las cocineras de la fiesta de Navidad y llama bastante la atención, porque es muy atractiva y tiene una sonrisa encantadora. Raphael, quiero decir, el señor Snow, flirtea con ella. Se le nota. Sonríe, y ella también.

Estoy celosa, aunque intento que ni Melody ni Luna se den cuenta. No deben enterarse de ninguna manera de que me gusta mi jefe. Estoy hecha un lío. ¿Cómo se supone que reprima lo que siento por él? Lo mejor será dejar de fantasear. Esos sueños diurnos no han hecho más que ponerlo en un pedestal que no existe.

Luego la cocinera y él se separan. Me fijo en que, tras una breve conversación con el señor Wings, se dirige hacia la puerta del sótano y desaparece. ¿Irá a por otra botella de vino?

Pocos minutos después, y tras un poco de charla con mis dos compañeras, reaparece la cocinera. Va directa a la puerta del sótano y la amplia sonrisa nerviosa de sus labios lo dice todo.

Me huelo lo que va a pasar, ¡porque el señor Snow aún no ha vuelto! ¿No habrán quedado en el sótano? El corazón me late desbocado. Estoy que me muero de celos. ¿Ha ligado así como así con una desconocida y ella se va con él sin pensárselo? ¿Por qué con todas menos conmigo? ¡No puede ser que no me quiera solo porque trabajamos juntos!

—Perdonadme un momento, vuelvo enseguida —digo, le planto mi copa de vino a Melody en la mano y me meto en el pasillo. Me aseguro de que nadie me vea antes de ir también hacia la puerta del sótano. La abro en un susurro y me cuelo, la cierro por dentro y bajo a tientas con cautela. Aún oigo cómo se cierra una puerta, así que será mejor que me dé prisa.

Tengo que pararlos, ¡como sea! Echo a correr escaleras abajo, pero me encuentro varias puertas. ¿A cuál voy? Solo sé dónde está la bodega. Empezaré por ahí. Abro la puerta y los veo a ella y al señor Snow. Están frente a frente y me miran sorprendidos.

—Ah… —más me vale inventarme una excusa buenísima y rápido—. Me manda el señor Wings. Hay problemas con el catering. Oh, Dios. Una mentira vil. Pero así ella tendrá que reaccionar e irse.

—Mh, claro. Subiré enseguida —dice la joven, coge una botella de vino y explica—: La estaba buscando. Perfecto.

Sale del paso con maestría, mientras el señor Snow hace como si todo estuviera en orden. Pero yo lo conozco y le veo la mirada. Le acabo de fastidiar el plan.

Le dedico una sonrisa a la cocinera y digo:

—Estupendo. Muchas gracias.

La sigo con la vista, aliviada. Cuando la cocinera sale del cuarto, la puerta se cierra y me quedo a solas con el señor Snow. Necesito un segundo para respirar hondo. ¿Y ahora qué?

—¿Qué problema es ese? —quiere saber, y avanza unos pasos. Se planta junto al sillón que hay en medio de la estancia. Un asiento cómodo para una cata de vinos.

—No me lo han dicho —continúo mintiendo, y lo observo, hecha un flan.

—Si subo ahora y pregunto, ¿me contará el señor Wings que hay un problema con el catering, o me dirá que no pasa nada?

Se acerca a mí, pero instintivamente me coloco delante de la puerta, apoyo ambas manos en ella y me aferro con la espalda.

—Cabe la posibilidad. Quizá no quiera que un desliz se haga público —me justifico.

—¿Me está mintiendo, señorita Lavelle?

El señor Snow avanza hacia mí paso a paso. Se toma, a propósito, su tiempo. Trago saliva y tiemblo cuando caigo en la cuenta de que me he metido yo sola en un buen lío.

—¿Señorita Lavelle?

—Sí, un momento. Estoy pensando.

Necesito un poco más de tiempo para dar con una mentira decente que no se desmorone en cuanto la cuestione.

—¿Por qué está aquí de verdad? ¿No será por una botella de vino?

—No, por eso no —le respondo con sinceridad.

—¿Entonces?

—Porque… —vuelvo a tragar. Está a solo dos pasos de mí y temo que lo mejor sea decirle la verdad. Una verdad bien envuelta y

bonita, claro. Una que no me haga parecer una idiota enamorada. Cierro los ojos un instante, respiro hondo y lo miro con un poco más de seguridad que antes—. Ella es cocinera. Arriba la necesitan. Si ya va a ligarse a alguien para divertirse a escondidas en la bodega, hágalo, por favor, con una mujer cuya ausencia en la fiesta pase inadvertida. Mantenga la discreción. —Soy demasiado importante para él. No me va a despedir—. Podría haberlo dicho con más educación, pero ese es el meollo de mi petición. No quiero que corra el rumor de que hace esas cosas con subordinadas.

—¿Subordinadas? —replica, alzando una ceja con escepticismo.

—Empleadas —me corrijo, nerviosa.

—Nadie se habría enterado si usted no me hubiera seguido. La fiesta de Navidad es un evento privado y la cocinera no es empleada de la empresa. Entonces, ¿dónde está el problema? O mejor dicho, ¿su problema, señorita Lavelle?

—Es solo que… —balbuceo, buscando las palabras.

—La cocinera ahora subirá y se extrañará de que no haya ningún problema. Luego, probablemente, volverá a bajar. ¿Y entonces qué? ¿Qué piensa decirle?

Da un paso más. Por reflejo, agarro el pomo, palpo la llave y la giro. Suena un clic, que el señor Snow capta con una mirada curiosa. En silencio vuelve a mirarme.

—Que usted está ocupado y que vuelva a su trabajo.

Raspo el último resto de seguridad que me queda. Si esto fuera un sueño, ¿cómo seguiría? ¿Qué indicaciones le daría? Desde luego sería más valiente y haría lo posible por pasarlo bien con él aquí y ahora.

—¿Ocupado con qué? —me pregunta con una sonrisa ladina. Se inclina un poco hacia mí y me mira directo a los ojos. No puedo apartar la mirada. Nunca hemos estado tan cerca. Tiene una mirada tan arrebatadora que me tiemblan las rodillas.

—Conmigo —susurro, nerviosa. Sí, eso mismo diría en mis fantasías, y ahora me ha salido de los labios.

El señor Snow se queda inmóvil un instante antes de apoyar la mano junto a mi cara, sobre la puerta. Se mueve con cuidado. Tranquilo y controlado. Se acerca todavía más, casi amenazante, se yergue ante mí y luego se inclina un poco, hasta que sus labios se acercan a mi oído. Su voz ronca me murmura:

—¿Qué se supone que haría contigo?

¿De verdad me ha preguntado eso o me lo estoy imaginando? Estoy desconcertada, porque todo esto se siente increíblemente real. Noto su aliento cálido en mi cuello, huelo su perfume y al mismo tiempo siento la llave que sigo agarrando con la mano.

—Lo que iba a hacer con la cocinera, señor Snow —le contesto.

—¿Tienes una idea de lo que podría ser?

¿Por qué me tutea de repente? ¿Debo hacer yo lo mismo?

—Sí. Y eso es lo que quiero —le susurro, excitada. Me atrevo a mirarlo a los ojos. Alzo un poco la cabeza, de manera que nuestros labios quedan peligrosamente cerca—. Quiero que conmigo haga lo mismo que iba a hacer con la cocinera —exijo. Una sonrisa fría le cruza fugazmente los labios. Eso me desconcierta. ¿No me toma en serio?

—Hace un momento decías que te preocupa mi reputación. Como superior, no debería follarme a mis empleadas.

Palabras claras de mi jefe.

—Me refería a todas las demás. No a mí.

—¿Y he de hacer una excepción con mi asistente personal? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque… —se me ocurren mil respuestas, pero no me atrevo a decirlas. Y si no digo nada, probablemente se irá sin más. ¡Tengo que aprovechar esta oportunidad!— porque yo estoy aquí y la cocinera no.

—Podría subir y pedirle que me siga de nuevo a la bodega, mientras tú te quedas obediente arriba.

—No.

—¿No?

Parece que le divierte que sea tan díscola. Otra sonrisa se le escapa a los labios y reconozco el brillo de sus ojos. Está a la caza. No enfadado. Sino deseoso de seducirme. ¡Esta es mi oportunidad! ¡Nunca más se repetirá una ocasión así!

—No —lo digo con más firmeza—. Quiero que me elijas a mí.

—¿Eso quieres?

Parece gustarle mi respuesta.

—Sí. Decídete por mí. Elígeme a mí, Raphael.

Su otra mano recorre mi hombro. Tiritó al sentir su caricia. La yema de sus dedos roza mi cuello hasta mi barbilla. Me la alza con suavidad, obligándome a mirarlo directamente a los ojos.

—Si me decido por ti, esto será cosa de una sola vez. Nada más. Solo 30 minutos. Después volveré a ser tu jefe, ¿entendido?

¿De verdad está accediendo? Asiento en silencio.

—Nada de miradas lánguidas. Nada de comportamientos raros. Nada que llame la atención. Los próximos 30 minutos existirán sólo en tu recuerdo.

—Sí, entendido.

Raphael vacila. Me examina con detenimiento.

—¿Serás capaz? ¿Seguir trabajando para mí sin perder el control? ¿Seguir siendo solo mi asistente personal y nada más?

—Sí, seré capaz —le aseguro. No parece del todo convencido, pero cuando noto cómo su mirada recorre mi cuerpo, intuyo que, al menos, voy a disfrutar de los próximos 30 minutos. Nada más. No voy a conseguir más. No puedo decir nada más, porque Raphael me besa de pronto. Así, sin avisar. Sin dejar pasar el tiempo. Sin darme opción a pensarlo…

Gimo, ávida, en nuestro beso, mientras me empuja contra la puerta y su mano, la que antes me había alzado la barbilla, se posa en mi nuca. Él controla el beso, marca el ritmo de este juego ardiente que me abrasa todo el cuerpo. Justo como siempre me lo había imaginado. Siempre deseado. ¡Por fin se hacen realidad mis ardientes y salvajes fantasías!

Ansiosa, su otra mano —la que apoyaba en la puerta— se desliza por mis costados. De un tirón me atrae contra su cuerpo, de modo que doy un paso en falso hacia delante. Lleva la mano a mi cremallera, a la altura de la columna. Raphael no pierde el tiempo: va directo al grano. Mientras saboreo el beso, abre mi vestido y me lo arranca del cuerpo. Mis hombros quedan al descubierto. Luego mis brazos y mis pechos. Jadeo. Él aprovecha y besa mi cuello y el escote. Siento sus labios calientes, que se amoldan a mis curvas

rebosantes, mientras sus manos hacen que el tejido brillante del vestido deslice hasta mis caderas. Me ceñía, pero al abrir la cremallera es mucho más fácil. Faltan los últimos centímetros, y luego cae por mis piernas hasta el suelo, de modo que me quedo ante él solo con mi lencería negra, las medias sujetas y los tacones.

—Nada mal, señorita Lavelle —dice, mientras sus manos recorren con interés mi lencería fina. Se muestra impresionado y, de pronto, me alza como si no pesara nada. Por reflejo, le rodeo la cintura con las piernas, y siento la dureza de su centro entre mis muslos. Me aprieta contra la puerta. ¡Pum!

Jadeo y le paso los brazos al cuello, mientras sus manos me acarician el trasero. Me coloca a la altura perfecta y me deja claro que aquí el que manda es él. Cada mínimo movimiento, cada gesto, está bajo su control. Yo no soy más que el juguete de su deseo.

Con una sonrisa amplia, ladeo la cara mientras besa mi cuello y se pega a mí con ansia. Esto es probablemente la mejor recompensa que podría haber imaginado. Solo tenía que ser lo bastante valiente y reclamar lo que llevaba tanto tiempo queriendo: a él.

Mi jefe me aparta ahora de la puerta. Como si me poseyera y se me llevara sin más…

Me agarro bien a él, pero me sujeta con firmeza. Raphael se dirige al sillón y se sienta, de forma que yo pueda acomodarme en su regazo. Sus manos recorren mi cuerpo con deleite, golosas. Explora y acaricia mi delicada ropa interior de encaje. De reojo, lo veo sonreír. Parece gustarle lo que ve y lo que siente. No hablamos. Ni una palabra sale de sus labios. Solo suspiros ansiosos y exigentes, mientras yo gimo y jadeo, excitada. Tiritó con cada caricia suya,

suave o más intensa. Es esta mezcla increíble de calor y frío lo que hace nuestra encuentro tan especial. Sonriendo, dejo que cuele sin reparos sus manos bajo la fina tela de mi corpiño. Enseguida me toma los pechos, aprieta, juega con mis pezones duros y, acto seguido, se deshace por completo de la prenda negra. Queda olvidada en el suelo.

Alzo un poco la cadera para que le sea fácil acariciar mis pechos con los labios. Todo mi cuerpo tiembla mientras me mima. Besos y húmedos juegos de lengua recorren mi piel sensible. Lo premio con jadeos nerviosos, hasta que sus manos siguen bajando.

Con una, saca un preservativo, con la otra, aparta mi braguita. Quiero ayudar y le aflojo la corbata. Negra, con un bordado fino en rojo oscuro. Como si la hubiera elegido a juego con mi vestido. Es un patrón elegante y repetido. Constancia. Así llego mejor a los botones de la camisa. ¿Cuántas veces me he imaginado abriéndoselos? He perdido la cuenta.

Voy dejando al descubierto su pecho entrenado, tal y como pensé y fantaseé: un cuerpo atlético, fibrado. Músculos y piel tersa, sin vello. Se le eriza la piel y veo cómo se le hincha el pecho al inspirar hondo. Nuestras miradas se cruzan. Al mismo tiempo, él se desabrocha el cinturón. Quiero ayudar y pongo mis dedos ágiles a trabajar. Ya está duro. Lo siento y lo veo antes incluso de que el pantalón se abra.

Casi parece un regalo de Navidad anticipado. Estoy tan nerviosa, y eso que sé perfectamente lo que me espera. Pero la ilusión es, al fin y al cabo, la mejor parte.

Noto cómo Raphael se detiene un segundo y me observa con mirada severa cuando le abro el pantalón y lo bajo junto con sus boxers

negros, ajustados. Sonrío al descubrir lo que tanto tiempo me ha estado vedado y que ahora se yergue duro, palpitante y tenso. Con seguridad le quito el preservativo de la mano, abro el envoltorio y me encargo de la protección. Tengo su dureza bien sujeta, y él observa con interés. Raphael se reclina: me deja hacer. Sus manos descansan en mis muslos, mientras su mirada recorre mi cuerpo, escrutadora. Me muero por saber en qué piensa, pero no me lo va a decir.

Solo cuando voy a sentarme sobre él vuelve a intervenir. Se asegura de que mi braguita deje al descubierto lo que escondía. La aparta un poco más y la sujeta, incluso tira de ella para acercarme hacia delante. Apoyo las manos en su pecho desnudo, me sostengo sobre él, mientras su otra mano va a mi trasero y me coloca en posición.

Al bajarme poco a poco sobre él, cierro los ojos un momento, disfrutando: es la realización de todos mis sueños. Sonrío y muevo un poco las caderas, antes de que esté del todo dentro de mí. Necesito un instante para acostumbrarme a ese tamaño, pero luego empiezo. Con destreza, hago girar mis caderas y escucho su voz ronca. Su gemido profundo suena aún más ardiente de lo que siempre había imaginado.

Una sonrisa le cruza los labios por un instante. Tiene un aire oscuro y peligroso. Antes de darme cuenta, me agarra y se pone de pie conmigo. Raphael sigue dentro de mí, así que me aferro a él, asustada, mientras da dos o tres pasos hasta el sofá y me deja caer sobre él. Un pestañeo después, se arrodilla encima de mí, me toma por las corvas y me arrastra un poco hacia sí. Echo los brazos hacia atrás, arqueo la espalda y me ofrezco a él, contoneándome con

lujuria, hasta que vuelve a entrar en mí y embiste con fuerza. Da justo en mi punto y me arranca gemidos salvajes. ¡Esto es mucho mejor que cualquier fantasía! Me agarro a los cojines y a la tapicería, mientras se acerca más y se adueña de mi cuerpo desvalido.

Me gustaría decir algo, pero no puedo. No tengo fuerzas. Ni aliento. Mis sentidos se disparan y me arrastran a mi primer orgasmo. Apenas me deja tomar aire antes de que llegue una segunda ronda, aún más salvaje. Y una tercera…

Sus labios están pegados a mi oído. Entiendo cada jadeo, cada ronroneo, cuando llega al clímax. Siento su temblor. El latido profundo de su cuerpo fuerte y pesado. Masa muscular contra piel empapada en sudor. Le enredo los brazos al cuello, necesito respirar, mientras él se deja caer poco a poco sobre mí.

Nos quedamos así un rato, hasta que caigo en cuenta de que probablemente esto ha sido todo. La media hora ya ha pasado hace rato y mi aventura de una sola vez ha terminado.

Miro fijamente al techo enlucido de la bodega, mientras le acaricio el pelo con ternura. Mi vientre sigue ardiendo, está húmedo, y él sigue dentro de mí.

Se acabó…

Mi sueño se ha cumplido y ahora ha terminado. Por desgracia, el tiempo ha pasado demasiado deprisa…

# Capítulo 12



# Raphael

Me ha sorprendido. No solo una vez y no solo esta noche.
La primera fue cuando tuvo su primer día de trabajo conmigo. Implicada y aplicada, siguió cada una de mis indicaciones y memorizó hasta los detalles más nimios que su predecesora no sabía ni después de un año. Floreció en su puesto y siempre fue una ayuda fiable para mí.
La segunda fue cuando me dijo con valentía que debería cobrar más de lo que yo le pagaba en ese momento. Sí, eso me sorprendió incluso más que su primer día.
Y ahora lo vuelve a hacer. Para empezar, esa actitud activa y exigente conmigo, ese descaro de mandar a la cocinera a paseo y encima pedirme que la tome a ella en su lugar, pero no solo eso: lencería provocadora con medias sin liguero. Muy canalla…
No lo habría supuesto. Claro que la idea me resultaba tentadora, pero que realmente llevase algo así… no, eso no me lo esperaba.
Estoy tumbado sobre Cleo, sigo hundido en su estrecho calor y disfruto de cómo deja que ambas manos recorran mi pelo y mi nuca. Mientras yace bajo mí, puedo admirar su cuerpo tembloroso. Esos pechos firmes que vibraban con cada embestida y su dulce estrechez, que yo ensanchaba con mi dureza. Esos sonidos dulces que formaban sus labios rojo sangre, que le salían directos de la garganta. Me observó todo el tiempo. Se recreaba en mi cuerpo, se

consumía cuando dejé que mi mano se deslizara por su cuello. Con esas mejillas calientes y rojas y un deseo desbocado de más…
Follarla fue un pecado.
Probablemente por eso me iré al infierno, pero ha merecido la pena.
Poco a poco me incorporo y me salgo de ella. Cleo deja escapar un gemido breve. Aún respira con dificultad. He podido darle tres orgasmos, lo he percibido con claridad. Qué dulce suena cuando se corre. Me he perdido mucho desde que mi norma ha regido, y limitado, mi vida sexual en el trabajo. Podríamos habernos divertido una y otra vez en los últimos meses.
Me quito el preservativo y me arreglo, mientras Cleo sigue tumbada, todavía temblando.
—¿Todo bien?
Parece hecha polvo.
—Yo… necesito un momento —susurra. Asiento con un leve gesto y me pongo en pie para abrocharme mejor la camisa y volver a anudarme la corbata. Por último cierro el cinturón, mientras ella se coloca las braguitas y, con cuidado, se incorpora.
—Voy delante. ¿Necesita algo más, señorita Lavelle?
Miro el reloj. El espectáculo ha durado 28 minutos.
—No, yo… me apaño. Gracias.
Debería inventarme una buena excusa para explicar por qué, precisamente con ella, he desaparecido tanto tiempo.
—Así que, gracias por preguntar, no por el sexo —suelta de pronto, desconcertándome un segundo.
La miro interrogante. Cleo se arregla el pelo, nerviosa, y va con las piernas temblorosas hasta el sillón. Su corpiño está en el suelo. Lo

recoge y se lo pone. En realidad me gusta más cuando una mujer se desnuda ante mí, pero verla vestirse también puede ser de lo más excitante.

—O sea, por eso también. Claro. Pero… no, quiero decir… —Siempre que se pone nerviosa, empieza a decir tonterías. Me gustaba más cuando solo gemía—. Olvídelo. Gracias por preguntar. Ya puede irse, por supuesto. Si quiere.

—Gracias —frunzo el ceño.

¿Cómo consigue ser tan despistada y a la vez increíblemente caliente y, además, hacer bien su trabajo?

Aún la oigo suspirar antes de que corra hacia su vestido y lo coja. Con él se cubre el cuerpo como puede mientras yo abro la puerta: manilla hacia arriba, como nos ha contado Gabriel antes junto a la chimenea.

—Nada de ponerse nerviosa. —Señalo la manilla. Ella asiente—. Y esto queda entre nosotros, ¿entendido? —le recuerdo con firmeza—. No ha pasado nunca. Ni una palabra a nadie.

Asiente de nuevo. Luego salgo y cierro la puerta tras de mí. Respiro hondo por última vez antes de subir.

Cuando llego a la planta baja, me sorprende bastante: a estas alturas se han reunido unas 50 personas más. Sincronización perfecta, diría yo. Así puedo fingir que he estado charlando con algún jefe de departamento o empleados.

Justo en ese momento viene hacia mí la cocinera, cuyo nombre he vuelto a olvidar ya. ¿Nicole? No. Nicoletta. Ah, sí, eso era.

—Ahora tendría tiempo —dice—. Estaba buscándole. Cuando llegué arriba, no había ningún problema, solo mucho trabajo. Pero ahora

puedo tomarme un descanso.

—Ahora, por desgracia, no me viene bien, pero quizás más tarde. Me pondré en contacto con usted —le asiento cortésmente y, poco después, por suerte me aborda uno de los jefes de departamento.

Nicoletta me dedica una sonrisa ilusionada y vuelve a la cocina mientras yo voy a estrechar algunas manos.

Prefería los pechos de Cleo, pero nadie aquí sabe lo que he hecho con ellos hace apenas unos minutos…

Una verdadera pena que sea mi asistente personal. De lo contrario, podríamos repetir.

Una hora más tarde vuelvo a ver a Cleo. Se mezcla entre los demás empleados y parece de buen humor. No le presto más atención y me ocupo de que todos me vean.

Cuando Gabriel se acerca con una sonrisa de oreja a oreja, intuyo que sabe lo que ha pasado. Pone su mano en mi espalda y me indica que camine un rato con él. Nos detenemos ante un gran ventanal, con vistas a la ciudad.

—Entonces todo esto estaba cubierto de nieve. La avalancha nos enterró por completo. La nieve se apretaba contra los cristales. Fue una situación opresiva. —Gabriel me mira y echa un vistazo alrededor, evaluando, antes de preguntarme—: ¿Y bien? ¿Qué tal?

—Solo he echado un vistazo a la casa —me justifico con gesto frío e intento desviar el tema—. La luz y el agua seguían funcionando. Esa fue vuestra suerte. Si eso hubiera fallado, la calefacción habría dejado de funcionar.

—Sí, habría sido realmente malo. Pero la casa también se construyó para una emergencia así. —Gabriel me observa con curiosidad.

Sonríe con complicidad—. En fin. Ella me da buena espina. Siempre que hablo con la señorita Lavelle, parece educada y atenta. Simpática. Es un buen partido, ¿no te parece?

—Solo hemos estado hablando.

Sabrá que hemos desaparecido a la vez.

—Sea lo que sea que signifique. Disfruta el momento —Gabriel mira alrededor y dice—: Creo que tus dos colegas también le han echado el ojo a sus asistentes personales. Si tuviera que apostar, diría que ya hay algo ahí. Pero también se excusan, igual que tú. Quizá dentro de unos meses me contéis más, cuando las tres estén por casualidad embarazadas al mismo tiempo.

—Eso no va a pasar.

—Mmm, nunca digas nunca. Al fin y al cabo, yo también convertí a aquella joven tozuda de la bodega en mi esposa—. Gabriel mira su anillo y añade—, así son las cosas.

—¿Por qué ella y no otra?

Al fin y al cabo, era una empleada y no estaba precisamente encantada con él.

—Era ruidosa, descarada y no se dejaba pisar. Y cuando iba borracha, Dios, increíblemente dulce. Tiene un lado tierno, vulnerable. Eso fue lo que la hizo interesante para mí. Una mujer con muchas facetas es la que hace que la vida de uno sea emocionante. ¿Y quién quiere aburrirse hasta hacerse viejo?

Al menos esa pregunta me hace sonreír.

La velada avanza. El bufé se va vaciando y yo procuro evitar a la cocinera. Poco a poco la propiedad se despeja hasta que solo queda el grupo núcleo.

Voy hacia Cleo, que está junto a los otros invitados que quedan, para que podamos ir juntos a nuestra limusina. Gabriel y su mujer, Charlotte, se quedan aquí por Navidad y Nochevieja, pero nosotros tres, con nuestras asistentes personales, volvemos ahora a Vancouver. Para ser sincero, me alegra poder salir de la casa otra vez. La idea de quedarme aquí incomunicado por la nieve no me ha hecho gracia desde el principio, pero todo ha salido bien.

—Os veo el alivio en la cara —dice Gabriel riéndose, mientras acompaña a Nathaniel, a Samuel y a mí hasta la limusina.

Cleo y las otras dos asistentes personales siguen con Charlotte, que llega a la salida poco después que nosotros.

—Sin tormenta. Sin avalancha. Sí, diría que venir hoy aquí ha tenido su punto de emoción —comenta Nathaniel.

—Sí, y ahora, rumbo al fin de semana. El lunes empieza la última semana tranquila de trabajo de este año, antes de que podamos seguir a pleno rendimiento en el próximo —dice Samuel.

—Con cifras aún mejores —prometo.

—Ya saldrán —nos responde Gabriel con confianza—. Relajaos y no seáis demasiado duros con vosotros mismos. No quiero ir a la empresa y echaros una bronca porque la última semana os quedáis hasta tarde en la oficina, ¿entendido?

Por supuesto, tenía que mirarme a mí con ese gesto severo.

—Entendido. —Sonrío y le doy a Gabriel una palmada amistosa en el hombro. Después miro a Cleo, que viene hacia mí y, por si acaso, se agarra de mi brazo. La limusina se ha detenido justo al borde de la alfombra, pero prefiero imitar a mis dos colegas. Ellos van delante y yo, con Cleo, detrás.

Llegamos a la limusina. El chófer está en la puerta y espera a que todos hayan subido. Le cojo la mano a Cleo cuando se inclina para entrar en la limusina. Yo subo el último y me siento a su lado. El chófer cierra la puerta. Miramos juntos hacia fuera, de vuelta a esa hermosa propiedad en la nieve, que ahora vamos a dejar atrás.

—Hemos tenido suerte —oigo decir a Nathaniel—. Menudo lío habría sido si hubiese vuelto a haber una avalancha.

—Sí. Unos cuantos largos días de juegos de mesa. Comida hay de sobra, pero me lo imagino muy agobiante —opina Samuel.

—Una cárcel de lujo —es mi escueto comentario al respecto. Observo a Cleo por el rabillo del ojo. Se comporta con total normalidad. Sin miradas raras. Sin suspiros anhelantes. Como si lo del sótano no hubiera ocurrido nunca. Poco a poco me pregunto: ¿me he imaginado que me he acostado con ella? ¿Se me ha ido la fantasía de las manos? ¿O ha pasado de verdad?

# Capítulo 13



# Cleo

El corazón me late a mil por hora mientras me siento en la limusina junto a mi jefe. Me río con Luna y Melody, intentando que no se me note lo loca que estoy por el señor Snow. Bajo ningún concepto puede enterarse de que en mi pecho ahora mismo reina el caos. Un infierno de hielo, para ser exactos. Una tormenta salvaje, ardiente y gélida a la vez. Nunca había sentido algo así.

Bueno, tampoco me había acostado nunca con un hombre con el que no tuviera una relación. Ha sido mi primera vez. Me siento un poco sucia, por haberme dejado llevar por el deseo. Para él no fue más que una cosa puntual, salvaje. Algo que pasa en las fiestas de Navidad. O en Las Vegas.

A estas alturas ya ni siquiera estoy tan segura de que realmente nos acostáramos. He tenido tantos calentones en forma de ensoñaciones que bien podría ser que este haya sido otro. Muy realista, sí, pero no de verdad. Respiro hondo y aparto los recuerdos de nuestro encuentro lo más lejos posible. Por suerte, la limusina baja lenta y segura por las curvas, de modo que no tengo que preocuparme por un posible accidente.

Tras un trayecto que se me hace eterno, llegamos de nuevo al edificio de oficinas. Aquí tiene todo el mundo sus vehículos. Por fin toca volver a casa: estoy deseando meterme en la bañera con agua muy caliente.

Cuando salimos todos y el conductor se despide, los demás no se quedan mucho rato parados en la nieve y el frío.

—Ha sido de verdad una velada preciosa —empieza Melody, que nos abraza a Luna y a mí.

—Sí, lo ha sido —le responde Luna.

—Me apetece veros el lunes.

Además, hemos intercambiado números y seguro que el fin de semana seguimos en contacto. Por fin tengo compañeras en las que puedo confiar y con las que me llevo tan bien que hasta merece la pena aprenderme sus nombres.

—Buen viaje a todos —dice el señor Woods, que es el primero en dirigirse a su coche.

—Hasta el lunes, que tengáis todos un buen fin de semana —dice el señor Gold.

—Que se recupere bien.

Seco y distante, como siempre. Mi jefe nos asiente con un leve gesto a Luna, a Melody y a mí antes de seguir a los otros dos hombres. Ellos aparcan al otro lado, bajo una marquesina, mientras nosotras estamos en el aparcamiento normal, sepultadas por la nieve.

—Bueno, a desenterrar el coche —dice Melody con valor y se pone en marcha la primera. Luna y yo la seguimos en silencio.

Han caído unos cuantos centímetros más de nieve, pero gracias al equipo del coche despejamos rápido el techo, el capó y las ventanillas.

Las tres nos largamos con prisa. Estamos agotadas y necesitamos el fin de semana como el comer para volver el lunes con energía a la última semana de trabajo.

Nada más llegar a casa, me voy directa a la bañera caliente. Audiolibro puesto, una taza de té humeante en la mano y el final del día queda salvado.

Aun así, no me entero de gran cosa de la historia. Mis pensamientos se me van una y otra vez. No puedo dejar de pensar en Raphael. En sus besos. En su forma dominante y salvaje de llevar las riendas. Caricias suaves y embestidas firmes. Aquellos orgasmos intensos fueron realmente, en el sentido literal, de infarto.

Suelto un suspiro. Al próximo hombre en mi vida no se lo voy a poner fácil. Le tocará competir con estos recuerdos ardientes.

Tras un fin de semana a fondo, el lunes por la mañana conduzco al trabajo. Melody y Luna han escrito varias veces. Ahora tenemos un grupito en el que vamos intercambiando mensajes. Está bastante bien, diría yo. Nunca he sido de amistades intensas, pero creo que debería darles una oportunidad sincera.

Llego casi media hora antes de lo habitual. Como ha vuelto a nevar mucho el fin de semana, no estaba segura de llegar a tiempo y no quería llegar tarde bajo ningún concepto. No vaya a ser que el señor Snow piense que ahora me permito retrasos solo porque nos hemos acostado.

Yo me atengo a esto. Fue algo puntual.

Hay algo más que me ha llamado la atención. Ahora que estoy en el edificio y recojo la documentación, es incluso más evidente que antes: ya no tengo sueños despierta. Lo he intentado varias veces el fin de semana, pero no he podido. Una y otra vez irrumpían los recuerdos de nuestro rato en la bodega. Aún escucho su jadeo en mis oídos y juraría que todavía puedo oler su perfume.

Cuando llego a la oficina, soy la primera. Enciendo el ordenador y me dirijo a la cocina. Entonces se me ocurre una idea: me cuelo en el despacho del señor Snow.

Abro la puerta con cuidado: por supuesto, aún no ha llegado, pero quería asegurarme. En verano a veces venía antes porque salía a correr temprano. Como aquí hay un baño con ducha que él usa a menudo, es lo que cabría esperar. Justo al final de la calle hay un parque precioso con lago. Algunos de las oficinas de alrededor usan esa zona para hacer deporte.

Camino por su despacho, dejo que las yemas de los dedos se deslicen por el escritorio, toco su sillón de cuero y lo balanceo un poco. Huele a él…

Trago saliva y me imagino cómo me follaría sobre el escritorio. Sonriendo, aparto la silla y me coloco en la posición adecuada. Luego apoyo las manos sobre la madera dura y me inclino hacia delante, cierro los ojos e intento imaginar que el señor Snow está detrás de mí, me sube la falda y nos endulzamos así la hora de comer.

Es una crueldad, porque nunca va a pasar. Me muerdo el labio inferior y alzo un poco más el culo. Solo la idea de que pudiera suceder me excita tanto que dejo que mi mano se deslice entre las piernas. Me subo un poco la falda y meto los dedos en las bragas. De pie, con los ojos cerrados e inclinada hacia delante, me doy placer. Quiero ser silenciosa, porque en cualquier momento podría entrar alguien en el despacho.

La idea de que me pille me gusta un poco. ¿Quizá cerraría la puerta y me haría compañía? No, ni siquiera esta ensoñación funciona. Una

y otra vez se arremolinan los recuerdos de lo que vivimos en la bodega hasta que no puedo contenerme y llego al orgasmo.

El cuerpo me tiembla y el corazón me golpea de pura excitación. Retiro la mano y contemplo mis dedos húmedos. Dios mío, ¿qué he hecho?

Con la cara encendida me bajo de nuevo la falda y salgo a toda prisa del despacho, cierro la puerta y voy a la cocina. Allí me lavo enseguida las manos, ambas, antes de llenar y encender la cafetera. Después me preparo también un té.

Me he vuelto loca…

Con las mejillas aún ardiendo, preparo el desayuno. Así puedo, por fin, tomarme el tiempo que necesito. También ayudo a mis dos compañeras, que todavía no han llegado, para que ya esté todo listo. En realidad lo hago solo para distraerme y olvidar cuanto antes lo que acabo de hacer.

Aunque… joder, qué gusto ha dado…

Respiro hondo y entonces oigo cómo el señor Snow, una vez más, es el primero en entrar en la oficina. En seguida le preparo el café y voy a su puerta, en la que llamo.

—Buenos días. Ya le he preparado el café —digo con educación. El señor Snow está junto a su mesa y mira, sorprendido, la silla y el escritorio antes de mirarme a mí. Me siento pillada, aunque no puede saber lo que he hecho.

—Déjelo ahí, por favor. Hoy tenemos mucho trabajo. ¿Ah, sí? Ayer el señor Wings les dijo en persona a Luna, Melody y a mí que la última semana antes de Navidad sería más bien tranquila. Al menos para

nuestro departamento. Los de ventas sí que están hasta arriba, pero nosotras…

—¿Puedo ir preparando algo? —le pregunto.

—Sí, tráigame los expedientes y luego cree las tablas del cuarto trimestre. Aunque las cifras no se cierran hasta enero, quiero ir haciéndome una idea general.

¿Va en serio?

—Por supuesto. —Dejo su café y salgo del despacho.

—Ah, una cosa más —le oigo decir, así que me quedo en el pasillo y vuelvo a abrir la puerta, que justo iba a cerrar.

—¿Sí?

—Reserve una mesa para esta noche en el Winters. Para dos personas. A las 20:00.

—De acuerdo. ¿Quiere que pida también una limusina?

—No, esta vez pasaré yo a recoger a mi cita. Ay. Asiento en silencio y salgo del despacho. Por un brevísimo instante espero, claro, que se refiera a mí, pero entonces al menos habría sonreído o no habría dicho lo de pasar a recoger a alguien. Yo ya estoy aquí. Lo habría formulado de otro modo.

Así que Raphael quiere ver a otra mujer. Hoy mismo. Ya sabía que iba a pasar, pero, ¿tan rápido? ¿De verdad nuestro sexo no le ha importado nada?

Le llevo el expediente en silencio a su despacho. Está sentado, bebe su café y mira tablas en el portátil. Me voy y preparo el desayuno.

Llegan Melody y Luna, y nos quedamos las tres en la cocina.

—Madre mía, sigo muerta de sueño —admite Melody.

—Ya, yo también. ¿Desde cuándo estás aquí, Cleo? —quiere saber Luna.
—Desde hace casi una hora. He salido antes porque pensé que, con tanta nieve, tardaría más. Mi jefe también llega siempre mucho antes, así que yo también.
Ambas asienten en silencio.
Le echo un ojo al desayuno del señor Wood y del señor Gold para que no haya errores, pero la verdad es que con Luna y Melody se puede contar. Lo hacen todo en un santiamén y con maña. Con ellas dos no tengo que preocuparme. Muy bien.
De vuelta en mi mesa, reservo la mesa en el Winters y luego creo las tablas. También hay bastante que hacer, aunque solo para mí. Luna y Melody están en los despachos de sus respectivos jefes. A veces oigo risas. Allí el ambiente es mucho más distendido que conmigo.
Quizá debería haber mantenido las distancias con Raphael. Entonces ahora mi jefe sería el señor Wood o el señor Gold y lo tendría mucho más fácil.
Por la tarde entra una llamada que me sorprende. Una chica joven llamada Cynthia está al teléfono. La han pasado conmigo.
—Hola, ¿es usted la secretaria de Raphael? —quiere saber. Suena simpática y educada.
—Sí, soy la asistenta personal del señor Snow —confirmo.
—Ah, muy bien. ¿Sigue en pie la cita de esta noche? ¿Pasa a recogerme a las 19:30? —pregunta—. La última vez tuve que cancelar porque mi perrita se puso enferma y me pasé todo el fin de

semana en el veterinario. Él quería aplazarlo a hoy, pero solo se ha puesto en contacto una vez y muy por encima. ¿Ha pasado algo?

Dudo. Podría decirle la verdad, que Raphael prácticamente nunca mira el móvil durante el trabajo y por eso no contesta. Que no se preocupe. Que la mesa está reservada. Que pasará a recogerla…

Pero lo que sale de mi boca es otra cosa:

—Oh, ya veo. Lo siento, pensaba que le habría informado de que, por desgracia, la cita de esta noche no puede celebrarse.

—Ah, entiendo. Mmm, bueno, entonces ya lo sé. Mi Copito todavía no está muy bien, así que tampoco me hacía gracia irme. Que me vuelva a escribir cuando siga interesado en mí.

—Se lo diré.

Terminamos la llamada. Se me hiela la sangre en las venas. He mentido, y a sangre fría. ¿Y ahora qué hago? Le dirá que he sido yo la que ha dicho que la cita no se celebra. Si Raphael se entera de que he saboteado su cita, estoy acabada.

Solo tengo dos opciones: o le digo la verdad, es decir, que estoy celosa. O le robo el móvil y escenifico un chat falso con esa mujer para que no se le ocurra volver a llamarlo.

Como soy adulta, por supuesto que tengo claro que solo puedo hacer una cosa, ¡mentir como una bellaca!

Espero a que el señor Snow se vaya a una reunión breve. La mayoría de las veces deja el móvil sobre la mesa para que se cargue. Enseguida corro a su despacho y tengo suerte: ¡ahí está!

Lo cojo y me aparto de la mesa. El corazón me late desbocado mientras me planto en la puerta y asomo la cabeza. Desaparezco

con su móvil de vuelta a mi sitio y abro su historial de chats. Hay decenas de nombres de mujer. Una lista larguísima…

El nombre de Cynthia está bastante arriba. Toco su nombre y me sobresalto con lo que veo. Ella le ha mandado fotos subidas de tono y su último mensaje dice:

—Cariño, tendrás que contestarme si te gusta lo que ves. ¿Sigue en pie lo de esta noche?

¿Qué hago ahora? Lo mejor será borrar las fotos y su mensaje. Luego le escribo en su nombre:

—Hola, perdona que te escriba ahora, pero tengo que cancelar nuestra cita. Lo nuestro no encaja, lo siento. ¿Él escribiría así? Seguramente no. Hago scroll hacia arriba y veo que más bien respondía con monosílabos cuando ella lo bombardeaba a preguntas.

Su respuesta no tarda:

—Vale, entiendo. Gracias por avisar. Que te vaya bien.

Perfecto. Borro su mensaje y también el mío. Ahora solo tengo que decirle que ella llamó para cancelar y así no quedará con ella. Me alegra que mi plan funcione, pero cuando salgo del chat veo a las docenas de mujeres restantes.

Esto va a ser una guerra larga si pretendo seguir así…

Para él no fui nada especial. Cada una de esas mujeres es preciosa y tremendamente sugerente. Yo, por desgracia, me diluyo por completo entre la multitud…

Corro de vuelta a su despacho, conecto el móvil de nuevo y lo dejo sobre la mesa. ¡Ahora a toda prisa!

Apenas me he sentado cuando el señor Wood abre la puerta de la salita de reuniones. Él, el señor Gold y Raphael salen. Queda una hora para terminar la jornada. Poco más hay que hacer.

Les asiento cortésmente a los dos y me levanto cuando Raphael y yo cruzamos la mirada.

—¿Señor Snow?

—¿Sí? —Se detiene, mientras los otros dos se van a sus despachos.

—Ha llamado una tal Cynthia para cancelar lo de esta noche. ¿Anulo la reserva del Winters?

Raphael no parece ni sorprendido ni molesto, da la impresión de que tiene un plan B:

—No. Ya tengo sustituta para ella. Mantenga la reserva de esta noche. Mierda. ¡No me lo puedo creer!

—Por supuesto. —Asiento y vuelvo a sentarme. En fin, se acabó. De verdad debería dejarme de niñerías. Como acabo de comprobar, para él es pan comido ligarse a otra. Solo tiene que preguntar y ya tiene a veinte mujeres a la espera dispuestas a pasar una velada estupenda con él.

Raphael vuelve a su despacho y yo me quedo sola. Menuda mierda. ¿Y ahora qué hago?

# Capítulo 14



# Raphael

Así que Cynthia ha cancelado. Mhm, una pena de verdad. Seguramente por su perro. Me pondré en contacto con ella más tarde o esperaré hasta que de verdad tenga tiempo para una cita.
Sin embargo, cuando vuelvo a mi despacho, me fijo en algo. La silla de oficina vuelve a estar un poco torcida, como esta mañana. Sospechaba de las limpiadoras, pero en los últimos veinte minutos seguro que no han estado aquí. Miro mi puesto con escepticismo hasta que me doy cuenta de lo siguiente: mi móvil está colocado de otra manera. Sigue conectado al cable de carga, pero la pantalla está hacia arriba. La luz intermitente me molesta, por eso siempre lo dejo boca abajo.
Estoy cien por cien seguro de que no lo he dejado así. A eso se suma la silla movida. Y esta mañana también había algunos documentos colocados de otra manera, algo que el personal de limpieza no ha hecho jamás. Son extremadamente meticulosos para que todo se quede tal y como estaba. Raro.
La única que podría haber estado aquí sería Cleo. Pero, ¿qué iba a hacer en el despacho si yo no estoy? No me ha traído ningún documento ni café. Normalmente tampoco entra aquí cuando no estoy.
Cojo el móvil y lo desconecto del cable. Han llegado muchos mensajes nuevos, que ignoro. Luego abro el chat con Cynthia y me sorprende bastante… los mensajes de esta tarde han desaparecido.

Me había mandado unas fotos subidas de tono. Si las hubiera retirado, saldría un aviso de que las ha borrado, pero simplemente ya no están.

Miro hacia la puerta y sospecho que Cleo ha estado aquí y ha debido borrar los mensajes. Por eso también me preguntó por la reserva en el Winters.

Me siento y marco el número de Cynthia. Lo mejor es comprobar por mí mismo si estoy en lo cierto.

—¿Has cambiado de idea, al final? —dice, sin un hola previo.

—Quería preguntar si esta tarde ha pasado algo raro. Hace unos veinte minutos.

—¿Aparte de haber cancelado tu cita conmigo? —pregunta, y suena bastante decepcionada.

—Mhm. Vale. Gracias, no quería saber más.

—¿Para eso vuelves a llamar? Gilipollas. Cynthia cuelga sin más y yo ya tengo la confirmación. Inspiro hondo y dejo el móvil a un lado.

La pregunta ahora es: ¿qué hago con Cleo? Ya me temía que no iba a cumplir nuestro acuerdo, pero que actuara de forma tan manipuladora, eso sí que no se lo habría atribuido.

Entonces seguro que también ha estado esta mañana en mi despacho. Solo me pregunto qué habrá hecho aquí mientras yo aún no estaba.

# Capítulo 15



# Cleo

Fin de la jornada. Toca irse a casa. Mr. Snow se queda un rato más. Hace un rato, cuando estábamos todos en la cocina, comentó por encima que esta noche tiene una cita. Así que voy a ignorarlo y limitarme a hacer mi trabajo.

Lo nuestro fue cosa de una sola vez. Lo guardaré como un buen recuerdo, sonreiré e intentaré olvidarlo. A un hombre como él no se le puede domar.

A la mañana siguiente vuelvo a llegar antes a la oficina. Ha vuelto a nevar una barbaridad y pensaba que iba a llegar tarde. Pero al final he llegado casi tan temprano como ayer. Deambulo por la oficina y disfruto del silencio. Me gusta cuando todo está tan tranquilo y puedo prepararme para el día. Ya he cogido el expediente hace rato y quiero dejarlo en su mesa. Cuando estoy ante su mesa, recuerdo el día de ayer y lo que hice por la mañana.

Trago saliva y dudo. Noto el calor naciente entre las piernas. ¡No puedo hacerlo otra vez! No está bien. Miro nerviosa hacia el pasillo. Aún queda mucho tiempo y mi jefe no llegará, como pronto, hasta dentro de treinta minutos.

Con el corazón latiéndome con fuerza, aparto su silla, dejo el expediente sobre la mesa y me siento un momento. Luego dejo que la mirada recorra el despacho. De verdad que es muy bonito. Limpio y ordenado.

Intento perderme en uno de mis sueños. Me imagino que entra de repente y me pilla, y luego me castiga por haber hecho algo tan indecente en su despacho. Sonriendo me pongo en pie, me inclino hacia delante y me subo la falda. Justo lo suficiente para meter cómodamente la mano bajo las bragas.

Mi imaginación siempre ha sido muy vívida, y es la película perfecta en mi cabeza para regalarme un comienzo de día maravilloso.

Tras alcanzar el orgasmo, salgo a toda prisa de su despacho y me voy a la cocina: lavarme las manos y poner el café. Como de costumbre. Creo que a partir de ahora lo haré así todas las mañanas, pero solo lo que queda de este año. El año que viene seré buena y recatada. Mi propósito de Año Nuevo será: buscarme un novio decente que solo me quiera a mí. Solo a mí. A mí y a nadie más.

# Capítulo 16



# Raphael

Cuando llego a la oficina, Cleo está en la cocina. —Buenos días —digo escueto y entro en mi despacho.

—Buenos días, Mr. Snow —me responde, dócil como siempre. Estoy realmente intrigado por saber si ha pasado algo con mi escritorio y si mi cámara de vigilancia ha grabado algo. La instalé ayer. Voy hacia mi mesa: como me imaginaba. La silla vuelve a estar cambiada.

Siempre contamos con el mismo personal de limpieza y anoche no subieron. Yo dejé la silla en otra posición. Sin embargo, descubro la carpeta que Cleo suele traerme cuando llego por la mañana. Ya está ahí, así que ha estado dentro. Y ha movido mi silla. Sea por lo que sea.

La echo hacia atrás y sigo examinándolo todo con detenimiento. Por lo demás, todo parece en orden. Luego dejo el maletín a un lado y me quito abrigo, bufanda y guantes. A continuación me siento y miro hacia la puerta. Ya oigo los pasos de Cleo. Llama.

—Adelante.

Cleo abre la puerta y me trae el café. Parece como siempre. Amable, tranquila y distante. Ese brillo soñador de enamorada, sin embargo, ha desaparecido. Así que de verdad está intentando marcar distancia. Al menos, eso es lo que percibo.

—A las 10 habría que recoger unas prendas de la tintorería… —anoto algunas cosas en el papel—. Y necesitamos unos aperitivos

para unas 20 personas, que a las 14 nos reunimos con los jefes de departamento. Café incluido. Pero también zumo, té y demás.

—¿Qué le parece si añado dulces navideños, tarta o golosinas?

—Por mí, bien.

—Para eso tendría que ir a comprar. Me ocupo en cuanto pase por la tintorería.

Le tiendo el papel con más indicaciones. Esa lista la despachará rápido.

—Por ahora es todo —digo entonces. Cleo asiente y sale de mi despacho. El portátil ya ha arrancado. Primero abro el programa de la cámara de vigilancia. Muestra cuatro ángulos: la zona de asientos, el escritorio de lado, el escritorio de frente y el escritorio en escorzo hacia la puerta. Solo hay grabación cuando hay movimiento en la sala. Si no hay después de un tiempo, la cámara se apaga sola.

Efectivamente: ha registrado seis minutos enteros.

Le doy al vídeo. Las cuatro pantallas se reproducen a la vez, incluso con sonido. Los vídeos son en alta definición. Me aseguré de eso para ver con exactitud qué se cuece aquí.

Y, mira por dónde… es Cleo. Entra en el despacho con la carpeta. Se queda dubitativa frente al escritorio y mira alrededor, deja la carpeta y se acerca a mi silla, la mueve. Lo sabía. Lo que ocurre después, sin embargo, supera lo que me podía imaginar, porque se inclina sobre la mesa, se sube la falda y empieza a darse placer…

Alzo las cejas y detengo el vídeo un instante. Luego saco los auriculares del bolso y los conecto al portátil. Subo el volumen al máximo para oír bien lo que dice. Le doy de nuevo a reproducir y no puedo evitar sonreír, porque gime mi nombre con avidez.

Increíble. No doy crédito a lo que estoy viendo: un pequeño espectáculo privado solo para mí. Está claro que no sabía nada de las cámaras, de lo contrario, no habría hecho esto.

Durante seis minutos se lo pasa en grande hasta que llega al clímax y sale de allí a toda prisa. Me llevo una mano a la entrepierna. La dureza me tira de la tela del pantalón. Ha conseguido que tenga una erección.

Me quito los auriculares y me planteo un momento qué hacer ahora.

*¿Ignorarlo?*

*¿Pillarla mañana con las manos en la masa?*

*¿O empezar una aventura con ella?*

La noche de ayer fue un desastre. La cita improvisada resultó tan agotadora que agradecí de verdad haberla llevado de vuelta a casa después de un rapidito en el coche. Cleo es distinta. Es un poco pegajosa, sí, pero dejaría de tener que pensar a quién invito a salir.

Agarro el teléfono y marco el suyo. Contesta enseguida:

—¿Sí, señor? —pregunta con cortesía.

—Venga un momento a mi despacho, señorita Lavelle.

Mi decisión está tomada.

—Por supuesto, Mr. Snow. —Cuelga.

Me recuesto y disfruto de la presión de mi dureza, sabiendo que en seguida podré desahogarme.

Cleo llama a la puerta.

—Entre ya —digo con severidad. Ella abre y entra en mi despacho.

—¿Qué puedo hacer por usted, Mr. Snow?

—Siéntese. Pero antes cierre la puerta.

Cleo obedece y se acerca a la mesa. Cuando se sienta frente a mí, la observo un instante. No deja traslucir nada, pero quiero jugar un poco con ella antes.

—¿Quiere decirme algo?

Se queda blanca como el papel.

—¿Le doy una pista o se le ocurre sola lo que quiero oír?

—Es por Cynthia, ¿verdad? —pregunta nerviosa. Me limito a mirarla y guardo silencio. Así es como se consigue que la gente lo cuente todo—. Lo siento —susurra culpable y baja la mirada, avergonzada —. Sé que dijo que era algo de una sola vez, pero… estaba celosa. No volverá a ocurrir.

Sigo callado. A ver qué más me cuenta. Psicológicamente, es una forma de presión perfecta.

—No me va a despedir por eso, ¿verdad?

Sigo callado.

—Oh…

—No es mi intención —respondo. No quiero llevarlo tan lejos. Parece aliviada, pero aún abatida.

—Ha sido inapropiado entrometerme en su vida privada, Mr. Snow. Me disculparé con Cynthia, si así lo desea.

—Eso ya lo he hecho por usted. En realidad, se trata de otra cosa que ha hecho.

Cleo me mira sorprendida. Sus ojos van de un lado a otro, buscando auxilio. De verdad no tiene ni idea de qué hablo, pero entonces se queda rígida y me mira horrorizada. Nuestras miradas se cruzan. Se le encienden las mejillas. Y, aun así, parece serenarse de nuevo.

Exacto. Esa es la cuestión: ¿cómo podría yo saberlo? Piensa, Cleo. Ahora mismo me encantaría sonreír de oreja a oreja, pero quiero dejarla un poquito más en ascuas.

Nathaniel y Samuel no llegarán antes de treinta minutos, y sus dos asistentes personales tampoco. Así que hay tiempo de sobra para divertirnos un poco.

—He notado que alguien estuvo ayer —durante la reunión— y esta mañana en mi escritorio. La silla no estaba como siempre.

—Seguro que han sido los de la limpieza —salta la respuesta, como un resorte.

No, no la voy a dejar salir del paso tan fácil.

—No, no vinieron. Ni en los veinte minutos de ayer ni esta mañana. No volverán a pasar hasta mañana a primera hora.

—¿Quizá una corriente de aire?

El pánico se le nota a leguas. Está avergonzada. Muy tierno. Aunque fue bastante osado hacer algo así en mi mesa.

Giro el portátil hacia Cleo para que pueda ver la pantalla. Mira con curiosidad hasta que comprende lo que se ve en ella.

—He instalado una cámara que…

—¡Oh, no, por favor! —Cleo se lanza hacia delante, me arrebata el portátil, lo cierra de golpe y se lo pega al pecho.

—Ya he visto el vídeo…

No puedo evitarlo. Sonrío. La devoro con la mirada y llevo una mano, bien a la vista, a mi entrepierna, mientras la otra descansa en mi barbilla. Con índice y corazón me rozo los labios.

—Dura seis minutos. Y tiene sonido.

Cleo abre mucho los ojos. Debe haberse quedado en blanco o creer que vive una pesadilla.

—No habría imaginado que haría algo así en mi escritorio, señorita Lavelle.

—Dios mío… —balbucea, apretando el portátil contra el pecho. Ya no me mira. Fija la vista en el suelo, muerta de vergüenza.

—Eso no va a salvarla. —La observo con atención y decido liberarla por fin—. He oído lo que ha dicho. Cada palabra. Cada ruego. Cada súplica. Cada sonido de placer. Cada jadeo, gemido y suspiro.

Solo me mira un segundo. Sonrío.

—Deje el portátil y venga aquí. Quiero que se coloque igual que en el vídeo.

Cleo vacila cuando le doy esa orden.

—Es una orden. —Hablo con un tono severo y tranquilo, de modo que deja el portátil sobre la mesa y se levanta. Veo cómo tiembla de la cabeza a los pies.

—¿Ya está húmeda, señorita Lavelle?

Esboza una sonrisita cuando se lo pregunto. Luego bordea la mesa y se queda justo frente a mí.

—Sí lo estoy, señor.

—¿Lo está siempre cuando estoy cerca?

—Sí, así es.

—Quiero que se coloque como en el vídeo.

Su mirada se desliza hacia mi entrepierna. Ahora puede ver claramente que me estoy agarrando el paquete. Cleo se humedece los labios, traga y se da la vuelta, se inclina despacio y separa un poco las piernas. Solo entonces me pongo en pie y disfruto de lo que

tengo delante. Nada mal. Le acaricio el trasero, lo que la hace estremecerse y soltar un suspiro ansioso. Luego me inclino sobre ella y apoyo una mano en la mesa para poder entretenerme con la otra a gusto.

—La puerta no está cerrada con llave —le murmuro al cuello.

—Voy a cerrarla ahora mismo… —empieza Cleo, alterada, pero la sujeto y la vuelvo a empujar contra la mesa para impedir que se vaya.

—Tiene que estar callada —digo, y le subo la falda.

—Pero…

—Sh. Silencio.

Cleo apoya los antebrazos en la madera rígida. Oír sus suspiros y gemiditos me pone a mil. Le subo más la falda y deslizo la mano dentro de su braguita. Me reciben un calor y una humedad deliciosos. Con habilidad le arranco sonidos de puro anhelo. Incluso se tapa la boca con ambas manos, aunque de poco sirve.

Para mi sorpresa, vuelve a llevar medias autoadherentes. ¿Se las pone desde el principio? ¿O solo desde hace poco?

Me abro la bragueta y, al mismo tiempo, saco un preservativo del primer cajón del escritorio. Qué práctico tener siempre algunos ahí. Hasta ahora nunca habían hecho falta. Como mucho me metía alguno en el bolsillo si tenía una cita y me había olvidado de cogerlos antes.

Después de ponérmelo, aparto su braguita y empiezo a entrar en ella, despacio. Justo lo que necesitaba ahora…

Una oleada de alivio me recorre. No habría aguantado mucho más. Cleo solloza, mucho más alto que antes. Sonrío. Me confirma, claro,

lo mucho que le gusta.
—Tiene que estar en silencio… —la reprendo.
—Pero… ¡pero es demasiado bueno! —protesta.
—¿Se lo había imaginado así? Dígamelo.
—Sí…
—¿Y pensando en eso se dio placer?
—Sí.
—¿Se penetró con los dedos?
—Raphael… —se queja, y decido no atosigarla más. Entonces embisto. Primero lento y sabroso, luego cada vez más rápido y fuerte, hasta que toda la mesa empieza a sacudirse. La sujeto por las caderas, meto las manos bajo la falda subida, mientras a ella le cuesta mantener las piernas firmes.
Ver cómo, con cada embestida, queda aplastada contra la mesa, sus piernas delgadas chocan con la madera y sus pechos rebotan bajo la blusa, es una visión increíblemente excitante. Llega. Aunque Cleo sigue tapándose la boca con ambas manos, lo oigo con claridad. El cuerpo se le contrae y le concedo ese instante de máximo placer antes de continuar. Está deliciosamente húmeda y apretada, justo lo que necesito en esta mañana tan temprana.
En vez de café, debería divertirme con ella. Eso sí que me acelera la circulación.
Le regalo otro orgasmo más antes de correrme yo dentro y tener que apoyar una mano en la mesa. Un desahogo muy bienvenido… que no debe repetirse. Esto ha sido la última vez.
Necesito un momento antes de poder salir de ella. Luego me quito el preservativo, me arreglo la ropa y me siento en la silla. Cleo sigue

inclinada sobre la mesa. Le tiemblan los muslos mientras yo disfruto de la vista.

—No volverá a tocar mi móvil. No volverá a mentir a ninguna de mis amantes ni a cancelar citas. Y no quiero volver a pillarla dándose placer en mi despacho. Ni en ninguna otra sala de aquí. Exijo un entorno de trabajo profesional. Aquí no tiene cabida una aventura. ¿Entendido?

Cleo se incorpora despacio y se arregla la braguita y la falda. Le arden las mejillas cuando se gira. Aún necesita apoyarse con ambas manos mientras intenta mantenerse erguida. Le siguen temblando las piernas y me mira con ojos nublados.

—Podría estar a su disposición todas las mañanas —se me ofrece.

—No.

—¿No le ha gustado? —Se retira el pelo hacia atrás y se pasa ambas manos por los pechos. Se nota claramente que tiene los pezones duros.

—Ya la situación de la fiesta de Navidad la puso celosa. ¿Qué será lo siguiente? ¿Intentará seducirme delante de Nathaniel y Samuel? ¿O de Gabriel? ¿Se lo contará a las otras dos mujeres de la oficina? ¿O querrá seducirme mientras estoy al teléfono? Eso rebasa los límites.

—Y aun así lo ha hecho conmigo ahora —me reprocha. Pero su mirada delata lo herida que está.

—Que le sirva de lección. Una despedida. Nada más.

—Pero yo quiero más…

—Eso es lo que quieren muchas mujeres. No es la única. —Sí, está dolida. Pero tiene que aprender por las malas—. Ha sido solo sexo.

Entre nosotros no habrá nada jamás. Búsquese un buen hombre, pero sáquese de la cabeza que volvamos a tener algo.

Señalo el portátil.

—Voy a borrar el vídeo. No volveremos a hablar de ello. Cuando salga de este despacho, olvidará lo de la fiesta de Navidad y esto también. Tráteme con normalidad. ¿Entendido?

Cleo no dice nada. Tarda un momento en asentir.

—Sí, señor.

—Nada de fantasías. Nada de suspirar por mí. Nada por el estilo. —Respiro hondo y le doy un asentimiento—. Puede irse ahora y —debo reformularlo— puede retirarse, señorita Lavelle. Ocúpese de sus tareas.

—¿Puedo decir algo más? —pregunta, descompuesta. Espero que no se ponga a llorar.

—De acuerdo —se lo permito.

—Me he enamorado de usted, pero creo que ya lo sabe.

—Sí, lo sospechaba.

—Aunque todos digan que tiene un corazón de hielo, estoy convencida de que no es así. Nunca he sentido algo tan fuerte y hermoso por un hombre. No sé cómo gestionarlo. Pensé que podría, pero los celos fueron más fuertes. Quizá sería mejor que me asignaran al Sr. Wood o al Sr. Gold.

Tengo que respirar hondo, pero asiento:

—Hablaré con ambos a ver si podemos hacer un intercambio para el año que viene, si eso le ayuda.

—Sí, me ayudará. Muchas gracias.

Cleo se aparta de mí. Llora. Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Cuando sale de mi despacho, noto hasta cierto punto algo parecido a la culpa. Que se encaprichara un poco de mí, me lo imaginaba. Pero que estuviera enamorada y me viera como su hombre ideal… eso no me lo esperaba.

Será mejor cambiarla por alguna de las otras. Hace un trabajo excelente. Es una pena perderla. Así podrá seguir trabajando aquí y evitarme mejor.

A última hora de la tarde estoy a solas con Nathaniel y Samuel en la sala de reuniones pequeña.

—¿Por qué? —quiere saber Nathaniel.

—No me digas que Cleo te agobia porque suspira un poco —dice Samuel, molesto.

—Sería mejor cambiarla. Me da igual por quién —digo.

—A mí me gusta la mía —dice Nathaniel, y mira a Samuel, que asiente.

—A mí también —nos responde Samuel y añade—: Contrólate. Cleo es buena. No seas tan tiquismiquis.

—Me lo ha pedido ella. Por eso os lo pregunto. Me temo que presentará su dimisión si no hay intercambio. Otra sección no es opción: cobraría bastante menos.

Nathaniel y Samuel se miran, sopesándolo, hasta que Samuel propone:

—Si se hace, cambiamos todos. Yo me quedo con Cleo y Nathaniel con mi Melody. Así Luna puede trabajar para ti.

A Nathaniel no le hace ninguna gracia, pero asiente.

—Vale, por qué no. Probemos así el año que viene.

—Bien, se lo comunicaré luego a Cleo.

Eso ya está hecho.

Al terminar la jornada, me acerco a su mesa y voy al grano:

—A partir de principios de enero trabajará para Samuel Gold. Cambiamos todos.

Cleo me mira apesadumbrada y luego asiente en silencio.

—Gracias.

Yo también asiento y salgo de la oficina. Para mí, el asunto queda zanjado.

# Capítulo 17



# Cleo

Los días pasan. Hoy es viernes, el último día laboral de este año. Desde que Mr. Snow me dijo que el año que viene trabajaré para Mr. Gold, mi ánimo ha tocado fondo. Intento que no se me note, pero no es nada fácil.

Ya he hablado también con Mr. Gold. Está encantado de que a partir de enero me asignen a él. Luna y Melody querían, por supuesto, saber qué pasaba, pero no me he atrevido a contarles nada y solo he especulado:

—Quizá quieren probar algo nuevo.

Tarde o temprano puede que salga la verdad y seguramente volverá a ser culpa mía.

Fui increíblemente estúpida al liarme con él en la fiesta de Navidad. O lo que hice en su despacho: eso fue aún más estúpido. Debería hacer un ránking de mis acciones más disparatadas para tenerlas bien presentes.

Suelto un suspiro y ordeno mis documentos. En cinco minutos nos vamos y se acaba el año. Mientras los demás departamentos están hace rato en casa, yo sigo aquí. Incluso Luna y Melody se han despedido hace dos horas con Mr. Gold y Mr. Wood. Solo mi jefe quería a toda costa terminar unos documentos.

En todo el edificio las luces están ya apagadas. Solo en nuestra planta sigue habiendo luz. Suspiro en voz baja y miro hacia fuera cuando oigo un ruido raro. Suena un poco como un pequeño

terremoto o un retumbar. Cuando empieza a parpadear la luz, me pongo algo nerviosa. Los copos de nieve, enormes, hacen que apenas se vea la luz de las farolas. En los edificios de enfrente tampoco queda nadie. Todos están ya en casa preparándose para la Navidad. Solo yo sigo aquí. Y Raphael, claro.

Estoy a punto de terminar. Solo tengo que imprimir las páginas, archivarlas, entregarle la carpeta y por fin estará listo. Me froto los ojos un momento, bostezo y pulso el botón verde. Son 138 páginas. Va a tardar un rato. Mejor me tomo otro té. Voy a la cocina mientras las páginas van saliendo una tras otra.

Sin embargo, al llegar, veo a Raphael junto a la cafetera. Ahora sería un buen momento para hablar con él. Separarnos en buenos términos. Darle las gracias por el buen tiempo pasado. Aún me cuesta verlo. Olerlo. Dios, cuánto le echo de menos y cuánto le deseo…

—Ha sido un año de lo más movido —se me escapa. Raphael me mira y asiente en silencio mientras el café sigue saliendo. Un momento. ¿Por qué está encendida la cafetera? ¿Piensa quedarse más rato?

¿Se va a quedar aún aquí?

—Queda bastante por hacer. Si no, tendría que llevarme cosas a casa y quiero evitarlo.

No me lo puedo creer…

—Pero Mr. Wings dijo…

Raphael no me deja seguir, me corta sin más:

—Yo siempre doy el ciento diez por ciento.

Ya, ya me doy cuenta.

—Le voy a necesitar una o dos horas más. Después podrá irse.

No puede ser.

—Pues… —Dudo entre enfadarme o no. Sigo ahí callada, con las manos apretadas en puños—. Ahora mismo estoy imprimiendo las páginas y pensaba irme. Ya somos los últimos en el edificio.

—Pero hay que preparar aún la documentación para la campaña de San Valentín.

—¿Si ahí no hay hecho nada? Solo he recibido los materiales de los diseñadores… —balbuceo horrorizada. ¿Una o dos horas? ¡Eso va a llevar por lo menos cuatro!—. Aunque nos pongamos ahora mismo los dos, no salimos de aquí antes de las diez.

¿De verdad piensa hacerme esto en mi último día de trabajo?

—Entonces deberíamos trabajar más deprisa.

—No veo la hora de trabajar para Mr. Gold. Él no me haría sudar tantas horas en la oficina… —resoplo, furiosa, y recibo una mirada escéptica por su parte—. Hago un trabajo de la leche, y aun así nunca es suficiente. Da igual lo que me quede. ¿Me he quejado alguna vez?

—Una vez. Y, por lo que parece, ahora una segunda.

—¡Tendría que haberlo hecho mil veces!

Raphael coge su taza y le echa mucha leche antes de beber un poco.

—¿Es porque no correspondo a sus sentimientos?

—¡Porque se apropia de mi tiempo libre! El domingo es Navidad y yo sigo aquí, en lugar de irme a casa y meterme en una bañera caliente.

Me doy la vuelta airada y digo:

—Siempre me he quedado más rato solo porque quería estar a solas con usted, porque pensaba que querría aprovechar la oportunidad para coquetear conmigo. Cada vez tenía esperanzas pero ahora me doy cuenta de que solo me ha utilizado para que trabajara.

—Por ello fue más que adecuadamente remunerada.

—¡Económicamente, pero no moralmente! ¡Mi tiempo es mucho más valioso! ¡Y mis sentimientos también! —Ya está bien—. Si quiere quedarse más tiempo, quédese. Yo imprimo las páginas, las archivo y me voy a casa.

Renuncio incluso a mi té. ¡Que se quede aquí, pudriéndose en la empresa!

Descompuesta, regreso a mi mesa. La impresora sigue trabajando. Entonces vuelvo a oír un ruido raro. No es la impresora. Recorro el pasillo hasta la ventana, intento distinguir algo fuera, pero los copos son tan gordos que apenas puedo. Ni siquiera alcanzo a ver el suelo. Las luces frente al edificio también están apagadas. ¿No ha llegado aún el vigilante? A August le tocaba turno. ¿O ha recibido la orden de que las luces se apaguen durante las fiestas?

Será mejor que le llame, porque empiezo a preocuparme un poco. De vuelta en mi mesa, marco el número de recepción: suena.

Dejo que suene veinte veces, pero no contesta. Quizá está dando una ronda y por eso no lo coge. Normalmente lleva su móvil de servicio con desvío de llamadas, pero todavía no está activado. Seguramente no lo habrá hecho porque rara vez le llama alguien, y menos en Navidad.

Otra vez. Retumba y bambolea. Me estremezco y me pongo a recoger mis cosas cuanto antes. Hace tiempo que vacié mi mesa y

metí todo en cajas. Las dejaré aquí durante la Navidad. El personal de limpieza se encargará de regar las plantas, así que pueden quedarse de momento. Me invade una sensación extraña, pero no quiero dejarme influir. En la radio sigue sonando música navideña, hasta que la apago y luego ordeno las páginas ya impresas. Después apago el ordenador y preparo todo para mi última entrega.

Con los documentos en la mano, voy al despacho de Raphael. Como la puerta está abierta, ni siquiera llamo. Pero justo en el momento en que entro, la luz parpadea. Raphael mira alrededor y a mí se me revuelve el estómago.

—Esto no lo habíamos tenido nunca —murmuro—.He intentado llamar a August, pero no lo ha cogido.

—Seguro que es por la nieve o por tantas luces. En Navidad la red eléctrica se sobrecarga con facilidad —comenta Raphael, que no se deja molestar por ello. Vuelve a parpadear y ese ruido extraño reaparece.

—¿Y eso?

¿Tendrá idea de lo que puede ser?

—¿Los documentos son para mí? —Una mirada apremiante me deja claro que no quiere seguir especulando conmigo. Le paso la carpeta y me acerco a la puerta.

—Bueno, me voy entonces. Espero… que pase una Feliz Navidad. —¿Conseguiré al menos ahora una sonrisa suya? ¿Algo? No consigo perder la esperanza, por mucho que me decepcione.

—Gracias. Le deseo también unas fiestas agradables.

Ni siquiera levanta la vista hacia mí. Se me escapa un suspiro y me doy la vuelta y me voy.

Por favor. Por favor, ven detrás de mí. Abrázame. Acércame a tu cuerpo. ¡Pídeme perdón! Di que sientes haberme tratado así y que soy la adecuada para ti.

Me quedo junto a mi mesa y permanezco un instante, pero no viene. Si esto fuera una peli romántica cursi, la oficina sería el aeropuerto y él aparecería corriendo con un ramo de rosas. Maldita realidad.

Me quito los tacones y me calzo calcetines y zapatillas. Luego cojo el abrigo, me pongo guantes, gorro y bufanda, agarro el bolso y me voy.

Hacia el ascensor: me lleva abajo, al vestíbulo. Cuando llego, parece más bien una casa del terror. El gran árbol de Navidad sigue allí, sí, pero las luces están apagadas. Solo algunas luces LED de la decoración siguen encendidas, por lo demás, no hay ninguna luz. Solo dentro del propio ascensor hay claridad, que ilumina un poco el vestíbulo. Saco el móvil y enciendo la linterna para poder llegar hasta recepción. Asomo por encima del mostrador, pero no veo las cosas de August. ¿No ha venido? Normalmente su bolsa está aquí y también el termo en la mesa. Qué raro. Ilumino la centralita telefónica: todas las luces están apagadas, como en un corte de luz. ¿Se habrá fundido un fusible?

Miro hacia la salida. Todo está a oscuras. Debe de nevar con tanta fuerza que ni siquiera alcanzo a ver las farolas del otro lado de la calle. ¿Cómo se supone que voy a llegar a casa así?

Las puertas del ascensor se cierran. Ahora sí que está esto totalmente a oscuras…

Camino y llego a las puertas de cristal, que, sin embargo, no se abren. Sí, esto huele a apagón. Puedo abrirlas a mano y entrar en el

vestíbulo intermedio, y aquí me quedo. Ahora entiendo por qué no veo ninguna luz…

¡Todo está lleno de nieve! Se aprieta contra la puerta de cristal y hasta se cuela un poco en el vestíbulo. Con la boca abierta ilumino la entrada. ¡La nieve llega tan alta que no veo ni un trocito de cielo! ¡Son más de tres metros!

Con la boca abierta lo ilumino todo y salgo enseguida del vestíbulo, porque cruje y chasquea. Casi como si el cristal fuera a romperse pronto bajo el peso de la nieve. ¡Madre mía!

Vuelvo corriendo al vestíbulo y me voy hacia el lado izquierdo de la sala. Aquí también hay ventanales enormes: nieve hasta donde alcanza la vista. Presiona hasta arriba del todo. A la derecha, exactamente igual. Se me acelera el corazón. ¿Cómo se supone que voy a salir?

Al llegar a toda prisa a recepción, entiendo por qué August no está aquí: ¡no puede entrar!

Agarro el teléfono e intento llamar arriba, pero la línea está muerta. ¡Encima!

Miro al ascensor, pero tengo claro que no debo usarlo de ninguna manera. Si además se corta la luz, ¡me quedo atrapada!

—Joder…

Me quito los guantes y saco mi smartphone. Por suerte tengo todos los números también guardados en mi móvil personal. Con las manos temblorosas marco el número de Raphael. Aún le tengo guardado como "Raphy <3", claro, con un corazón rojo bien gordo detrás. Debería cambiarlo en breve. Suena. Ocho veces nada menos, y por fin se digna a coger:

—Snow.

—Está todo lleno de nieve, por favor, no entre en el ascensor —es lo primero que digo. Estoy totalmente alterada y aliviada de que siga en la oficina.

—¿Miss Lavelle?—

—Estoy ahora abajo, en el vestíbulo. Está todo lleno de nieve. August no está porque no ha podido entrar. La nieve mide por lo menos tres metros. No se pueden abrir las puertas. Por favor, no entre bajo ningún concepto en el ascensor. Aquí abajo ya se ha ido la luz.

—¿Es una broma de mal gusto?

—No, claro que no. Voy a llamar ahora a los bomberos, tendrán que despejarnos y…

La llamada se corta. Miro el móvil. Ni una barra. Vuelvo a marcar su número: "El número marcado no está disponible en este momento, por favor, inténtelo de nuevo más tarde". Parece que la red móvil acaba de decir adiós. Y la oficina está en la novena planta…

¡Menuda mierda!

# Capítulo 18



## Raphael

No vuelvo a oír nada de ella.

—¿Señorita Lavelle?

La línea está muerta. Cuelgo y marco su número privado, pero no se puede establecer la conexión. Entonces la luz vuelve a parpadear.

Si tiene razón, los dos tenemos un problema. Confiemos en que haya exagerado y que solo hayan caído medio metro de nieve y no tres o incluso cuatro. Me levanto y voy a la ventana. Los copos gordos arremolinan de tal manera que apenas distingo nada a lo lejos. Más abajo deberían estar las farolas. Miden unos cuatro metros. Aquí y allá se vislumbra una luz, pero no brilla con la intensidad que debería.

Cojo mi móvil personal y marco su número. No lo había hecho nunca, pero en este caso es necesario:

—El número marcado…

No consigo comunicar. Vale. Está abajo, en el vestíbulo. Entonces bajaré por las escaleras. Si hay un apagón, me quedo atrapado. Son nueve plantas hacia abajo, un buen trecho, pero tenemos que hablar ya.

Cojo mi móvil y lo conecto al cable de carga. Mientras siga habiendo electricidad, conviene aprovecharla. La luz vuelve a parpadear. Sí, más me vale darme prisa.

Apago la luz, salgo de mi despacho y voy hacia el ascensor. Aún funciona, pero yo cojo la escalera. Sin embargo, cuando abro la

puerta, ya oigo ruidos.

—¿Sube? —grito.

—¿Qué?

—¡Que si sube! —grito más fuerte. Desde aquí arriba se puede ver a través de la barandilla hasta abajo del todo. Distingo su mano agarrada a ella. Sí, ya viene hacia mí, así que me quedo arriba esperando.

—¡Estoy subiendo!

Creo que eso es lo que ha dicho, pero no estoy del todo seguro.

Tarda un poco, pero luego la veo en los últimos peldaños. Jadea y está sin aliento.

—Maldición. Nueve plantas. Vaya puta mierda —maldice.

—Nos han cortado —digo—. La red está muerta. Móviles. También el fijo.

—Abajo no hay nadie. He mirado todas las ventanas de la planta baja a las que podía acceder. Todo lleno de nieve. No hay manera. —Jadea y resopla antes de lanzarme una mirada furiosa—. ¡Todo esto es culpa suya!

—¿Mía? ¿Acaso tengo superpoderes? —pregunto, molesto. Como si pudiera controlar el tiempo.

—Si nos hubiéramos ido antes y, como los demás, hubiéramos salido puntuales, ahora estaría en casa, en la bañera caliente. En vez de eso acabo de subirme mil millones de escalones a la carrera.

—396 —respondo, seco, y me gano una mirada demoledora e irritada—. A 44 peldaños por planta.

—¿Por qué coño cuentas eso?

—Porque yo… da igual. Necesitamos un plan. —Más me vale mantener la cabeza fría si ella ya está tan alterada—. Primero: mantener la calma. Segundo: cargar todos los móviles y ordenadores. Tercero: buscar fuentes de luz. Velas. Pilas y linternas. Cuarto: reunir fuentes de calor, como mantas, cojines y demás. Quinto: suministro de agua potable y alimentos.

—¿Qué pretendes exactamente? —me pregunta, pasmada.

—No seremos los únicos sepultados por la nieve en Vancouver. Los bomberos y los demás servicios de emergencia atenderán primero hospitales y residencias. Una empresa como la nuestra está muy al final de la lista. Puede que tarden un par de días en sacarnos de aquí.

No, eso no le gusta. Cleo me mira boquiabierta mientras sigue agarrada a la barandilla.

—Es una broma, ¿verdad?

—Sí, soy famoso por ser un tipo tan bromista —le contesto, con sequedad.

—¿Pasar la Navidad… con usted… en la empresa? No. Ni de coña. —Da media vuelta y baja unos peldaños—. ¡En caso extremo me excavo un túnel hasta mi coche!

—Que también está bajo la nieve.

—¡Entonces me voy a casa andando!

—A duras penas se ven las farolas. Debe de haber por todas partes como mínimo dos, más bien tres metros de nieve. Olvídelo.

—¡Joder! —grita, desesperada, y luego me mira.

—Ceñámonos al plan. Después puede seguir enfadándose, señorita Lavelle.

—Oh, por favor, Raphael. Venga ya. Deja de llamarme así. Di simplemente Cleo. Dios, te has acostado conmigo. ¡No seas ridículo!
Nunca la había visto tan furiosa. Se sienta en uno de los peldaños y se queda allí.
—Deberías cargar tu móvil mientras aún sea posible. Si aquí fallan la luz y la calefacción, las estancias se enfriarán rápido. Debemos ocuparnos cuanto antes de los puntos y, si hace falta, encontrar una sala en la que podamos hacer fuego.
—Fantástico… —se levanta y me mira, desesperada—. Mr. Wings y Charlotte al menos tenían una piscina. Yo ni siquiera voy a tener una bañera caliente. Maldita sea…
Da un suspiro y vuelve a subir los peldaños. Le sujeto la puerta. La escalera está bastante más fría que la oficina. Crucemos los dedos para que la calefacción aguante y no se estropee.
—¿Abajo no había ya ninguna luz encendida?
—No.
—Quizás sea mejor prescindir de ella para que la electricidad alimente la calefacción. Por eso, por favor, carga tu móvil. ¿Cuánta batería te queda?
Mira la pantalla.
—Un 72 por ciento.
—Vale, conéctalo. Luego buscamos más equipos de comunicación: portátiles y otros móviles, emisoras. Ese tipo de cosas. Si encuentras velas, linternas y pilas, llévatelas también.
—Las tenemos ordenadas en los cuartos de limpieza. O sea, las velas, las pilas y las linternas. Allí también están los equipos de emergencia: botiquín, tiritas y herramientas. Hay en cada planta.

—¿Hay más en algún otro sitio?
—Por riesgo de incendio solo tenemos velas LED. Hasta las que vienen en vaso están prohibidas, pero linternas y pilas sí tenemos.
Cleo va delante. La sigo. En el pasillo grande hay una puerta que nunca he abierto. Detrás hay un cuarto de limpieza con todo tipo de trastos. También hay utensilios de cocina: cajas del tostador, del microondas y unas cuantas carpetas. Aquí se almacenan también toallas y productos de limpieza.
—¿Por qué guardáis las cajas? —pregunto cuando estamos en la sala de unos diez metros cuadrados con estanterías metálicas.
—Dentro están los recibos. Si un aparato se estropea dentro del plazo de garantía, así es más fácil cambiarlo.
Abre una caja en la que hay diez linternas y cientos de pilas, ordenadas con esmero por tamaños.
—Con esto tiramos una buena temporada. —dice, y apoya el dedo sobre una pegatina grande—. Los materiales se revisan cada trimestre y luego se firma el visto bueno. La última vez a principios de diciembre.
—Muy bien. Entonces ya sabemos dónde encontrarlo. ¿No hay mantas térmicas aquí?
—No, solo toallas y material de limpieza. Tampoco tenemos baterías externas ni nada parecido, y los ordenadores necesitan corriente. Tu portátil y nuestros móviles son los únicos aparatos que funcionan sin luz. Al menos hasta que se agoten las baterías.
—Vale, entonces ahora buscamos fuentes de calor. Mantas, cojines o ropa. Mientras siga habiendo electricidad, tenemos que ir planta por planta.

—A ver, si encontramos algo así será solo en el sótano o en la planta baja. De la uno a la ocho solo hay oficinas diáfanas. Tienen aseos, pero ni siquiera una ducha. También hay solo office pequeños y salas de descanso.

—¿Hay en cada una un sofá? Si es así, habrá también cojines y quizá alguna que otra manta. Tenemos que reunirlo todo por si acaso y encontrar una sala donde podamos dormir esta noche.

Cuando digo eso, me mira con nerviosismo.

—¿Nosotros?

—Aquí no hay dormitorios que yo sepa. Necesitamos una sala que podamos mantener caliente en caso necesario.

Eso no le hace ninguna gracia. Al menos en esto coincidimos: la situación es bastante jodida.

—Mr. Wings trabajó aquí mucho tiempo. No me extrañaría que se hubiera acondicionado un par de salas. Abajo, en el vestíbulo, están las llaves. Solo hay que acceder a ellas… —suspira—. La cuestión es si desmontamos el campamento aquí arriba porque abajo están las salas importantes, o si vamos subiendo y bajando todo el rato.

—Si nos mantenemos en movimiento, entraremos en calor. Hay que aprovecharlo. Y mientras aquí arriba siga funcionando la luz, de momento nos quedamos.

Cojo dos linternas y les pongo las pilas correspondientes. Luego le tiendo una y me coloco la mía entre el cinturón y el pantalón.

—Los móviles se quedan de momento aquí arriba. Vamos a ir planta por planta y a reunir todo lo que nos pueda servir para la primera noche.

—Puedo llevar una lista e ir tomando notas. Así sabremos en qué planta hay cosas que quizá necesitemos mañana o pasado. Una especie de inventario.

Asiento cuando lo propone.

—Bien, hagámoslo así. —Cleo asiente y va a su mesa. En el cajón de arriba saca un portapapeles con papel y un bolígrafo.

—Vale, estoy lista. Rumbo a la octava planta.

—Muy bien. Pues vamos.

Ambos seguimos con la ropa de invierno. La oficina aún está caliente, pero si en las plantas inferiores fallara la calefacción, mejor ir abrigados. Nunca se sabe. También aquí apago la luz, de modo que el pasillo deja de estar iluminado.

# Capítulo 19



# Cleo

Esto no puede estar pasando de verdad. Si esto fuera uno de mis sueños despierta, diría: historia poco realista, ¿y el sexo dónde está? Por desgracia esta es la jodida realidad y ahora mismo bajo por la gélida escalera hasta la octava planta. Raphael viene justo detrás y solo puedo esperar que encontremos dos dormitorios. En un complejo de oficinas como este sería un milagro dar con algo así, porque todo está pensado para trabajar, no para quedarse a dormir. Aunque, quién sabe. Quizá tengamos suerte.

La octava planta la alcanzamos enseguida y la puerta se abre sin dificultad.

—He estado aquí unas cuantas veces. La última, cuando repartí las felicitaciones de Navidad. Las plantas están prácticamente todas compartimentadas igual. Los despachos de los jefes y las oficinas diáfanas están una encima de otra —le explico.

—Vale, entonces deberíamos ir a los despachos de dirección y echar un vistazo a las salas de descanso y a las cocinas.

—Probablemente solo quede agua, azúcar, sal y té. El resto de los alimentos se ha recogido hoy al mediodía porque se donaron. Con las fiestas se habrían estropeado. Fruta fresca ya no tenemos. Tampoco fiambre ni pan.

—Mh, no es lo ideal —dice Raphael, mirando alrededor.

—Aquí delante se llega al primero de seis despachos de los jefes.

Señalo la primera puerta, a la que llegamos enseguida. Allí pruebo la luz. Incluso se puede encender.

—Lo mejor es encender solo algunas lámparas en las habitaciones para no sobrecargar la red. En cuanto salgamos, las apagamos.

—Vale.

Miro alrededor: un escritorio, una silla, plantas, una ventana que deja ver la ventisca fuera. Estanterías con archivadores, algunas cosas personales como fotos, un calendario de mesa, recuerdos de viajes y una papelera aún sin vaciar. Más o menos así serán todos los despachos.

Volvemos a salir. Raphael baja el interruptor. Con las linternas nos movemos entre las hileras de mesas y los pasillos. Tal y como me imaginaba: en las otras salas no está mucho mejor. Útil, aquí, no encontramos nada.

Ni siquiera en la cocina hay más que lo típico: azúcar, sal y agua. Al menos no nos deshidrataremos. El azúcar y la sal dan la energía básica necesaria.

En la gran sala de descanso hay unos sofás, butacas, sillas y mesas. Encontramos cuatro cojines decorativos y dos mantas dobladas. Algo es algo. Nos las llevamos a la séptima planta, que es casi idéntica a la octava.

Cargados con cojines y mantas llegamos a la planta baja, donde dejamos todo en un montón. Ha sido un buen tute, pero por lo menos eso ya lo tenemos. Hemos envuelto los cojines en las mantas y luego los hemos cargado como si fuera un gran saco de Papá Noel. Ojalá no tengamos que subir con ello. Trepar nueve plantas otra vez

con tanto trasto no es precisamente algo que me apetezca ahora mismo.

—Ahora viene lo complicado. La planta baja y el sótano están asegurados. A ver si conseguimos las llaves —digo, enfocando con la linterna la zona de recepción.

Como siempre hay alguien allí o el portero tiene la llave maestra, confío simplemente en que las llaves estén por aquí.

—En realidad Paul tendría que haber esperado a que llegara August para relevarle. Siempre hacen la entrega de llaves. Igual han hecho una excepción porque ya era muy tarde… —No puedo más que conjeturar—. O quizás han hablado por teléfono justo antes. Da igual.

Ilumino toda la recepción mientras Raphael va hacia las ventanas y puertas de la entrada. Él las enfoca y observa el desastre de cerca. Yo, mientras, busco las llaves y hurgo entre papeles, folletos, listados de llamadas y tentempiés esparcidos por todas partes. Los cajones están todos cerrados con llave. Mierda. ¡Seguro que lo importante está ahí dentro!

Rebusco por todas partes a la caza de una llave hasta que Raphael se me acerca y me ayuda a revisar la recepción con la linterna.

—¿Tú dónde esconderías una llave, esperando que solo la encontrara el portero?

—En un sitio tonto —dice, palpando la parte de abajo de mesas y estanterías.

—A ver, tan tonto no estará escondido… —y me quedo yo con cara de tonta cuando Raphael despega una llave con cinta adhesiva de

una de las baldas inferiores de la estantería—. Como digas algo, te mato.

—Por ejemplo, que sin mi ayuda seguirías sin llave —se pone bastante chulito.

—Primero, a ver si abre alguno de los cajones.

Le quito la llave y me arrodillo para probarla en los cajones. Por supuesto, encaja en el último que pruebo: el de abajo del todo. Estaba cantado. Y *et voilà*, ¿qué tenemos aquí? Cojo el enorme llavero y presento el botín con orgullo.

—¿Y ahora cuál es para qué? —quiero saber.

—Soy tu jefe, no un ladrón —responde, seco.

Me pongo en pie y le tiendo el gran manojo. Deben ser unas treinta llaves.

—Solo sé que algunas puertas van con código pero la sala técnica no, esa va con llave.

—Pues vamos puerta por puerta y abrimos. Lo más importante es la sala de calderas y la de suministro eléctrico. Si no accedemos, no podremos, en el peor de los casos, rearmar el interruptor diferencial si se nos dispara.

—¿El qué?

—Es un interruptor de protección. Si la red se sobrecarga o un cortocircuito deja fuera de servicio parte de las plantas, el diferencial salta. Así se reduce el riesgo de incendio.

—¿Y qué hacemos… si se declara un incendio aquí?

La idea no me gusta nada.

—Está todo cubierto de nieve. ¡Entonces ya no podremos salir!

—Para eso está el interruptor diferencial. Si necesitamos encender fuego en algún sitio para no congelarnos, solo podrá ser en una sala con ventilación. Y necesitamos extintores. ¿No habrá, por casualidad, una chimenea?

—Me temo que no. A no ser que Mr. Wings se haya hecho instalar una —suelto un suspiro—. Menuda mierda.

Enfoco con la linterna alrededor. Da un mal rollo tremendo aquí a oscuras. Solo unos pocos LED dejan intuir que en realidad esto debería verse muy navideño. En cuanto se agoten las pilas, la planta baja se quedará en tinieblas.

—En serio, ¿qué hacemos si de verdad se declara un incendio aquí abajo?

—Usamos los extintores e intentamos llegar a la primera planta. Desde allí nos escapamos por la ventana. Eso sería solo en caso absolutamente extremo. También tenemos los rociadores, que deberían evitar algo peor —Raphael enfoca el techo. Sigo su haz de luz con la mirada.

—Vale. Eso me tranquiliza un pelín —murmuro—. Entonces, ¿adónde vamos primero?

—Lo mejor es ir sala por sala. Yo intento abrir las puertas y tú haces un croquis de la planta. Así sabremos dónde hay algo importante que pillar si lo necesitamos con urgencia.

Asiento y esbozo ya el contorno del edificio y del vestíbulo en el que estamos. Raphael me observa.

—¿Empezamos aquí a la izquierda?

—Ahí están los aseos para visitantes y un trastero.

Quiero ver el tamaño para hacerme una idea de las estancias. Nos ponemos en marcha y echo un vistazo rápido mientras Raphael acciona una cisterna y luego tapa los lavabos y los deja llenándose.

—¿Esto a qué viene?

—Me acabo de acordar de que hay que hacerlo en situaciones de emergencia por si falla el suministro de agua. Lo ideal es llenar la bañera. Así, en caso de necesidad, la usamos para limpiar o para lavar, si al final se nos acaba el agua potable. Por si acaso.

—O por si hay un incendio —murmuro.

—Exacto. Más vale prevenir. Solo esperemos que aquí abajo se mantenga el calor y no se congelen las tuberías. Si se estropea la calefacción, pasa volando. Cuando vuelva a funcionar, las tuberías podrían reventar y entonces aquí no funcionará nada —parece tranquilo, pero se le nota la preocupación en la voz.

—Mañana nos reiremos de todo esto —digo, saliendo de nuevo del aseo de invitados.

Raphael me sujeta la puerta justo cuando paso y yo iba a sujetársela a él.

Seguimos: la siguiente puerta es un trastero. Raphael tarda un poco en dar con la llave correcta. Luego la separa y la deja puesta: así vamos ordenando todas las llaves y podemos entrar en cualquier sala cuando queramos. Perfecto.

—A ver qué maravillas tenemos aquí.

El cuarto grande guarda máquinas para limpiar suelos, toallas y rollos de papel higiénico. Además, varios materiales de decoración para las fiestas y un almacén de snacks y chucherías.

—Mh, todo azúcar —se queja.

—¿Por qué no te gusta lo dulce? ¿Solo porque quieres cuidar tu figura o hay otro motivo?

—¿Importa?

—Hombre, es que no tenemos otra cosa. Así que te guste o no, tendrás que comerlo si no quieres morirte de hambre.

—Una persona no se muere de hambre tan rápido. Tengo suficiente musculatura como para tirar semanas con ella.

Le miro, sorprendida, mientras él me recorre de arriba abajo y suelta:

—Tú apenas tienes músculo. Eso significa que también te enfrías antes. Así que será mejor que sigamos y busquemos un sitio seguro cuanto antes. —Raphael enfoca con la linterna hacia el zaguán acristalado del vestíbulo y explica—: Los cristales aguantan bastante, claro, pero es cuestión de tiempo, o de peso, que revienten. Entonces hará aquí el mismo frío que fuera.

—Solo me pregunto qué eran esos ruidos que hemos oído arriba. ¿No se te ocurre nada?

—Seguramente era nieve del tejado, que se ha deslizado y ha caído delante de la puerta. —Aguzo el oído y me pongo a darle vueltas.

—¿Y si sólo hay tanto delante y por detrás podemos salir por una ventana?

—Me temo que habrá tanta nieve por todas partes. Es más seguro quedarse aquí y esperar a que despejen las calles que lanzarse a lo desconocido. Aunque te gustaría más eso que estar aquí conmigo en la empresa.

—¿No se te ocurre por qué no quiero estar aquí contigo? —pregunto, enfadada.

—Sí, pero no sirve de nada discutir ahora. Vamos tirando.
Suelto un suspiro y le sigo.
En la planta baja hay algunos despachos y ramificaciones. Muchos aseos, trasteros y el comedor.
—Crucemos los dedos para que quede algo en las cámaras —dice Raphael, con una sonrisa amplia, mientras abre la puerta. Nuestros pasos retumban en la sala. Se me eriza la piel—. Aquí dentro hace más frío que en el pasillo, ¿o me lo parece?
Raphael se agacha, se quita el guante derecho y toca el suelo.
—Helado. Normalmente la calefacción por suelo radiante está encendida. Pero como aquí abajo tampoco hay electricidad, supongo que se ha disparado el diferencial.
—¿Entonces algo aquí ha sobrecargado el sistema?
—O la propia calefacción, o la cocina. Quizás también árboles de Navidad con guirnaldas. Deberíamos desenchufarlo todo antes de llegar al cuadro eléctrico. Supongo que estará en el sótano. —Raphael vuelve a incorporarse y enfoca la sala.
Las sillas están invertidas sobre las mesas. El personal de limpieza se ha ido hace rato y lo ha dejado todo reluciente.
Pasamos detrás de la barra, donde siempre montan el bufé, y llegamos a la puerta de la cocina. Por supuesto, también está cerrada…
Tras probar varias llaves, consigue abrirla. Dentro hace aún más frío. Me recorre un escalofrío. Enfoco las ventanas con la linterna. Por desgracia se ve claramente cómo la nieve también aquí presiona el edificio hasta arriba. Una idea inquietante.

—Siempre que alguien hablaba de Mr. Wings y Charlotte y mencionaba que se quedaron sepultados en aquella casa, unos se lo imaginaban de lo más romántico y otros entraban en pánico. No entiendo cómo se puede ver romántico. A mí me da un miedo terrible estar enterrada bajo la nieve… —Me acerco a Raphael, que de pronto se detiene y me mira.

—Aquí estamos seguros. El edificio está construido de forma sólida. Solo necesitamos una sala donde pasar unos días.

Que se mantenga tan sereno me relaja, al menos, un poquito.

Raphael mira en la nevera: hay mantequilla y nata, pero ni ensalada ni verdura. En los arcones congeladores y en la despensa, en cambio, tenemos mucha suerte: carne y pescado a montones, además de patatas fritas, croquetas y muchas latas con fruta y bastantes verduras, como guisantes, zanahorias o judías. También encontramos maíz y alubias rojas. Tomate triturado, kétchup, mayonesa… lo propio de un estilo de vida poco sano.

—Peor sería nada. —Saca unas latas de fruta, alubias y maíz, además de pescado y carne—. ¿Qué te apetece?

A él. Qué locura.

—Una ensalada crujiente, pero me adapto. Aunque unas patatas fritas no sonarían nada mal. Sin cocina funcionando, imposible.

—Si conseguimos volver a encender la corriente, se puede hacer. —Raphael deja los congelados junto a las latas y sigue mirando—. Deberíamos volver a las otras salas que ya hemos abierto y desenchufarlo todo. Cada lámpara. Cada regleta. Todo. No solo bajar el interruptor.

—Sí. Buena idea.

Salimos de la cocina. Dejamos la comida fuera para que vaya descongelándose. Regresamos a las salas anteriores, también a los aseos, donde hay un secador de manos en cada uno. Yo me arrastro por el suelo y alumbro todos los rincones. Increíble la cantidad de enchufes que puede tener una sala…

Después de lograrlo, vamos a los siguientes despachos. Pero aquí también sólo podemos desenchufar cosas. Cafeteras, lámparas y algunas guirnaldas sin pilas. En las cocinas quitamos del enchufe microondas, hervidores de agua, cafeteras y neveras. Total, ya están todas vacías. Nada se va a estropear.

—Este es el despacho de Gabriel. He estado dentro varias veces, pero solo en la sala principal. Hay más puertas.

Raphael abre el lujoso despacho, que también se utiliza como recepción para clientes y compradores adinerados. Raphael tenía razón. Hay un baño grande con bañera, ducha a ras de suelo y aseo independiente, además de una sala de estar con chimenea y un pequeño dormitorio. Por desgracia, aquí también las ventanas están completamente selladas. Todo nieve.

—Por favor, dime que no es una chimenea de pega.

Me pongo nerviosa y la ilumino con impaciencia. Raphael la examina, se arrodilla y alumbra el interior. La chimenea parece, a primera vista, muy limpia. Y eso no me da buena espina.

—Tiene tiro y dos compuertas de seguridad. Además hay atizador y una bandeja metálica. Pero no hay leña. Si fuera de adorno, esto no estaría y no habría sistemas de seguridad. Sin embargo…

—¿Cuál es el problema? —pregunto, cuando enfoca el techo, pensativo.

—Seguro hace tiempo no la usan. La chimenea no tiene hollín. Probablemente nunca haya estado en funcionamiento. Si fuera está todo nevado, puede que la entrada de aire no funcione. Entonces tenemos un problema.

—Nos asfixiaríamos…

¿Qué preferiría? ¿Morirme de frío o asfixiada?

—La planta baja es lo bastante grande. Bastaría con dejar las puertas abiertas y ventilar de vez en cuando. Por supuesto, por ahí entraría más frío, pero es bueno saber que esto está aquí.

Nos disponemos a irnos, pero me acuerdo de lo que dijo antes y voy al baño, bajo el tapón de la bañera y abro el grifo. Con los dedos desnudos pruebo la temperatura:

—Está helada. Mierda. —suelto un suspiro, pero dejo que la bañera siga llenándose. Sobre todo porque la chimenea está cerca.

—Aquí hay dos extintores más, apúntalo.

Además de los utensilios importantes, marco los extintores con una "F" dentro de un triángulo.

—¿Por qué no se corta la luz en todo el edificio? ¿Y por qué funcionaba el ascensor? —quiero saber.

—Supongo que cada planta tiene su propio circuito eléctrico. Y el ascensor también. Incluso puede que dos, uno para cada cabina. Por seguridad. Cuando encontremos los cuadros, deberíamos desconectar también las demás plantas.

—Pues nada, sigamos…

Abandonamos la zona privada de Mr. Wings y encontramos las salas de su asistente personal y de las secretarias. También hay salas de reuniones y una sala de descanso con cama, sofá y diván. Incluso

hay una habitación para pacientes con sala de masajes. Lo había oído, pero nunca la he utilizado.

—Aquí tenemos medicamentos. Analgésicos, pomadas y material de vendaje. Junto con los botiquines, un buen almacén para emergencias.

—Mejor me llevo ya unas cuantas —dice Raphael y separa dos pastillas para el dolor de cabeza—. Aquí habría una segunda cama. Lástima que no haya chimenea —toca la calefacción—. Helada. Debe haberse parado hace horas.

La sala ya se ha enfriado claramente, porque su aliento se ve. Antes no se distinguía tan bien.

—Se te ve el aliento. Mierda… —maldigo.

—Sí, mala señal. ¿Hemos terminado con la planta baja? —me pregunta, cerrando la puerta tras de sí.

Echo un vistazo y digo:

—Aquí sólo quedan más aseos y una cocinita. Desenchufemos otra vez. Y luego bajamos al sótano. —Y otra vez a arrastrarnos por el suelo…

Pocos minutos después llegamos a la escalera. Bajamos al sótano. Se accede por dos pasillos y por la zona exterior del aparcamiento subterráneo. Pero eso debe de estar bajo una gruesa capa de nieve.

—Joder, qué frío hace aquí… —Tirito—. Ojalá encontremos rápido los cuadros eléctricos.

Raphael mira alrededor y va hacia una puerta metálica que parece pesada. Aquí abajo, por lo demás, está negro como boca de lobo y los techos no son ni de lejos tan altos como en las oficinas. Se siente angosto y me entra un poco de pánico al pensar que quizá no

podamos volver a la planta baja si entra nieve en el edificio. Toda la situación me da mala espina.

—Aquí. —Raphael intenta abrir la puerta. Está cerrada. Pero solo le quedan cinco llaves, así que encuentra la correcta enseguida. Cuando entramos, me quedo boquiabierta. Hay muchos cuadros y máquinas que será mejor no tocar.

—Guau. ¿Esto son varias calderas, no?

—Sí… parece que están acopladas a un suministro principal. De ese modo están todas interconectadas.

Raphael examina las máquinas con más detalle, mientras yo encuentro los cuadros eléctricos y abro sus tapas.

—Los cuadros marcados como sótano y planta baja están apagados. Los demás aún tienen pantalla.

Raphael se acerca cuando se lo digo. Lo ilumina todo y luego acciona un interruptor, que salta de inmediato.

—Mala cosa. Ese era el interruptor diferencial. ¿Hemos desenchufado de verdad todo en la planta baja?

Para asegurarse, corta ahora la corriente de la primera a la octava planta y lo intenta de nuevo en la baja. El interruptor vuelve a dispararse al instante.

—Hemos sido muy meticulosos…

Entonces caigo en nuestro error:

—Ah, mierda. Seguro que es la centralita de la entrada. Allí están los teléfonos. No hemos pasado por ahí. —Suelto un suspiro—. Subo rápido. Vuelvo enseguida.

—Vale, yo mientras miro mejor las calderas e intento entender cómo funcionan. —Me enseña uno de los manuales que había en uno de

los cuadros—. Crucemos los dedos.

Salgo del sótano y subo por la escalera. Al llegar a recepción, desenchufo todo lo de allí. Y creo que aquí está el problema: alguien ha enchufado cuatro regletas a otra más, de modo que toda la iluminación pasa por un solo enchufe. Quito también todas las demás y luego reviso toda la entrada. Solo encuentro dos enchufes más, el del árbol de Navidad y el de una lámpara. Ahora sí que deberían estar todos fuera.

Cuando vuelvo a bajar, oigo de nuevo ese ruido sordo y me giro asustada. Debe haber caído otra vez nieve del tejado. Tiritando. Qué inquietante suena…

Bajo a toda prisa por la escalera. Crucemos los dedos para que el interruptor ya no salte, si no, tendremos que registrar cada sala para encontrar la causa.

# Capítulo 20



## Raphael

Me había imaginado la tarde mucho mejor. Y aquí estoy, atascado con Cleo. Precisamente con ella.

Paso las páginas del manual y repaso por encima los puntos más importantes para hacerme una idea general.

Al cabo de unos minutos, Cleo vuelve.

—Vale, he desenchufado todos los cables. Ahora debería funcionar.

Está un poco sin aliento. Se le nota la respiración. Ojalá la calefacción no haya estado apagada demasiado tiempo…

Acciono el interruptor diferencial y… ¡se enciende la luz del sótano! Enseguida se activan las calefacciones y empiezan a ponerse en marcha. Exhalo aliviado y compruebo los cuadros eléctricos. Por supuesto, los interruptores principales están activados para que la calefacción de las plantas funcione.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclama Cleo, nerviosa, y se apoya agotada en el marco de la puerta. Los dos apagamos nuestras linternas.

Activo también el segundo interruptor en la planta baja. Este también aguanta. Luego acciono con cuidado los de la cocina. Funciona.

—¿Qué enchufes has quitado? —le pregunto.

—En recepción había varias regletas enchufadas en serie a una sola. Seguramente una estaba defectuosa —me explica.

—Sí. Un peligro de incendio del que siempre avisan. Bien hecho haberlas desenchufado todas. Así las estancias podrán volver a

calentarse y podremos cocinar algo.

—¿Patatas fritas? —me pregunta con esperanza. Como ya no está enfadada ni mordaz, asiento sin más. No tengo ninguna gana de discutir ahora.

—Por qué no. Las freidoras deberían ir. Los hornos van con corriente trifásica, eso es otra historia, pero quizás esperemos mejor una o dos horas, hasta que las calefacciones lleven un rato funcionando, por seguridad. Primero tienen que templarse las habitaciones.

—¿Y dónde vamos a dormir? —me pregunta.

—Propongo el dormitorio de Mr. Wings. Hay una cama y un cuarto de baño. Si quieres separarnos…

—No, ya está bien —me interrumpe—. Es más seguro que nos mantengamos juntos. Si se vuelve a estropear la calefacción y estamos dormidos, podríamos congelarnos.

—¿Así que propones montar guardia?

—Sería lo apropiado, ¿no?

—Por mí bien. Primero llevemos las mantas y las almohadas a la habitación. Luego revisamos otra vez todas las oficinas y después bajamos nuestros móviles y mi portátil de arriba.

—¿Quieres subir juntos?

—Sí. Allí aún hace calor, como en las otras plantas de oficinas, donde la calefacción ha estado encendida más tiempo. Seguramente primero falló la de la planta baja y después las demás.

—Vale, pues volvamos arriba.

Dicho y hecho. Después de llevar mantas y almohadas al dormitorio de Gabriel, regresamos a la escalera. Subimos planta a planta pues coger el ascensor todavía sería demasiado peligroso.

Al llegar arriba, enciendo el lucernario y noto enseguida el calor agradable, tanto que puedo quitarme la ropa de invierno. Cleo me imita. De momento dejamos las cosas en su mesa y vamos juntos a mi despacho. Nuestros dos móviles y mi portátil están completamente cargados.

—¿Tienes cobertura? —me pregunta mientras miro el móvil.

—No. Voy a comprobar si entran los mensajes. —Marco su número, pero no hay señal. Un mensaje escrito solo muestra "Reintentar". Nada que hacer—. No entra.

Cleo va a la ventana e intenta mirar fuera.

—Tengo una idea —dice, va al interruptor de la luz de mi despacho y lo acciona. Me pregunto qué pretende. Vuelve por la oscuridad a la ventana, saca su linterna y alumbra hacia fuera a través del cristal.

—Nada bueno…

Me acerco y veo lo que pasa fuera: la nieve lo ha cubierto todo. No se ven ni las calles ni coches. Solo en algunas casas y edificios cercanos quedan luces encendidas. Las farolas parpadean porque los copos son tan densos.

—Hacía años que no caía tanta nieve aquí —digo y miro hacia la puerta—. Voy a hervir agua y a echarla en termos para tener suficiente por si acaso. También preparo café para la noche.

—Sí, buena idea —murmura abatida pero luego da un respingo—. ¡La radio! —Me mira justo cuando abro la puerta al pasillo y la luz me da de lleno—. La radio va con electricidad. ¡Seguro que están haciendo avisos con esta nevada!

Cleo echa a correr y me explica:

—Yo siempre tengo sintonizada una emisora que solo pone música. Sin locución. Pero hay suficientes emisoras que dan noticias y boletines.

La sigo. Cuando llega a su mesa, enciende la radio y cambia de emisora.

Cruje y mete ruido hasta que capta algo:

—… nevada como no se veía en los últimos 20 años… por favor permanezcan en sus casas… solo en caso de emergencia…

Apenas se entiende nada.

—Mierda.

Estira más la antena, pero probablemente no sea por eso.

—La nevada es demasiado fuerte. Por eso la señal está perturbada. Quédate aquí con la radio, yo lleno termos con agua caliente y té.

Necesito de todos modos cinco minutos para mí, para calmarme. Si la cosa se tuerce, estaremos atrapados aquí una temporada. Quizás hasta una semana entera. Justo con ella y justo después de un tiempo tan turbulento. No es nada, nada bueno.

En la cocina pongo agua a hervir. Tenemos en total diez termos. Lleno cinco con agua caliente, los otros serán para café.

Cleo entra en la cocina con la radio y la enchufa allí.

—He encontrado una emisora con algo mejor de señal. Repiten una y otra vez las instrucciones —explica y luego enciende el aparato. Escucho en silencio.

—Por favor, mantengan la calma. Permanezcan en sus casas y viviendas. Asegúrense de tener alimentos y agua suficientes. Manténganse abrigados. Hablen con los vecinos y ayuden a las personas mayores. Por favor, llamen a los números de emergencia

sólo en caso absolutamente necesario. Los servicios de rescate están desbordados. Actualmente, en el área de Vancouver y alrededores está cayendo una nevada como no se veía desde hace más de 20 años…

Cleo suspira mientras yo trasvaso la primera jarra de café y pongo otra.

—Nosotros aún estamos bien. Calor. Espacio. Comida. Y no estamos solos —intento animarla.

—No estar sola también puede tener sus desventajas. —Me lanza una mirada herida y luego dice—. Esto es una pesadilla para mí. ¿Para ti no?

—Para mí sería peor estar aquí solo. Así al menos podemos hacernos compañía.

—Y el año que viene trabajaré para otra persona…

—Estabas de acuerdo.

—Porque estoy dolida. Porque es mejor tomar distancia de ti. Porque no lo soporto estando cerca de ti. Y ahora no puedo salir de aquí. Prácticamente estoy obligada a estar contigo en la misma habitación. No quiero ni pensar cómo será cuando tengamos que compartir cama esta noche.

Parece enfadada y descompuesta.

—Solo fue sexo, Cleo. Me acuesto con muchas mujeres. No tiene nada que ver contigo, si es lo que piensas. Eres una mujer preciosa. Lista y ambiciosa.

Un par de cumplidos seguro que ayudan a que esté menos enfadada conmigo.

Error. Me fulmina con una mirada rabiosa que lo dice todo: ¡ojalá te caigas muerto!

—¿Cómo tiene que ser una mujer para estar a tu altura, por favor? —me echa en cara—. ¿Lo bastante buena para la cama, pero no para sentimientos de verdad? —Aparta la vista—. Dios, me odio tanto por haberme enamorado de ti. ¿Cómo he podido ser tan tonta?

—No se trata de exigencias demasiado altas, simplemente no quiero una relación. Sobre todo, no quiero sentimientos. Podrías ser la última mujer sobre la faz de la tierra y aun así no lo querría. —Miro a un lado. La otra cafetera ya ha terminado—. O, mejor dicho, entonces menos todavía —murmuro.

—¿Qué quieres decir con eso?

¿Por qué tienen las mujeres que hurgar siempre?

—Porque es así. No le des tantas vueltas.

—No hago otra cosa en todo el día. Desde el primer momento en que te vi, mi cabeza se ha puesto a fantasear.

—Pero no puedes obligarme a desarrollar sentimientos por ti.

—Lo sé. Pero quizás solo quiero una oportunidad… quería. Solo quería una oportunidad. Un intento. Nada más.

—Yo no quise intentarlo porque sabía desde el principio que no iba a servir de nada. Y, como he dicho antes, no es por ti.

—¿Sino por ti? Vosotros los hombres usáis eso como excusa para decirle a una mujer que no es lo bastante buena.

¿Eso es lo que cree? Suelto una risita y niego con la cabeza.

—¿Te burlas de mí?

—Más bien me sorprende que no me creas, Cleo. No tienes ni idea de quién soy en realidad. Puede que sepas que me gusta el café con mucha leche y sin azúcar, qué me gusta comer, pero… ¿y lo demás? ¿Qué más sabes de mí que no sepa también cualquiera en la empresa?

—Da igual cuántos secretos tuyos conozca, Raphael. Lo que cuenta es lo que siento por ti. Que estoy a gusto cerca de ti. Que me gusta tu olor. Tu sonrisa. Tu fuerza. Tu mirada cuando me miras. Tu calma, que me transmite tanta seguridad —suspira—. ¿Has estado enamorado alguna vez? ¿Aunque solo haya sido una vez?

—No hablo de eso. Y menos contigo en una situación como esta.

Desenrosco el siguiente termo, porque la tercera cafetera ha terminado. Por suerte va bastante rápido. Menos mal que tenemos tantas máquinas.

—Yo sí estuve enamorada. Pero fue hace mucho. Antes de venir a Canadá.

¿No es canadiense? La escucho y aprovecho que está lanzada.

—Mi familia es de Francia, pero yo nací y me crie en Inglaterra. Con 16 jugaba en un equipo de voleibol y me enamoré de uno del equipo. Bueno, éramos un equipo de chicas y uno de chicos en el instituto. Pero nuestros horarios de entrenamiento coincidían. Empezamos a salir, a los dos nos encantaba el deporte. Entrenábamos juntos. Gracias a él, en poco tiempo yo tenía los remates más potentes y pude mejorar mis reflejos. Fue mi primer gran amor. Pero, como pasa muchas veces… el amor se acaba. Conoció a otra chica y lo dejó conmigo. Me quedé como si me hubieran dado con la puerta en las narices. Solo cuatro meses duró

nuestra relación. Ella se llamaba Kim. A las dos semanas él ya quería volver conmigo pero yo tenía el corazón roto. Un año después conocí a Daniel. Era el hermano pequeño del compañero de trabajo de mi padre. Fueron juntos a un partido de fútbol y yo me apunté. Así nos conocimos. —Habla sin parar. Pero yo me limito a escuchar. Mejor eso que discutir con ella—. Fuimos pareja casi un año, pero cada vez empecé a verle más cosas que me molestaban. Lo pillaba a menudo mintiendo. Se inventaba excusas para irse con sus amigos. Coqueteaba con otras mujeres… se fue acumulando. Muchos pequeños detalles se convirtieron en un gran montón que, al final, superó con creces sus virtudes. Lo aguanté mucho tiempo y seguí el juego, siempre con la esperanza de que mejorara y cambiara, pero al final terminé la relación. Ya no lo soportaba. Él estuvo mucho tiempo intentando recuperarme, pero decidí emigrar a Canadá. Mis padres me presionaban mucho. Querían que volviera con Daniel, que nos casáramos y que por fin tuviera niños. Estuve a punto de ceder para hacer felices a mis padres y porque pensaba que no me merecía a un hombre mejor. Pero cuando me fui y conseguí mi primer trabajo en Vancouver, me di cuenta enseguida de lo mucho que mejoró mi vida aquí. —Cleo empieza a iluminarse. Respira hondo y se entusiasma—. La influencia negativa de mis padres desapareció y Daniel se quedó al otro lado del mundo. Me sentó de maravilla. Pude construir una vida nueva y por fin tuve tiempo de procesarlo todo. Decidí centrarme en mi carrera y me presenté aquí. Y entonces… —Me mira, pero su sonrisa se transforma en una mirada triste—. Entonces te vi. Me cautivaste desde el primer instante. Tu manera de ser. Tu presencia. Tu voz. Cómo te mueves…

absolutamente todo. —Cleo mira a un lado y respira hondo—. Lo guardé mucho tiempo para mí e intenté reprimir mis sentimientos pero siempre que hacíamos horas extra, estaba esa tonta esperanza. Que ahora estemos atrapados juntos es como un castigo por haber permitido que pasara algo entre nosotros. Ya sabía que nunca podría retener a un hombre como tú. Pero estaba tan enamorada…

—Si hubiera sabido que tus sentimientos eran tan fuertes, no me habría acostado contigo. Ni en la fiesta de Navidad ni en la oficina.

—Por un lado quiero olvidarlo, por otro, no puedo dejar de pensar en lo bonito que fue poder estar tan cerca de ti. Pero el amor no debería doler. El amor debería ser mucho más que mariposas en el estómago y locas ensoñaciones de una conexión real… —Suspira y luego saca dos cestas del armario inferior. Coloca dentro los termos —. Entonces, ¿has tenido alguna vez una relación? Sé sincero.

—No hablo de ese tema. Fue decisión tuya contarme cosas de ti. Pero…

—Da igual. ¿Qué espero yo de un hombre con un corazón de hielo?

Se da la vuelta y se lleva su cesta fuera de la cocina, mientras yo lleno los últimos termos y los pongo en la mía. Solo puedo esperar que nos saquen de aquí lo antes posible. Me temo que, si no, vamos a chocar de lo lindo. Lo mejor será mantener la calma. No puedo hacer otra cosa.

La sigo de vuelta al pasillo. Cleo me ha estado esperando. Nos volvemos a poner la ropa de invierno y bajamos en silencio las nueve plantas otra vez. Arriba ya están todas las luces apagadas. No volveremos por allí en un buen tiempo.

Al llegar abajo, llevamos lo importante al dormitorio de Gabriel. Seguramente lo hizo amueblar para echar siestas o tener algún rato de intimidad con Charlotte. No voy a culparlo.

Dejamos los termos en la sala de estar, que funciona como un salón, pero sin tele. A cambio hay una estantería, con la que seguro que puedo entretenerme los próximos días.

—Voy a darme un baño caliente y luego lavar mi ropa interior… —Cleo suspira—. En mi coche tengo ropa de deporte, pero no puedo llegar hasta allí.

—Con un poco de suerte, encontramos algo de ropa en el dormitorio —digo y voy delante.

Cleo me sigue mientras entro y miro con más detalle. Hay un estante con toallas de mano y de ducha dobladas, sábanas… y también algo de ropa.

—Diría que esto te debería quedar bien…

Hay algunas camisetas y jerséis, además de ropa deportiva, unos vaqueros y chándales cómodos. También encuentro ropa para los niños, pero eso no lo necesitamos, claro.

—¿Charlotte también ha dejado algo? —Sí, tiene. Solo que no hay ropa interior.

—Camisetas, vestidos y unos vaqueros. Deberías caber. Si te pones además un jersey de Gabriel, tendrás un conjunto cómodo.

No encuentro calcetines, pero tenemos las mantas para mantenernos calientes.

—Mira, de esto he aprendido una cosa: a partir de ahora llevaré siempre unas braguitas encima. Solo por si acaso. Bueno, da igual.

Entonces lavaré mi ropa interior a mano todos los días hasta que salgamos de aquí.

Se oye un borboteo.

—Vale, ese ha sido mi aviso. Me meto ya en la bañera caliente.

Coge unas toallas, un pantalón de chándal negro, una camiseta y se va con ello al baño.

—Yo mientras leo un rato. Luego podemos cocinar juntos.

—Vale.

Cleo se va y me deja solo. Me quito la corbata, luego la americana y la camisa. Aquí ya hace algo más de calor, pero espero que suba más. Las calefacciones están a tope. Supongo que tardará aún una o dos horas en estar agradable. Me decido por unos vaqueros. Gabriel y yo tenemos una complexión parecida. Me quedan solo un poco grandes, por lo demás perfectos. Añadimos una camiseta y un jersey ancho. Me ducharé después de cenar y luego lavaré mis calzoncillos bóxer y los calcetines, para que se sequen durante la noche. Una situación realmente tonta.

Gabriel y Charlotte al menos tenían ropa de sobra en su mansión de lujo, pero nosotros tenemos que apañarnos con lo poco que hay disponible.

En la sala de estar elijo una novela. Va de un hotel donde un huésped se encuentra con otros y filosofan sobre la vida. Un superventas. Con eso no se puede fallar.

Me envuelvo en una de las mantas y me acomodo en el sofá. Sobre la mesa hay un termo con café. Podría ser peor, teniendo en cuenta que estamos aislados por la nieve.

Echo otro vistazo al móvil y escribo en el chat de grupo con Nathaniel y Samuel, pero el mensaje no se entrega. Luego apago el móvil para ahorrar batería. Quién sabe cuánto tiempo más tendremos luz…

# Capítulo 21



# Cleo

Meto la mano en el agua deliciosamente templada. Temperatura perfecta. En seguida me meto dentro. Nunca habría imaginado que acabaría metiéndome en una bañera en mi lugar de trabajo, pero ha llegado el momento.

Me sumerjo por completo y disfruto del calor. Entre las escaleras y el estrés he sudado muchísimo. Mi ropa interior ya está en el lavabo. La he lavado con jabón. Ahora la dejo un rato más en el agua caliente antes de escurrirla y ponerla sobre el radiador para que se seque.

Vaya situación más absurda…

Si me hubiera ido antes, ahora estaría atrapada en casa. Completamente sola. Bueno, probablemente hablaría con mis vecinos, pero los conozco aún menos que a mis compañeros de aquí. A veces nos vemos, nos saludamos, y poco más.

Raphael estaría aquí por su cuenta. Puede que ni se hubiese dado cuenta de que se había ido la luz abajo. Habría cogido el ascensor y podría haberse quedado atascado. Él, solo en el ascensor. Con la temperatura bajando.

—Le he salvado la vida —murmuro para mis adentros y no puedo evitar sonreír—. Quizás haya sido el destino que nos quedáramos atrapados los dos aquí. Pensé que podría ablandarlo un poco si le contaba algo de mi pasado pero, error.

En unos días saldremos de aquí y el año que viene trabajaré para el señor Gold. Así de simple. Hasta entonces, intentaré sobrellevar el tiempo. Con suerte no será tan difícil.

Cuando el agua empieza a enfriarse, me lavo el pelo y salgo de la bañera. La calefacción sigue a tope y ahora dentro se está de maravilla. Me seco el pelo, le doy un poco con el secador y me lo enrosco con una toalla. Enseguida lo desenchufo. Tengo que darle las gracias a Charlotte por haber traído tantas cosas. Nos está facilitando muchísimo la situación.

Me ocupo de mi ropa interior y me pongo la ropa cómoda, me echo una manta sobre los hombros y salgo del baño. Raphael ni siquiera levanta la vista cuando me acerco.

—El agua sigue caliente. Si quieres meterte en la bañera, adelante. Lo he aclarado todo y lo he dejado limpio.

—Después de cenar —dice escueto, y coloca un trozo de papel entre las páginas antes de mirarme. Apenas me mira un instante, deja el libro sobre la mesa, aparta la manta y se levanta. Vaqueros y jersey le sientan de muerte. Es la primera vez que lo veo vestido tan informal.

—Seguro que tienes hambre.

—Y tanto…

Yo también dejo la manta en el sofá. Por suerte llevo zapatillas deportivas y calcetines, si no, ahora solo tendría mis medias autoadhesivas y tacones altos. Al menos me ahorro eso.

Vamos juntos al comedor y él enciende las luces del techo.

—Cuando no está tan oscuro ya no parece una peli de terror.

—No te preocupes, te protejo si pasa algo.

Raphael se agacha un momento y asiente con un leve gesto.
—Sí, el suelo está caliente. Estupendo. Hemos tenido suerte.
¿Me protegería? ¿Lo dice por decir o lo piensa de verdad?
Seguimos hasta la cocina.
—¿Te gusta cocinar? —me pregunta.
—Sé hacer ensaladas y calentar platos, si se me permite la sinceridad.
Al reconocerlo, alza las cejas con gesto interrogante y duda un instante. Enciende la luz de la cocina antes de que entremos.
—¿Nunca te preparas tú misma los platos?
—A ver, sé cocer arroz, o patatas, hacer sándwiches o huevos revueltos. Lo básico que hay que saber. Pero no diría que tiene calidad de restaurante ni que sea digno de una esposa que le prepara algo a su marido cuando vuelve del trabajo…
Ya estoy otra vez hablando de más. Raphael calla y empieza a sacar algunas ollas y sartenes, que pone sobre las placas. Mira en los armarios y saca unos cuantos ingredientes, mientras yo me quedo allí de pie deseando que me deje hacer algo. No va nada conmigo quedarme sin hacer nada.
—Bueno, preparando desayunos y haciendo café diría que soy excelente.
—Nunca me he quejado de eso.
Sí, hoy no va a estar más encantador que esto.
—También sé marcar carne y pescado. No es tan complicado…
—Entonces sí sabes cocinar.
—Un poco.

—No te menosprecies tanto, Cleo —coloca varias latas en la encimera y explica—, con lo que hay, aunque no tengamos ensalada ni verdura fresca, podemos hacernos algo rico. Haremos filete, pescado y patatas fritas. De acompañamiento, judías verdes y una ensalada de alubias rojas con maíz. De postre, peras y melocotones. ¿Qué te parece?

—Suena mejor que nieve en un palo —bromeo.

—Sí, en efecto.

¿Ni ahora sonríe?

—Era una broma… —teniendo en cuenta que estamos atrapados en una especie de iglú gigante, no tiene tanta gracia, pero en fin…

—Mh… —Se esfuerza en esbozar una sonrisa breve antes de encender la placa de descongelación y poner encima el filete y el pescado—. La carne y el pescado aún no están del todo descongelados. Necesitan unos minutos.

—Mientras se pueda comer, ¿qué hago?

—Ve sacando la vajilla y abre las latas. Ya que estamos atrapados, al menos vamos a ponérnoslo agradable.

—¿Quieres… comer solo o conmigo?

—Juntos, claro.

—No es tan claro, si puedo recordarte la última situación, que fue realmente bochornosa…

Me gusta llamarla en mi cabeza el *Incidente de la Langosta*.

A Raphael se le nota que el tema no le gusta, aun así dice:

—Tenía mis motivos para querer comer por separado.

—¿No tienes modales en la mesa? —bromeo, y me gano una mirada escéptica—. Era una broma. No es nada fácil sacarte una sonrisa.

—No estoy para bromas, Cleo.

—¿Y te crees que yo sí? Estoy atrapada con un hombre que no corresponde a mis sentimientos y…

Estoy a punto de arrancarme a despotricar cuando suena un golpe muy fuerte fuera. Doy un respingo y, al instante, noto los brazos fuertes de Raphael, que me atraen contra su pecho.

—¿Qué ha sido eso? —balbuceo nerviosa. Ha sido condenadamente fuerte. Como si algo grande y pesado hubiera chocado contra el edificio.

—Seguramente solo un manto de nieve del tejado o de alguno de los edificios de enfrente. Baja con mucho peso. No te preocupes. Aquí estamos seguros.

Me agarro a él y pego la cara a su pecho. Me tiembla todo el cuerpo como un flan.

—Ni siquiera había terminado de echarte la bronca… —murmuro, abochornada—. Y ahora me abrazas. Es muy confuso, Raphael.

—Porque has tenido miedo. Ya te he dicho que te protejo.

Noto cómo se va separando poco a poco de mí, así que me aparto de inmediato un paso para que dejemos de tocarnos.

—Voy a buscar los platos y los cubiertos. Y luego preparo la mesa…

Será mejor que me dé aire. El corazón me vuelve a ir a mil. Maldita sea. ¡Este tío me descoloca por completo a cada momento! Suspiro y empiezo a registrar los armarios.

Los platos, vasos y tazas aparecen rápido. Los cubiertos los encuentro tras varios intentos. Es que hay una cantidad increíble de cajones…

Elijo en el comedor una mesa cerca del radiador. Incluso la decoro con una corona de Adviento y velas LED que he cogido prestadas de una de las oficinas vecinas. Unas cuantas bolas de Navidad y una guirnalda de luces, además de unas figuritas del vestíbulo, donde está el árbol, no pueden faltar. Por último, arrastro el árbol grande del comedor hasta nuestra mesa. Es artificial y mide unos tres metros, adornado con bolas plateadas y una guirnalda de luces larga. Por suerte funciona con LEDs y pilas. El árbol está sobre una alfombra blanca, así que puedo moverlo sin problema.

Después pruebo los interruptores de la cantina para que solo haya encendidas unas pocas lámparas de techo. Así el ambiente no resulta amenazador, pero tampoco está a plena luz. Tiene un punto romántico. Nos lo hemos ganado, ¿no?

Vuelvo a la cocina. Raphael está a los fogones dorando los filetes. El salmón está en el horno, las judías verdes con mucha mantequilla en una olla y la mezcla de alubias rojas con maíz en un cuenco.

—¿Té? ¿O algo distinto? —le pregunto.

—Vino.

—¿Tenemos vino aquí?

—Sí, pero solo unas botellas de vino de cocina sencillo. También se puede beber.

Claro. Hasta lo tiene ya sacado. Llevo la botella y el cuenco con las alubias y el maíz a la mesa y regreso. Luego encuentro también una botella de limonada y agua con gas.

—¿Eso es baguette? —pregunto, sorprendida, cuando Raphael mete algo en el horno.

—Sí, habrá unas cien barras en el congelador. También tenemos mantequilla de hierbas. Las gambas las comemos mañana, estaban más al fondo. Tengo que hacerme un inventario en condiciones. No nos vamos a morir de hambre, desde luego.

—Un pequeño banquete. Ya pensaba que tendríamos que alimentarnos durante días de chocolate, frutos secos y pan de jengibre. —Cierto. Antes he visto algo en la oficina—. Vuelvo enseguida.

—¡Sin pan de jengibre no hay trato!

Corro a la oficina, donde el paquete está sobre la mesa de una compañera. Las fotos al lado de la pantalla me chivan que le gusta hornear, pero estos son comprados y aún les quedan más de tres meses de caducidad.

Vuelvo feliz, sonriendo con mi botín, y cojo un cuenco decorativo bonito de la cocina para poner dentro el pan de jengibre. Las formas de corazón y estrella encajan a la perfección con la estética de la mesa puesta.

Raphael sacude las patatas fritas en la freidora y comenta:

—Dos minutos más y está todo.

Tiene tantas ollas y sartenes al fuego que de verdad me pregunto para cuántas personas ha cocinado…

—Ya me ruge el estómago —admito, mirando el reloj.

Es casi medianoche y, en realidad, ya estaría en la cama. En lugar de eso, estoy aquí con calcetines, zapatillas, pantalón de chándal, camiseta y jersey, sin bragas ni sujetador, y llevo el pelo recogido en un moño suelto. Vamos, que sexy no es que esté, pero tampoco era la idea.

—Siéntate ya. Ahora mismo llevo la comida. Es mi sorpresa para ti.
Unas palabras inusualmente conciliadoras en su boca.
—¿De verdad? —pregunto, escéptica.
—Sí. Y si te gusta, mañana te enseño a cocinar. No es tan difícil.
—Vale…
Estoy sorprendida, pero también muy complacida con sus palabras. Salgo de la cocina despacio y me giro a mirarlo una vez más antes de sentarme en la mesa cerca de la puerta de la cocina.
Cuando, pocos minutos después, Raphael sale de la cocina, se detiene en el marco y echa un vistazo alrededor. Avanza despacio y deja primero la fuente con los filetes y el salmón en la mesa. Su mirada recorre la decoración hasta llegar al árbol. Espero una reacción acorde por su parte, pero se limita a guardar silencio y vuelve a la cocina. Llegan luego las patatas fritas, la baguette con mantequilla de hierbas y las judías verdes, además de unas salsas que ha ligado en las cazuelas.
—Para ser una comida de emergencia, me siento como una reina —digo en tono elogioso y lo miro, inquisitiva. Raphael se sienta enfrente y abre la botella de vino.
—¿Quieres también un poco de tinto?
Ni una palabra sobre la decoración. Típico de hombre…
—La verdad es que no, pero un poco de alcohol ahora no puede hacer daño.
¿Esto es como una cita? Vale, no vamos elegantes, pero el ambiente acompaña. Seguramente no dice nada porque para él no es más que una cena normal y yo ya estoy fantaseando otra vez.
—¿Demasiada decoración?

—Para una cita sería adecuada.

Sí, lo que me imaginaba.

—Solo quería aliviar el mal ambiente y disculparme por mi comportamiento.

Al decirlo, alza ambas cejas un momento y me mira, animándome a seguir.

—Te escucho.

—Solo fue sexo. Eso ya lo he entendido. Quieres proteger tu intimidad y yo no lo respeté, estuve insistiendo y luego me enfadé porque no te abriste conmigo. No fue justo por mi parte y no volverá a pasar. Afrontemos esto juntos y matemos el tiempo como podamos. Ese es mi planteamiento.

—Me parece bien y lo agradezco.

Sirve primero un poco de vino en mi copa y luego en la suya. Cuando alza su copa, yo ya he dado un sorbo y solo ahora me doy cuenta de que quería brindar conmigo. En fin, no es una cita, así que, ¿para qué brindar?

—Quería decir una oración y dar las gracias por lo que tengo.

Fantástico. Dejo enseguida la copa y asiento, pidiendo perdón con la mirada. No sabía que fuese religioso.

—No algo formal, solo por agradecimiento. Al fin y al cabo, hoy he tenido suerte dentro de la desgracia y, para colmo, por culpa mía. Si no me hubieras llamado y advertido, habría bajado en ascensor. Puede que justo entonces se hubiera ido la luz. Habría tenido que aguantar en un ascensor helado y quizá habría muerto de frío.

Así que ha pensado lo mismo que yo…

—Quería que estuvieras a salvo —susurro, cohibida.

—Solo por mi culpa estás atrapada aquí. Solo porque te hice trabajar hasta tarde ahora no puedes estar con tus seres queridos. Ni siquiera sé si pensabas volar a Inglaterra para ver a tus padres o si ibas a ir con amigos y celebrar con ellos la Navidad.

—Bueno… —estoy a punto de empezar a hablar, pero sigue él. Entendido. No era una pregunta, sino parte de su agradecimiento.

—Así que me encargaré de que tu estancia aquí sea lo más agradable posible. De que comas y duermas bien, de que tengas calor y no tengas miedo. Cuidaré de ti hasta que vengan a sacarnos, que será en breve, seguro.

Entonces brinda. Alzo mi copa para que, al final, brindemos juntos.

—¿Puedo decir yo también algo? —pregunto con duda cuando él da un sorbo.

—Por supuesto. Raphael deja su vaso a un lado y me mira como invitándome a hablar.

—Estoy agradecida de estar aquí encerrada contigo. Si me hubiera ido a casa antes hoy, me habría marchado con un cabreo de los buenos, y eso no debería hacerse nunca. Así hemos tenido la oportunidad de hablar de nosotros. En cuanto nos saquen de aquí, podré irme a casa con una sonrisa y, el año que viene, trabajar para Mr. Gold sin sentir que me odias.

—No te odio.

—Mr. Wood y Mr. Gold son tan distintos a ti… apenas conocen a Luna y a Melody, pero tratan con ellas con mucha soltura. Se ríen. Se lo pasan bien. Pero tú has sido distante conmigo desde el primer día. Siempre pensé que era porque no me soportabas. Y eso lo ha hecho difícil, porque siento cosas por ti… sentía —me corrijo deprisa,

aunque no sea del todo cierto—. Me llevará un tiempo. No se van tan deprisa. Lo siento.

—No tienes que disculparte por tus sentimientos. El simple hecho de poder tenerlos es maravilloso.

Cuando dice esto con una mirada llena de melancolía, da otro trago y mira un instante a un lado, me deja completamente descolocada. Veo un dolor profundo en sus ojos que me saca de mi centro.

—Me gustaste desde el primer día. Que yo fuera tan frío y distante contigo, como dices, fue únicamente cosa mía, por si eso te ayuda.

—Probablemente no me lo vas a contar, da igual cuántas veces te lo pregunte, ¿verdad?

—Correcto.

—Solo puedo ofrecerte escucharte, si quieres. A veces viene muy bien desahogarse con alguien.

—Gracias. Me apaño. ¿Quieres decir algo más o cenamos ya?

—No, eso era todo —le asiento con educación y contemplo la apetecible comida—. Tiene una pinta riquísima y huele de maravilla…

Raphael me cede el paso, así que elijo un filetito, pescado y muchas patatas fritas. Incluso les echo más sal y me pongo a ello con gusto. Él, en cambio, escoge solo carne y pescado, además de algo de pan baguette con mantequilla de hierbas. Me llama la atención con qué elegancia come. Es la primera vez que le veo llevarse algo a la boca. Así que sí tiene modales en la mesa. De un hombre como él no habría esperado otra cosa.

Con qué ganas me perdería ahora en un sueño en el que decide confiar en mí y me revela un secreto triste y oscuro por el que no

quiere amar. Yo le escucharía, le consolaría y entonces él se sentiría tan aliviado que podría abrirme su corazón. Miro a un lado y aparto esa idea, en el fondo tan bonita, porque todos esos sueños diurnos y fantasías solo han conseguido que me meta en un callejón sin salida. Comemos en silencio. Como termino antes, bebo algo más y luego me quedo mirando el árbol, porque no sé qué hacer.

—¿Estaba previsto que visitaras a tu familia?

Su pregunta me sorprende, porque es bastante personal. Si yo se la hiciera a él, seguro que no obtendría respuesta.

—No. Nuestra relación es complicada. Desde que estoy en Canadá, apenas nos comunicamos de forma esporádica. Quería demostrarles que puedo apañármelas sola y encontrar un hombre decente. Cuando conseguí este trabajo aquí, se alegraron por mí, sí, pero tampoco estaban contentos con las circunstancias. Pensaban que tarde o temprano volvería por mi cuenta. Entonces podrían emparejarme y por fin tendrían a sus nietos.

—Vaya situación de presión más dura para ti.

—Sí. Solo quería que estuvieran orgullosos de mí. Es de locos, ¿verdad? Que con 27 una siga anhelando el reconocimiento de los padres.

—Eso tampoco se acaba con 32 —dice, concediéndome con ello un pequeñísimo vistazo a su alma. Al fin y al cabo, hace apenas unas semanas ha cumplido años.

—Entonces ya sé lo que me espera en los próximos cinco años —bromeo. Pero la idea me duele más de lo que quería admitir.

—¿Por qué Canadá?

—Una vez estuve de vacaciones en Vancouver y me enamoré de la ciudad y de la naturaleza. Los lagos son de una claridad maravillosa y los bosques infinitos. Es un paraíso en la tierra. —Miro hacia las ventanas, que no dejarían pasar ni un hilo de luz aunque fuera pleno día ahí fuera—. O sea, normalmente.

Lo veo sonreír por el rabillo del ojo, pero no comento nada.

—¿Te criaste en Londres?

—Muy cerca. Londres no solo es precioso en la tele o en películas. Los edificios antiguos y los puentes destacan por su arquitectura única. A veces echo de menos Inglaterra, pero… también estoy muy a gusto aquí.

—Yo nunca he salido de Canadá. Quise hacerlo una vez. Una especie de vacaciones, pero al final no se dio —dice y luego resta importancia—. Fue hace mucho. Aunque quizás vuele a Inglaterra si te entusiasma tanto.

Qué forma tan rara de decirlo. ¿Una especie de vacaciones?

—¿Por qué no se dio? —insisto, pero Raphael ignora mi pregunta con destreza. Las migajas que me va soltando no bastan para hacerme una idea—. Inglaterra es de verdad preciosa. No te arrepentirás de haberla visto al menos una vez.

Raphael me mira y sonríe antes de dejar el cubierto sobre el plato y limpiarse la boca con una servilleta. Yo cojo un corazón de pan de jengibre. Es hora del postre. Raphael, en cambio, elige algo de fruta.

—Están bastante azucarados… —frunce el ceño sopesando si dar un segundo bocado.

—Está a punto de Navidad, date un capricho. —Levanto la fuente con el pan de jengibre y pregunto—: ¿Corazón o estrella?

Raphael contempla la fuente. Ahí está otra vez. Esa mirada. Algo parece desencadenarle el pan de jengibre, y no es nada bueno. Intenta mantener el gesto, pero no lo logra del todo.

—No, gracias. Me quedo con las peras y los melocotones.

Raphael levanta su cuenco y luego mira al árbol de Navidad. ¿Puede que la decoración no le agrade?

—No eres muy fan de la Navidad, ¿eh?

Esboza una sonrisilla cuando se lo pregunto.

—¿Quieres una respuesta sincera? Puede que no te guste y te arruine el ánimo. A fin de cuentas, a todas luces eres una amante de estas fiestas.

—Prefiero la sinceridad brutal a una bonita mentira.

—Una frase bonita —dice, y duda un instante antes de confesarme —. Odio la Navidad.

Lo dice con una naturalidad como si hablara de que no le gusta echar mucho queso a la pizza.

—Pero has hecho una especie de bendición de la mesa. ¿No se contradice eso un poco? —quiero saber.

—Mostrar gratitud es una cosa, pero celebrar una fiesta en la que… —interrumpe su frase—. Me alegro cuando empieza el año nuevo.

Algo debe de haber pasado, pero no me lo va a contar. Insistir aquí no sirve de nada, con lo cerrado que es.

—También podrías llamarte Sr. Seguridad —digo con una sonrisilla en los labios mientras pico más pan de jengibre.

—¿Porque te protejo?

—No, como una caja fuerte. Porque eres tan hermético. —Le miro seria mientras él se contiene la risa—. ¿Cómo? ¿Te ríes? Venga ya,

ha sido de verdad bueno. ¡Ríete a gusto! —le animo, encantada, y mira por dónde, tiene que sonreír abiertamente un instante.
—Vale, ha estado bien —admite y sonríe.
Nunca le había visto una sonrisa así. Por desgracia, vuelve a hacer que mis sentimientos por él se me disparen.
—Eso me gusta aún más de ti —digo con voz suave y espero que así no vuelva a ponerse raro entre nosotros dos—. Me refiero a tu sonrisa. Entonces no pareces tan serio y amargado. Ese lado tuyo no lo conocía, pero me alegra poder hacerlo.
Por desgracia, guarda silencio, pero sé que ha oído lo que he dicho, y con eso me basta. Como un poco más de pan de jengibre y decido retirar la decoración navideña más tarde. Aquí no tenemos nada que hacer de todos modos, así que puedo ocuparme. Si eso le pone tan nervioso o se siente incómodo con lo navideño, quiero ayudarle.
Cuando los dos hemos terminado de comer, él se levanta. Le miro y me ofrezco:
—Déjalo ahí. Tú has cocinado, yo friego. Querías irte a duchar. Tómate el tiempo que necesites mientras yo me ocupo de todo esto.
—¿Estás segura? —pregunta con escepticismo.
—Claro. Yo también necesito un rato para mí, quiero pensar un poco y eso. Y se me da mejor si limpio. Es que me gusta de verdad. Limpiar. Ordenar. Clasificar. Eso es lo mío.
—Vale. Mañana cocinamos juntos.
Asiento cuando lo dice y aun así se queda un momento de pie.
—Es que se siente descortés dejarte sola con el trabajo. Al fin y al cabo, hace rato que has terminado tu jornada.

—Y es mi decisión libre, así que vete ya. Cuando vaya luego al dormitorio, podemos decidir quién se acuesta primero mientras el otro hace guardia.

—De acuerdo. —Raphael me asiente con un gesto y abandona el comedor mientras yo llevo la vajilla a la cocina.

Primero, recojo toda la mesa. Después, limpio la vajilla, los cubiertos, las ollas y las sartenes. También quiero hacerme una idea del stock de latas y productos congelados. Increíble lo grande que es todo esto. Hay incluso una cámara frigorífica a la que se puede entrar: así empiezan de verdad las pelis de terror. Pero aquí está todo asegurado y puedo dejar la puerta abierta con una cuña. Es verdad que entonces la alarma empieza a pitar suavemente porque la puerta queda demasiado tiempo abierta, pero preferiría no acabar como un polo llamado Cleo.

Después me ocupo de la decoración: me la llevo y la arrastro a la oficina de enfrente, de modo que todo el comedor quede libre de lo navideño.

Desmonto el árbol. Las bolas, los lazos y las guirnaldas de luces van colocados con todo cuidado en sus embalajes, que por suerte he encontrado en el trastero. Adornar es más divertido. Quitarlo es más bien un suplicio.

Y además se siente mal. Al fin y al cabo, Navidad no es hasta el domingo…

A continuación, me pongo con el vestíbulo. Aquí también hay un árbol grande. Las guirnaldas de luces en la zona de entrada y mucha decoración hacen que la recepción parezca un mundo maravilloso invernal navideño. Incluso encuentro una escalera de mano con la

que me resulta fácil quitar los elementos colocados en las ventanas. Cada vez que cruje la nieve o suena un golpe fuera, doy un respingo. No debo pensar en que ha caído tanta nieve y estamos atrapados aquí.

Sí, podríamos haber salido mucho peor parados. Si, sobre todo, la calefacción no hubiera podido encenderse, ahora tendríamos un problemón.

Nerviosa, acerco la mano a uno de los radiadores. Sigue bien caliente y calienta la estancia. El suelo también está agradablemente templado.

Poco después de las dos de la madrugada vuelvo a la sala de estar. Raphael está sentado en el sofá, envuelto en una manta, y lee su libro.

—Parece que es de verdad emocionante —digo. No me mira hasta pasados unos segundos y coloca un papel entre las páginas—. ¿No te asustas fácilmente?

—Ya te había oído antes, pero quería terminar la frase. Era bastante larga.

—Entiendo. Las zapatillas chirrían un poco. —Miro a mi alrededor y pregunto—: ¿Tienes sueño?

—No, estoy bien despierto. Si quieres irte a dormir, adelante. Yo puedo tumbarme aquí en el sofá, me basta.

Por un momento mi cabeza vuelve a echar a volar, porque en secreto claro que deseaba que viniera a meterse en la cama conmigo, pero me limito a asentir.

—Vale, mañana cambiamos.

Gracias a los muchos cojines y mantas podemos estar aquí de lo más a gusto y calentitos. Me voy al dormitorio y asomo la cabeza otra vez.

—Buenas noches. Duerme bien.

—Sí, buenas noches, Cleo.

Me encanta cuando dice mi nombre. Maldita sea. Tengo que mantener la calma. Ahora mismo todo va tan bien y parece que nuestro encierro forzoso al menos nos está acercando un poco como personas. No debo estropearlo dándole más la brasa.

En realidad ya iba a acostarme, pero al final vuelvo al baño. Gracias al pequeño distribuidor ya no tengo que pasar por delante de Raphael. Sin embargo, al ir al váter, veo sus calzoncillos y los calcetines sobre el radiador, colgados a secar junto a mi braga y el sujetador.

Con la cara ardiendo me siento, suspiro y hago como si no lo hubiera visto.

Me lavo las manos y me arrodillo delante del lavabo. En el mueble de debajo encuentro champú, jabón y algunos productos de higiene bucal. Nota mental: nunca salir de casa sin neceser. A partir de ahora me lo llevo siempre encima.

Así por lo menos puedo cepillarme los dientes. Tengo que darle un abrazo enorme a Charlotte por haber pensado en eso y asegurarme de que siempre tengamos tales provisiones en la empresa por si esto vuelve a pasar. ¿O ha sido ella quien lo ha preparado porque justamente pensó en ello? Se lo tengo que preguntar en cuanto vuelva la red.

Cuando salgo del baño, asomo la cabeza por la puerta y le pregunto:

—¿Has visto que tenemos cepillos de dientes? Te he dejado uno azul oscuro. El mío es el lila.
—Sí, gracias. Ya lo he encontrado.
Raphael ni siquiera levanta la vista, pero yo lo dejo estar.
—Vale. Entonces, una vez más: buenas noches. Hasta mañana.
—Que duermas bien.
Cierro la puerta y me meto directamente bajo el edredón. Aquí se está cálido, blando y acogedor. Un nido perfecto para acurrucarse solo para mí. Pero en cuanto me tumbo, me quedo mirando la pared. Por la rendija de la puerta entra algo de luz en el dormitorio y mis ojos se van acostumbrando cada vez más a la penumbra, hasta que poco a poco vuelvo a distinguir los muebles. También la pared de enfrente. Al otro lado está sentado Raphael. El hombre que aún me vuelve loca.
Me doy la vuelta. Lo mejor será pensar en otra cosa e intentar dormir.

# Capítulo 22



# Raphael

Son poco más de las cinco de la madrugada. Me froto los ojos y dejo el papelito entre las páginas antes de colocar el libro sobre la mesa. Me levanto y me desenrollo de la manta. La calefacción sigue encendida, pero quiero revisarla en todo el edificio.

Antes, sin embargo, empujo la puerta del dormitorio. Cleo está tumbada tranquilamente y no se inmuta conmigo.

Salgo en silencio de la zona privada de Gabriel y voy a la cantina. El suelo y los radiadores siguen calientes. Me doy cuenta de algo: ¿dónde se ha metido toda la decoración navideña? Hasta hace falta el árbol. ¿Lo habrá desmontado Cleo?

En las demás oficinas también siguen funcionando las calefacciones. Incluso aquí falta la decoración. ¿Lo ha estado haciendo todo este tiempo? Ya me extrañaba lo que tardaba en fregar los platos.

La electricidad funciona en todas las salas y en el sótano todo se ve de maravilla. En el vestíbulo incluso faltan las guirnaldas de luces. No ha estado de brazos cruzados…

Tras mi ronda, vuelvo y miro hacia el sofá. Ahora preferiría dormir en la cama, pero no es muy grande y no me apetece despertar a Cleo así que me tumbo allí. Seguro que se despierta antes que yo y será silenciosa, de modo que mañana por la mañana pueda dormir un poco más.

Pues no. En realidad me despierto antes que ella. Son casi las once y me basta con el poco sueño que he tenido. Paso un momento por

el baño y me vuelvo a poner los calzoncillos bóxer y los calcetines. Mucho mejor…

Las ventanas de toda la planta baja están completamente taponadas de nieve. En teoría fuera ya debería de ser de día, pero no se ve absolutamente nada, como si fuese plena noche. Mala espina.

Decido subir, pero justo en ese momento se abre la puerta del dormitorio. Con el pelo despeinado y cara de sueño, Cleo aparece frente a mí. Bosteza adormilada y mira alrededor, confundida. En cuanto me ve, se escurre de vuelta al dormitorio, sobresaltada, y da un portazo.

Me vuelve a hacer sonreír.

—Puedes ir al baño. Yo quería subir mientras tanto al despacho para ver el desastre a la luz del día. A lo mejor allí arriba pillamos algo de cobertura.

—¡Quiero ir contigo! —grita, presa del pánico—. Necesito ir al baño. ¡Date la vuelta!

—Ya te he visto de sobra.

—¡Peor me lo pones! Yo… normalmente por la mañana no tengo esta pinta.

No puedo evitar sonreír de oreja a oreja.

—Vale.

—¿Ya te has ido?

—No.

—¿Puedes darte por favor la vuelta?

—No seas tan remilgada y sal de una vez.

Me apoyo en la pared con los brazos cruzados y no puedo evitar sonreír. Tiene su encanto cuando se pone así.

Abre la puerta despacio. Con las mejillas encendidas se desliza por la rendija y se apresura hacia el baño. Por supuesto, se ha dado cuenta de que la estaba mirando.

—Te espero en el vestíbulo.

Hace tiempo que no estaba de tan buen humor.

En el vestíbulo enciendo la luz. No entra ni un hilo de claridad. En mi móvil sigue sin haber cobertura. No entra ningún mensaje y tampoco se pueden hacer llamadas.

Bebo un poco de café, que aún está caliente. No puedo imaginar un desayuno mejor por la mañana. Aunque ahora me comería unos bocadillos, pero no voy a quejarme.

Entonces oigo pasos. Giro la cabeza y veo a Cleo acercarse con las mejillas sonrosadas: lleva zapatillas deportivas, un pantalón de chándal y un jersey grande. Se ha recogido el pelo en una coleta desenfadada.

—Sin maquillaje me siento realmente desnuda…

—Estás como siempre.

Su mirada delata que no se lo cree.

—Vale, arriba. A ver si allí pillamos señal.

—Que no se vea ni una pizca de luz no ayuda. Esperaba que al menos estuviera un pelín más claro —dice, y me sigue hacia la escalera.

—Sí, también lo hubiera deseado —admito.

Subimos a la primera planta sin esfuerzo. Allí abro la puerta con cautela. La luz del día inunda la primera planta.

—Vale, echemos un vistazo aquí.

—¡Menos mal! —Cleo parece aliviada. Juntos nos acercamos a la cristalera y podemos hacernos una idea de la situación. Solo sobresalen las farolas entre la nieve, pero las máquinas del ayuntamiento y los bomberos están ya despejando las calles. Al menos vemos luces parpadeantes a lo lejos y los vehículos correspondientes.

—Tardarán un buen rato en llegar hasta nosotros. Toda esta nieve hay que echarla a algún sitio.

—Sí, a nosotros no nos llegan hasta dentro de uno o dos días. O más. Ya no se ven puertas. Hay nieve por todas partes, hasta donde alcanza la vista. Por lo menos ha dejado de caer del cielo.

—Subamos hasta arriba del todo.

—Sí… —suspira.

—Tómatelo como una sesión de deporte —digo, y la pico—. Y luego hay desayuno.

—Yo me quedaría solo con el desayuno —responde con una risa desesperada, y vuelve a seguirme al pasillo. Juntos vamos subiendo peldaño a peldaño—. Antes de este trabajo iba regularmente al gimnasio. Si no lo hubiera dejado, habría llegado arriba hace cinco minutos y ahora estaría esperándote.

—¿Por qué lo dejaste?

—¿No te lo imaginas?

—Mh, por las horas extra, ¿verdad?

—Sí, y porque tenía que estar siempre tan pronto aquí. Aunque lo hacía a gusto, al fin y al cabo quería que estuvieras contento. Sin tu café de la mañana eres insufrible.

—Cierto.

—En cuanto te lo tomabas, parecías mucho más relajado. Se te quitaba el ceño fruncido y dejabas de ir de un lado para otro. Así que me acostumbré a llegar siempre mucho antes que tú.

—¿Mi ceño fruncido?

—Sí, sin café tienes un gesto muy adusto. Bastante agresivo. Sexy, pero un poco inquietante.

¿Sexy e inquietante? Vuelvo a sonreír.

—No tenemos nada en común, por lo visto.

—¿Ah, no?

Llegamos a la tercera planta.

—Yo me vuelvo arisco sin café y tú, cuando te quedas atrapada en la oficina con tu jefe por la nieve.

Se ríe y jadea antes de contestar:

—Tengo otra: tú no te ríes con mis buenos chistes, pero sí cuando digo una tontería. Yo, en cambio, me río todo el rato cuando estoy insegura.

—También me he dado cuenta. Pero tus chistes siempre me han parecido muy graciosos. El del ascensor, por ejemplo.

—Ni siquiera sonreíste…

—Pero era bueno.

Le sonrío al llegar a la quinta planta.

—Incluso ahora sonríes más que con mi superchiste —se queja.

—Porque me he acordado. Mal en tantos niveles…

Me entra la risa, lo que hace que se detenga. Me mira asombrada, pero radiante, y parece que lucha por encontrar palabras.

—¿Por qué no te reíste entonces? Vamos, tienes que decírmelo… —suplicó.

—Intentaba mantener la compostura. Como tu jefe… —trato de explicarme.
—Qué más da. Estábamos solos. —Me mira un poco triste, pero sonríe—. Si eres tan frío con Luna, dimitirá como mucho a los dos días.
—No fui frío, solo distante.
—Es lo mismo.
—No. Frío sería si…
Vale, me hace pensar. Sigo subiendo.
—¿Sí? Te das cuenta tú mismo, ¿eh? —me pincha con una sonrisa pícara.
—Frío sería, por ejemplo, si no tuviera en cuenta tus sentimientos. Distante soy cuando no contesto a preguntas personales. Se parece, pero son rasgos muy distintos.
—Así, como estás ahora, me gustas mucho más.
Ya vamos por la séptima planta y apuntamos a la octava.
—Es difícil trabajar con una mujer como tú —acabo admitiendo.
—¿Por qué? No me digas que soy una borde. ¡Se llama seguridad en una misma!
—No iba por ahí.
—¿Entonces?
—¿Por qué crees que me acosté contigo? Dos veces.
Cleo se detiene en la octava planta cuando se lo pregunto.
—A ver, la primera fui el sustituto de la cocinera y la segunda seguro que te puso la situación porque era algo prohibido.
—Le das demasiadas vueltas. Dilo más simple.
La adelanto, subo a la novena planta.

—¿Más simple? —Cleo lo piensa y me sigue—. Ni idea.
—Porque me pareces atractiva. Eres exactamente mi tipo.
Cuando le hablo con sinceridad, Cleo se queda parada y me mira sorprendida y con las mejillas rojas.
—Solo estoy siendo honesto. Por eso fui distante contigo. Mantener las distancias me pareció la mejor opción para hacer bien mi trabajo. No quería que me distrajeras.
—¿Entonces por qué me contrataste? —apremia, alcanzándome.
—Porque eras la mejor candidata y no ha habido ni un solo día en que me haya arrepentido de esa decisión.
—Espera, ¿de verdad? —Cleo está claramente alterada. No era eso lo que quería provocar.
—Aun así quiero quitarte la ilusión de que vaya a pasar algo más entre nosotros. Separo estrictamente trabajo y vida privada.
—Bueno, en realidad ya no trabajo para ti… —lo intenta otra vez cuando llego arriba.
—No es buena idea. De verdad que no.
Abro la puerta y espero a que pase.
—Solo era una bromita —dice divertida, jadeando. Subir nueve plantas es un buen calentamiento. Me habría venido bien un calzado mejor.
—En toda broma hay algo de verdad —digo, y luego vamos juntos hacia las ventanas. Desde aquí arriba tenemos una vista perfecta, y es francamente pésima. Peor que desde la primera planta.
—Como si Vancouver hubiera quedado sepultada por una avalancha… —Cleo deja escapar un suspiro y se sobresalta cuando cae nieve del tejado y suena ese ruido extraño.

—El tejado está caliente. Cuando se derrite un poco, resbala —explico y apoyo la mano en su espalda en un gesto protector. Cleo junta las manos, se queda rígida, tiembla de arriba abajo y no dice ni una palabra más—. ¿Quieres encender también tu móvil?

Gira la cabeza lentamente hacia mí y me mira.

—¿Por qué me tocas la espalda? —Por supuesto, retiro la mano de inmediato—. Si soy tu tipo y ya no trabajo para ti…

—No quiero hablar de eso, solo lo empeora todo. —Camino unos pasos y enciendo el móvil. Ni una barra. Tampoco entran los mensajes. Marco el número de Cleo, pero vuelve a saltar la locución —. Quizá haya algo nuevo en la radio.

—Si es cosa tuya y no mía, necesito saberlo, porque si no siempre pensaré que, en el fondo, es culpa mía. ¿Hice alguna vez algo que te tirara para atrás? Sé sincero.

—Ayer te disculpaste por insistir. Te ha durado poco… —aun así sonrío y respondo—. Tiene que ver conmigo. Mis reglas y mis principios.

—¿Y no cambiaría nada aunque ya no trabajara aquí? Si le digo a Mr. Gold que se busque otra secretaria, ¿tampoco?

—No debes dimitir por mí, sería una locura. Haces un trabajo excelente. Además…

—Si hay una oportunidad, quiero luchar por ella.

No sé qué decir a eso. Me impresiona que no se rinda, pero por desgracia no lo mejora, lo empeora.

—Yo siempre elegiría el amor. ¡Siempre!

No suele mirarme tan seria. Así que lo dice realmente en serio.

—Probemos la radio.

Cleo baja la mirada y vuelve a apagar el móvil.

—Yo tampoco tengo cobertura —suspira y me sigue hasta su mesa, donde enciende la radio y sintoniza una emisora.

Por desgracia sigue sonando el mismo mensaje grabado de anoche. Así que no ha cambiado gran cosa. Probamos otras cuatro emisoras y entre canciones solo ponen la misma locución: han despejado primero los hospitales. También las comisarías, los parques de bomberos y edificios importantes como la empresa municipal de servicios cuentan con apoyo adicional del ejército, que está paleando sin descanso. Piden a los ciudadanos que sigamos en nuestras casas y pisos. En un plazo máximo de dos días las arterias principales deberían quedar liberadas para poder distribuir alimentos y medicamentos. Helicópteros de rescate están en ruta para trasladar a los hospitales a pacientes que de otro modo serían atendidos en casa. Vaya caos.

—Necesito hacer algo. Lo mejor será que quite toda la decoración navideña del edificio y la guarde. Me mantendrá entretenida un buen rato. —Cleo pone una emisora de música navideña—. Bajo otra vez en dos horas. ¿Luego cocinamos algo juntos?

—En realidad pensaba que comiéramos ahora, así luego subo y trabajo un rato más.

Cuando lo digo, alza las cejas, sorprendida, y parece desconcertada.

—¿Tú… tú todavía quieres trabajar ahora?

—Sí, así en enero no tendré que hacerlo. Solo necesito acceso a la base de datos, y eso es posible aunque no haya internet.

—¿No quieres relajarte? ¿Seguir con el libro o darte un baño?

—Ese tipo de cosas solo las necesito de vez en cuando. Ahora preferiría comer algo y luego trabajar. Esta noche tengo tiempo de sobra para acabar la novela.

—¿Hay alguien a quien te gustaría llamar ahora mismo? —me pregunta, tocándome un punto sensible.

—Demasiado personal.

—¿Ni eso?

—No.

La veo inspirar hondo. Ni de lejos ha tirado la toalla. Es hasta tierno cómo lucha, pero de verdad que es mejor así. Mi error de entonces no puede repetirse bajo ningún concepto…

Bajamos juntos a la cocina y calentamos lo que sobró de la cena de ayer.

—Me comería unos huevos ahora mismo —la oigo murmurar.

—No tenemos, por desgracia, pero he encontrado brócoli y coliflor. Zanahorias en bote, guisantes y panecillos de bretzel.

—¿Panecillos de bretzel?

Eso sí que le hace ilusión.

—Sí, con mantequilla de hierbas seguro que están buenos.

—Oh, si tuviéramos ensalada y fiambre de pavo sería la combinación perfecta. O queso.

—Oh, sí, queso… —apunto. Yo también me lo comería ahora. Pero no hay nada que hacer. Para desayunar, pues, panecillos de bretzel con mantequilla de hierbas, pescado y carne. Y un poco de fruta en conserva.

—Entonces, ¿quieres ir planta por planta y quitar la decoración navideña? —pregunto por si acaso.

—Sí, y regar las plantas. Igual paso también la aspiradora, ya veré…
—Vale, yo subo y trabajo hasta las ocho aproximadamente. Luego preparamos la cena juntos. ¿O más tarde?
—No, así está bien.
Asiento y me vuelvo a subir, mientras ella se va a la primera planta. Tomar un poco de distancia no es mala idea. Me trae loco desde hace rato. Estar encerrado con ella es tan terriblemente tentador que necesito hacer algo que me distraiga. Trabajar, por ejemplo.
El tiempo pasa. Estoy metido hasta el fondo en las tablas y reviso la documentación de las próximas campañas, hasta que aparece un icono en el portátil. Es la cámara, que me ha estado grabando todo el rato y me avisa de que la memoria está a punto de llenarse. Ni me había dado cuenta de que estaba encendida. Así que detengo la grabación y borro el archivo, hasta que…
—Vaya, vaya… —no puedo evitar sonreír, porque el vídeo de Cleo sigue ahí. Ni siquiera lo había borrado, aunque quería hacerlo. También tuvimos sexo en el despacho.
Paso el ratón por encima del vídeo para borrarlo, pero entonces dudo. Por supuesto que no debería volver a ver esos minutos ardientes. Al fin y al cabo prometí borrarlo, pero…
Su voz. Ese cuerpo. Es realmente una prueba. Siento que es un examen que tengo que aprobar para volver a tener suerte en la vida. Me temo que estoy a punto de suspender, porque le doy al play. Los gemidos ansiosos de Cleo resuenan por mi despacho y me pongo duro al instante.
Es injusto que sea precisamente ella la que me baile delante de las narices. Como meter un ratón en un terrario con una boa

hambrienta. Eso no puede acabar bien.
Paro el vídeo. Joder. Tengo que borrarlo.
Pero entonces oigo un ruido…

# Capítulo 23



# Cleo

Increíble la de árboles que hemos montado. Tardo una eternidad en quitarles la decoración a los abetos de plástico y dejarlo todo bien colocadito en sus cajas. Los compañeros se han desmadrado a base de bien. No hago más que encontrar una corona de Adviento o algún juego de luces por todas partes. También las chucherías sobre los escritorios podrían surtir un supermercado entero.

¡Galletas de almendras y canela! ¡Por fin una compañera con gusto! Espero que pueda perdonármelo, pero este paquete me lo tengo que llevar sí o sí. Relleno además un papelito en el que apunto: "Ey, me he comido tus Zimtsterne. La Cleo nevada — Por favor, ponte en contacto conmigo y te repongo la chuchería :)". Eso debería hacerlo también con la compañera a la que le he birlado el pan de especias…

Después de ponerme al día con eso, miro la hora. Son ya las 20:07 y Raphael sigue sin aparecer. Creo que vuelve a estar totalmente absorto en su trabajo, así que no me va a quedar otra que ir a por él.

Me esperan nueve plantas por subir. Suspiro y aguzo el oído en el pasillo: nada. Así que tampoco viene hacia mí. Dejo escapar un suspiro de fastidio. Con mi suerte, abrirá la puerta arriba justo cuando esté en el último escalón. Voy a ser positiva: al menos llevo zapatillas y no tengo que subir descalza o en tacones.

Cuando llego arriba, y mil maldiciones después, abro la puerta. La sujeto y me quedo un momento inmóvil, porque oigo ruidos extraños, poco propios de una oficina. Cierro la puerta en un susurro y miro alrededor con cautela. Los ruidos parecen venir de uno de los despachos. Más en concreto: del de Raphael. ¿Se habrá llevado la radio?

Miro hacia mi mesa: ahí sigue. ¿Tendrá quizá una propia? ¿O estará escuchando música en el móvil?

Pero al acercarme, queda claro: no es música, son ruidos de sexo, y de una mujer. De una mujer muy, muy excitada. ¿Está viendo un porno?

No puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Este canalla…

Se está poniendo una porno cutre y seguramente se la está cascando, aunque yo estoy en el edificio.

—Oh, Raphael… —gime la mujer. O sea, que tiene a una de sus conquistas y se grabó mientras follaban. No sería raro en él. Sin embargo… esos gemidos me resultan demasiado familiares. Más de lo que me gustaría.

Con la cara ardiendo me quedo frente a la puerta entreabierta mientras puedo escucharme a mí misma masturbándome. ¿No ha borrado el vídeo? Peor aún: ¡lo está viendo ahora mismo!

Quiero irrumpir en su despacho, pero me detengo al oír cómo se abre el cinturón. Nerviosa, me apoyo en la pared y pienso qué hacer. Raphael, por supuesto, no se imagina que estoy aquí plantada escuchándole. Ni siquiera yo lo esperaba. ¿Y si me voy sin más? Si luego está dormido, podría subir y borrar el vídeo para siempre. Por otra parte, me fascina que vaya a hacerse una paja pensando en mí.

Solo de imaginarlo me pongo a cien. Mierda. Todo el cuerpo me hormiguea y tengo que apretar las piernas, aunque lo que más me apetece es ir hacia él y encargarme yo misma del asunto. ¿Para qué ver un vídeo, si el original está en el pasillo, caliente y dispuesto?

Me tapo la boca con una mano y con la otra me meto por dentro del chándal y de las bragas. No puedo evitarlo. Si imagino lo que está haciendo ahora mismo, tengo que hacérmelo yo también…

Pero entonces, silencio. Y justo en ese instante, suelto un jadeo. ¡Joder! Me quedo inmóvil y ya no oigo nada. Como si Raphael se hubiera desvanecido. ¿Me habrá oído? ¡Tengo que largarme de aquí, y lo más rápido posible!

Saco la mano despacio del pantalón y me deslizo por el suelo, pero estas malditas zapatillas chirrían. Sería mejor quitármelas y salir corriendo. Sin embargo, ya es demasiado tarde.

—Así que me has pillado… —suena su voz grave detrás de mí, a pocos metros—. Debería haber borrado el vídeo. Antes. Acabo de hacerlo ahora mismo.

—En vez de mirarlo, deberías haberme follado —le contesto, dándome la vuelta poco a poco. Bajo la mirada por su cuerpo. Aunque Raphael se ha recolocado los pantalones, no se puede negar que está empalmado—. También es una forma de deporte que nos mantiene en calor. Creo que, en una situación como esta, deberíamos…

No llego más lejos, porque avanza con zancadas rápidas hacia mí, me agarra el cuerpo indefenso y me empotra contra la pared. Un beso hambriento me deja las rodillas como mantequilla. ¿Pero qué está pasando? Aunque, oye, no pienso quejarme.

—Quiero hacerlo en tu mesa —exige, dejándome totalmente fuera de juego.

—Vale —susurro, y nos dejamos llevar besándonos como locos por el pasillo. Raphael me empuja de espaldas hacia mi mesa hasta que acabo sentada sobre ella. Abro bien las piernas para dejarle acercarse, mientras le abro el cinturón. Tendré que dar gracias a que no haya borrado el vídeo, porque si no ahora no estaría disfrutando. Raphael pega sus labios a mi cuello mientras yo echo la cabeza hacia atrás y me cuesta abrirle el pantalón. Me cuesta concentrarme, con su pantalón a reventar presionando entre mis piernas. Sonriendo, recorro con ambas manos el precioso regalo que se me ofrece, antes de liberarlo con una sonrisa de oreja a oreja. Raphael entonces me echa hacia atrás, de modo que quedo tumbada boca arriba sobre mi mesa. Me agarra las piernas, me quita zapatillas y calcetines y, acto seguido, me baja el pantalón del chándal. Lo lanza al suelo sin miramientos y me quita las bragas, que se quedan colgando de mi tobillo izquierdo. Con manos expertas me sube el jersey, la camiseta y el sujetador casi a la vez por encima del pecho y luego también me los quita.

Y allí estoy: desnuda, en mitad de la oficina, con mi jefe delante, que me impresiona por tercera vez con su poderosa erección. Raphael se inclina sobre mí y me agarra por detrás de las rodillas, me arrastra de golpe un poco más hacia el borde y, a continuación, me hunde su dureza. Con ansia, se me escapa un sonido ávido: ahora da igual. Nadie podría oírnos. Puedo gemir y sollozar de placer todo lo que quiera. Sonriendo, disfruto de cómo me llena y de lo fácil que le resulta ponerme la piel de gallina.

Sus embestidas suaves me encienden, mientras dejo que mis manos se paseen por ambos pechos y por el vientre. Le observo. Su gesto tenso, sombrío, clama pasión y deseo y me marea. Sus golpes se vuelven más firmes y duros, más rápidos y salvajes, hasta que, a los pocos instantes, disfruto de mi primer orgasmo.

Raphael se inclina sobre mí y apoya los antebrazos en la fría mesa, de modo que puedo enroscar ambas piernas a su alrededor. Se mueve dentro de mí con ritmo, acertando con cada embestida exactamente en mi punto más sensible. Apenas puedo sostenerme y pierdo la cabeza. Mis manos le acarician las mejillas, el cuello y la nuca entrenada. Me encanta tocarle los hombros y el pecho, disfruto de su jadeo ronco y oscuro y me pierdo en sus ojos. Esto es más que sexo. Es un vínculo que nadie puede arrebatarnos.

Nos desatamos. He dejado de contar mis orgasmos en algún momento. Él, seguramente, también.

Raphael está sentado en mi mesa. Yo estoy de frente a él, subida a su regazo. Me sostengo con los brazos y las piernas en posición. Después de correrse otra vez, me mantiene muy quieta entre sus brazos. Ambos respiramos con dificultad y necesitamos un momento de calma.

Disfruto de cómo me sujeta. Este silencio es tan reconfortante que me quedaría así con él eternamente. Aún puedo sentir su calor en mi interior, que poco a poco se me escapa. No hemos usado preservativo. Todo ha ido tan increíblemente rápido que hasta este momento ni siquiera había caído.

¿Y ahora qué? ¿Debería sacarle el tema? Tengo tantas preguntas dando vueltas en la cabeza, pero estoy segura de que ya conozco las

respuestas: solo ha sido cosa de una vez. Ejem, quiero decir, de tres. Si se lo saco ahora, podríamos acabar discutiendo, así que mejor me callo.

—Me ruge ya el estómago. ¿Cocinamos la cena ahora? —desvío el tema a algo totalmente distinto.

—Sí, suena bien… —me responde y me acaricia la espalda con las manos para sostenerme, de modo que pueda alzar la cadera y él pueda salir de mí.

Bajo de la mesa y tengo que sujetarme un momento. Raphael acude enseguida y me agarra.

—Ya está. Solo unas piernas un poco flojas… —Consigo esbozar una sonrisa y luego recojo mi ropa—. Voy un momento al baño.

Su jugo me sigue resbalando por la cara interna de los muslos…

Me voy sin más y le dejo atrás. En el baño me lavo y me refresco la cara. También abro un momento la ventana para dejar entrar aire fresco. Sienta de maravilla, pero a los pocos instantes ya me basta y la cierro.

Cuando vuelvo fresca y vestida a mi mesa, Raphael me está esperando allí. Me da un poco la impresión de que le gustaría hablar conmigo ahora, pero a mí no me apetece nada. Excepto:

—¿El vídeo está de verdad borrado?

—Sí. Escucha…

No. Mejor no.

—Tengo muchísima hambre. Venga, vámonos.

Solo ha sido sexo. Nada más. Un entretenimiento agradable. Empiezo a entender por qué Raphael hace esto con todas las mujeres. Es mucho más fácil divertirse sin sentimientos que tenerlos

y que te hagan daño una y otra vez. Igual lo dejó su novia en Navidad y por eso ya no cree en el amor verdadero. No puedo culparle. A partir de ahora yo también voy a asociar la Navidad con esta situación. ¿Seguirá siendo así cuando esté casada y tenga hijos? ¿Con un hombre que me quiera y me valore?

—¿No quieres hablar de ello?

—No. —Aun así le regalo una sonrisa—. Solo ha sido sexo. Y ahora necesito comer algo. Un filete, patatas fritas y mantequilla de hierbas como ayer. Sería fantástico.

Voy delante y bajo las escaleras a toda prisa. Raphael me sigue, pero va mucho más lento, de modo que, en poco tiempo, le saco una planta de ventaja.

Cuando llego abajo, le espero. Solo después vamos juntos a la cocina.

Hay filete y pescado en la nevera. Allí han podido descongelarse, así que ahora podemos prepararlos. Los demás ingredientes los sacamos ahora del congelador o de las latas.

# Capítulo 24



## Raphael

Ese ya ha sido mi tercer error pero se ha sentido sencillamente bien. Acostarme otra vez con Cleo no debería haber ocurrido. No lo he pensado.

—Ahora te voy a enseñar a dorar bien un filete —empiezo, y le presento los buenos cortes.

Cleo escucha con atención mientras sazono los filetes, caliento bien la sartén y controlo el tiempo con todo detalle. Somos como un equipo bien compenetrado: Cleo me echa una buena mano, de modo que asiento una y otra vez, satisfecho, y puedo verla cocinar.

—Aprendes de verdad muy rápido —la elogio, y eso hace que Cleo sonría.

—No es habitual recibir un cumplido de tu parte —me confiesa, y monta la primera fuente.

—Tendría que haberlo hecho mucho antes —admito—. De vez en cuando a todo el mundo le viene bien escuchar unas palabras amables. Yo he sido demasiado tacaño con eso en el pasado.

—Gracias por decirlo. Tu sinceridad sienta bien. Me doy cuenta de que me rehúye, incluso evita hablar conmigo. Seguramente he vuelto a herir sus sentimientos y debería disculparme por ello.

—Escucha... vuelvo a intentarlo.

—No quiero hablar de eso —me interrumpe con amabilidad y respira hondo—. Solo ha sido sexo y, si quieres, podemos hacerlo todo el tiempo hasta que nos saquen de aquí. Es divertido y eso es lo

principal. Así que... después de la cena me gustaría meterme en la bañera y luego podemos volver a tener sexo. Luego me iré a dormir y tú puedes seguir leyendo tu libro.

—Estás enfadada conmigo, ¿verdad? —quiero saber.

Cleo vacila un instante antes de soltar un no que no me creo.

Llevamos juntos la comida a la mesa. Resulta extraño que falte la decoración navideña. A ella le encanta, pero la ha quitado de todas partes. Solo lo ha hecho para protegerme. No es el árbol ni las luces en sí, sino el momento.

Mañana se cumple un año.

Mañana vuelve a ser ese maldito día.

# Capítulo 25



# Cleo

Me duele más de lo que había supuesto. Pensé: venga, que le den. Acuéstate con él. Disfruta. Pero ahora vuelvo a sentir ese maldito dolor. ¿Cómo se supone que voy a llevar esto? ¿Acostarme con él todo lo posible y esperar a que se me pase solo? Aquí apenas podemos evitarnos.

Hace apenas unas semanas, esto habría sido mi idea perfecta de ensueño. Habría idealizado la situación y me habría imaginado las cursiladas más tremendas, cosas que ni una novela romántica de *Laura Sommer* podría superar. Veo en su cara que se arrepiente del último polvo, pero si hablamos ahora de ello, acabaremos discutiendo, y no quiero eso.

Después de comer, él friega y yo me meto en la bañera. Me quedo tres horas enteras en el agua caliente, mirando al techo. Cuando ya estoy toda arrugada, cojo mi ropa interior recién lavada del radiador y me la llevo al dormitorio. Raphael está en la sala de estar leyendo su libro, así que no quiero molestarle.

Me acuesto y, al cabo de un rato, le oigo ducharse y después, probablemente, seguir leyendo o dormir. Se acaba el día y yo estoy sola en esta cama.

Mañana es Navidad.

Es la primera vez que voy a pasar sin cena especial ni pelis cursis para estar calentita en las fiestas. Lo recuperaré. Seguro.

A la mañana siguiente me sorprendo mucho: Raphael ya se ha ido otra vez. Tampoco está en la cocina, así que seguramente estará arriba, en el despacho. Pero ha preparado el desayuno y ha dejado una tarjetita junto a las barritas de pretzel tapadas: *Disfrútalas. R.*

Desayuno sola. Feliz Navidad para mí. Vaya mierda…

Entonces me entra el orgullo. Vale, si él no quiere celebrarlo conmigo, ¡pues lo celebro yo sola!

Me pongo manos a la obra, desenvuelvo uno de los árboles de Navidad y lo planto en un despachito de un superior. Luego lo adorno, pongo guirnaldas de luces y lleno la sala de decoración. Me ha llevado varias horas. Una pena no tener aquí películas navideñas, pero hago de tripas corazón.

Con papel de la fotocopiadora, que coloreo con rotuladores, envuelvo cositas: una perforadora, celo, clips y chinchetas. Todo lo que pillo. Dejo los regalos envueltos bajo el árbol. Solo falta música navideña y ya podré celebrar mi Nochebuena. Para eso tengo que subir otra vez y confiar en que la radio coja señal aquí abajo.

Así que, al lío.

Son poco más de las tres. He tardado bastante más en adornar y hacer manualidades de lo que pensaba. Quizás debería cogerme también un libro para leer y pasar el rato. Al menos volvería a poner en marcha mi cine mental.

Cuando llego arriba, aguzo el oído hacia la oficina. No hay gemidos, muy bien. O sea: bien por él.

Me acerco a su despacho y llamo a la puerta, que está solo entornada.

—Adelante. Como si hoy no fuera Navidad, sino un día cualquiera en el que trabajamos con normalidad.
—Eh. Quería llevarme la radio abajo. Para que no te extrañes si no la ves.
—¿Y funciona abajo? —Raphael no aparta la vista de su portátil.
—Eso lo descubriré ahora. Si no, la vuelvo a subir.
—¿Llevas tu móvil? —quiere saber.
—Sí.
Casi se me olvida. Lo enciendo. Al mismo tiempo él coge el suyo y teclea.
—Tengo una rayita. Y entran los mensajes. Pues ya era hora…
Raphael parece aliviado y yo no veo el momento de volver a recibir mensajes.
—Ahora se pondrá todo el mundo a llamar. Mejor no hacerlo, que si no la red volverá a caer —opina.
—Sí, solo mensajes de texto, nada de notas de voz.
Veo que me han escrito decenas de personas. Tengo el chat hasta los topes. Entre ellas un número desconocido con un simple "Test".
Respondo con un: "?" y luego: "¿Quién eres?".
Después leo los mensajes de mis seres queridos.
Mi madre me ha escrito que ha visto las noticias. Está preocupada. Le contesto sonriendo que todo está bien y que solo me he quedado atrapada por la nieve. Que la calefacción funciona, que tengo comida suficiente y entretenimiento. Copio el mismo mensaje y se lo envío a todos los demás que me han escrito.
—¿Te estás escribiendo una novela de vuelta? —pregunta Raphael, que ya ha vuelto a dejar el móvil a un lado.

—Solo estoy contestando a mis contactos que se habían preocupado. —Esos eran solo algunos pero Raphael parece no estar haciendo lo mismo—. ¿No quieres responder a tu familia y a tus amigos?

—Le he escrito a Gabriel que estamos atrapados los dos en la empresa. No me ha contestado aún.

—Pero, ¿y tu fam…?

No llego más lejos, porque Raphael me corta de inmediato:

—Seguro que se ocupa de que salgamos de aquí en uno o dos días.

Recuerdo que al ojear su lista de chats solo vi nombres de mujeres. Fue bastante llamativo.

—Si no tienes familia, dímelo, por favor. No quiero hacerte daño sacando el tema una y otra vez.

—Pues no lo saques.

Vale, eso también es una respuesta. Siempre que creo que nos estamos acercando, se cierra en banda. Pero cuando él me atosiga a preguntas, espera respuesta. Suspiro bajito.

—O sea, que el sexo bien, pero no quieres decirme si tus padres siguen vivos.

—Siguen vivos.

Vaya. Una respuesta. Le miro y veo que vuelve a coger su móvil. Al momento levanta la vista y dice:

—Te he escrito.

—¿Cómo?

—Me has mandado un signo de interrogación y querías saber quién era. Es mi número privado. Lo he probado para ver cómo de mal iba la cobertura.

—Oh…

Así que ahora tengo su número privado. No puedo evitar sonreír.

—Que no se use de forma indebida —exige con una mirada severa.

Así que le mando un corazón rojo. Mira su móvil, toca la pantalla y luego me lanza una mirada torva.

—¿Ha llegado? Entonces parece que la cobertura ya funciona bien. Menos mal.

Sonrío.

—Eso es lo que yo llamo uso indebido.

—¿Quieres que te mande mejor nudes? —pregunto, algo irritada.

—Así que estuviste mirando mis contactos… —suspira leve.

—Porque tuve que escribirle a esa Cynthia para que no quedara contigo. Pero no he ido a buscar "mamá" o "papá" a propósito.

Eso sí que debí haberlo hecho.

—¿Haces eso a menudo?

—¿Robarle el móvil a mi jefe y sabotearle las citas?

—Por ejemplo.

—Ha sido la primera y la última vez.

—Ajá.

Deja el móvil de nuevo a un lado, mientras yo le escribo a Luna y a Melody: "Chicas, ¿estáis bien? Estoy atrapada en la oficina con Mr. Snow. Pero tenemos calefacción, agua, comida y buenos libros. ¿Qué tal por ahí? ¿Estáis todos a salvo?".

Luna me contesta la primera: "¿Qué? ¿Tú también estás atrapada con tu jefe?".

Melody escribe: "Pues ya somos tres…".

Me quedo descolocada, ¿qué está pasando ahora?

—Eh, Luna y Melody me dicen que ellas también están atrapadas con Mr. Wood y Mr. Gold.

—¿Cómo? —Raphael vuelve a coger el móvil y se pone a escribir. Probablemente le habrá escrito a Nathaniel y a Samuel, mientras yo sigo hablando con Luna y Melody, mientras aún se puede.

Yo: *¡Quiero detalles!*

Luna: *Anda, cuenta tú primero, jaja, ¿de verdad estás atrapada con Mr. Snow? ¿En la oficina?*

Melody: *Vaya situación de mierda…*

Yo: *Sí, nos quedamos haciendo horas extra y luego bajé en el ascensor, pero la salida estaba totalmente bloqueada. La nieve ya pasaba de los dos metros. No nos dimos ni cuenta. Y desde entonces, aquí estamos. La calefacción hasta se estropeó un rato, pero Mr. Snow la volvió a poner en marcha. Gracias a la cocina tenemos comida de sobra. Filete y pescado, no me voy a quejar. ¿Y cómo os ha pasado eso a vosotras? ¿No estabais todas en casa???*

Luna: *Madre mía, ya casi me lo imaginaba, que te volvería a obligar a hacer horas extra. Qué mala suerte…*

*Melody: Sí, menuda faena. Yo ahora mismo no tendría ninguna gana de estar en la oficina. Pero al menos podéis evitaros bastante bien.*

Yo: *Está con el portátil trabajando…*

Luna: *Qué sorpresa, jaja.*

Melody: *Típico de Mr. Snow.*

Yo: *Bueno, ahora vosotras. ¿Dónde estáis?*

Luna: *Vale, empiezo yo… Mr. Wood alquiló una cabaña en la montaña, no muy lejos de la mansión de lujo de Gabriel Wings. Unos 10 km más allá, a ojo. Le acompañé porque me ofreció poder*

*alquilar la cabaña para Nochevieja. Entramos un momento, eché un vistazo y, zas, empezó a nevar a lo bestia y ya no hubo manera de salir. La cabaña no es tan grande como la oficina. Aquí apenas podemos evitarnos. Una pesadilla. Estamos discutiendo todo el rato… ojalá podamos salir pronto. Está escribiéndose con Gabriel Wings para que nos vengan a recoger de la cabaña…*

Melody: *Guau, es fuerte. ¿Y de qué tamaño es la cabaña?*

Yo: *¿Tenéis calor y comida suficiente?*

Luna: *Sí, hay comida y leña para el fuego a montones. Yo diría que… ¿150 m²? Es una cabaña de lujo que aguanta bien la nieve, pero aun así no podemos salir. ¡Y solo hay un baño!*

Melody: *Pues yo estoy en casa de Mr. Gold…*

Yo: *¿CÓMO? ¿Pero esto cómo ha sido?*

Luna: *No me digas que estáis liados. Melody… de verdad, ¡jaja!*

Yo: *¡Cuenta!*

Melody: *Quise llevarle a Mr. Gold un pequeño regalo de Navidad y darle las gracias otra vez por contratarme. Charlamos un momento y fuera empezó a nevar tan a lo bestia que nos quedamos atrapados.*

Luna: *¿Os peleáis o es armonioso?*

Yo: *Qué suerte tienes, Mr. Gold es un compañero de lo más agradable…*

Melody: *Es… raro. Difícil y complicado.*

Y entonces se corta la conexión.

—¡No! ¿Qué pasa? Se ha ido la rayita. Los mensajes ya no entran…

—Parece que la red vuelve a estar muerta, menuda faena—. Luna está atrapada con Mr. Woods en la montaña y Melody está en casa de Mr. Gold. Pero están bien.

—Sí, acabo de poder escribir con Nathaniel y Samuel. Gabriel también ha dado señales. Está al corriente y en contacto con los equipos de rescate. Probablemente tardará aún dos o tres días, como tenemos calefacción y alimentos. Primero tienen que despejar los caminos y no somos máxima prioridad.

—Entiendo… —suspiró—. Al menos mi madre se ha puesto en contacto. Para mí eso significa mucho…

Raphael ni siquiera reacciona. Supongo que está peleado con sus padres. O quizá ya no viven. ¿Y si murieron un día de Navidad?

—Hoy es la fiesta del amor, ¿no queremos pasarlo juntos?

—¿Quieres sexo? —pregunta, helado, recostándose en su silla de oficina.

—Qué romántico… —suspiró. Hace dos semanas habría sido la culminación de mis sueños que me preguntara eso, pero ahora ya no me basta.

—¿No?

—Preferiría hablar.

Cuando lo digo, frunce el ceño un instante, inspira hondo y se inclina hacia delante para, y no doy crédito, volver a trabajar en su portátil.

—¿En serio?

No me entusiasma.

—Me vas a interrogar. Sobre mi familia. El amor. Relaciones pasadas. Eso es demasiado íntimo, Cleo.

—Podemos hablar de otras cosas. Aficiones o libros favoritos. Yo, por ejemplo, estoy escuchando ahora una historia de fantasía sobre una chica de 17 años que…

—Intento reducir el contacto personal al mínimo. Como ya he dicho varias veces, no es nada personal y no tiene nada que ver contigo. Me temo que tendré que repetírtelo muchas veces más pero da igual cuánto lo intentes: mi respuesta siempre será la misma.

Me mira con insistencia.

—O sea, que nunca quieres volver a enamorarte, ¿lo he entendido bien? Porque en una relación honesta también hay que hablar.

—Algún día pasará, seguro, pero con otra mujer.

¿Por qué lo intento aún? Cualquier persona que se cruza en nuestro camino es una bendición o una lección. Me temo que él no es una bendición en mi vida. Quizá por eso tenga que aprenderlo por las malas, para dejar el corazón libre para el hombre adecuado. Asiento escuetamente.

—Vale. Como hoy es Navidad, me voy a retirar, porque quiero pasar la fiesta del amor con alguien cariñoso y de buen corazón. O sea: conmigo misma.

Me doy la vuelta y salgo del despacho, furiosa. Lo sé… no debería haberle dado la tabarra otra vez con el tema. Si no quiere hablar de ello, *tengo* que aceptarlo, pero siento algo por él y me preocupo.

¿Y si en el fondo sí quiere hablar de ello, pero cree que yo no voy en serio? Es para volverse loca. Justo en un día como hoy debería estar claro que nos necesitamos y que también reconforta pensar en alguien.

Raphael es como una droga para mí. Intento desengancharme a todas horas, pero en cuanto le veo, ¡zas! Vuelvo a ser adicta, como si no hubiera pasado antes por un síndrome de abstinencia doloroso y cruel.

No es hasta la séptima planta cuando me doy cuenta: ¡me he dejado la maldita radio! Molesta, doy la vuelta en el inexistente rellano y subo otra vez. No puede ser…

Pero al abrir la puerta, Raphael está delante de mí. En la mano: la radio.

—No te la has llevado. Te la iba a bajar.

Me la tiende. Dudo un segundo, pero la cojo.

—¿Y qué hacías aquí? Si querías seguir trabajando… —constato. Tiene la cocina y el baño justo al lado de su despacho. Mi mesa está pegada a la puerta y a los ascensores. ¿Ha venido detrás de mí porque quería hablar conmigo, después de todo?

Raphael vacila y luego dice:

—Quería hablar contigo, Cleo.

—¿De qué? —pregunto con cautela—. Seguro que no de los mejores villancicos ni de por qué los ponen en bucle en la radio, ¿no?

—No… —esboza una sonrisa.

—¿Entonces? —en mi voz se cuela un punto de esperanza.

—No me gusta hablar de mi familia, porque llevamos seis años sin contacto. Casi seis. Pasó algo en Navidad, algo que no olvidaré nunca y que semanas antes ya me lo recuerda todo el tiempo. En cuanto suenan los primeros villancicos o la gente entra en ambiente navideño, no puedo pensar en otra cosa que en lo que ocurrió entonces. —Raphael parece serio mientras me lo cuenta—. Sé que lo haces con buena intención. Insistes porque crees que así puedes ayudarme pero no puedes ayudarme. Nadie puede. Tengo que vivir con estos pensamientos hasta el final.

—Suena casi como si hubiera pasado algo horrible e imperdonable de lo que tú tienes la culpa —susurro—. ¿Y si no es así? ¿Y si solo te lo estás contando?

—No, es como es.

—Pase lo que pase, sienta bien hablarlo. No te voy a juzgar. —Sujeto la radio con la mano izquierda para agarrarle el brazo con la derecha —. Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas.

—Pero no estamos en Las Vegas. —Raphael esboza una sonrisa mínima.

—Vegas. Vancouver. Helado de vainilla. Qué más da.

Me atrevo a dar un paso hacia él y apoyo la frente en su pecho. Raphael vacila otra vez antes de posar la mano en mi espalda.

—Me prometiste que me protegerías. Así que te debo algo…

—No, no me debes nada. Estás atrapada aquí por mi culpa. Saldé mi deuda con eso.

—Entonces abro una nueva. Yo te escucho y no te juzgo y tú… me mantienes como tu asistente personal. —Se queda callado cuando se lo propongo—. No quiero alejarme de ti. Por mucho que me repitas que nunca va a pasar nada entre nosotros… no puedo dejar de tener esperanzas. En cuanto me enfado contigo y me voy, ya me estoy arrepintiendo. —Le miro y susurro—: Dame una oportunidad.

—No tienes que suplicar amor. Te mereces algo mejor, Cleo. —Me besa la frente y me pone la otra mano en la nuca—. Un hombre que sepa lo que tiene contigo. Yo aún no estoy ahí. Ni de lejos…

Raphael se aparta y vuelve a su despacho.

Suelto un suspiro. ¿Qué hago? ¿Quedarme aquí por si vuelve a salir o bajar para dejarle tranquilo? Seguir apretándole no sirve de nada.

No puedo hacer más que ofrecer mi ayuda…

Bajo al hueco de la escalera con la radio. Hoy van a ser unas Navidades condenadamente solitarias.

# Capítulo 26



# Raphael

He estado a punto de confiarle mi oscuro secreto. Por los pelos. Hacía mucho que nadie se esforzaba tanto por mí. He de admitirlo: sienta bien. Muy bien, de hecho.

Aun así: es una idea condenadamente mala siquiera pensar en contarle lo de entonces.

Miro el móvil y repaso los mensajes del chat con Nate y Sam. Por desgracia la cobertura sigue fallando, así que mi último mensaje no se ha podido enviar.

Yo: *Prueba.*

Sam: *Seco como siempre, Raphael…*

Nate: *He podido llamar a Gabriel antes. Esperemos que la red se mantenga más o menos estable. ¿Todo bien por ahí?*

Sam: *Sí, pero estoy aquí atascado con Melody.*

Nate: *Y yo con Luna…*

Yo: *Cleo está conmigo. ¿Dónde estáis?*

Sam: *Qué oportuno. Al menos no estamos solos. Estoy en mi villa. Melody vino para traerme un regalo y nos hemos quedado incomunicados por la nieve. Y ahora estamos atrapados aquí.*

Nate: *Y yo tengo a Luna aquí. No hacemos más que discutir y apenas podemos evitarnos.*

Yo: *¿Dónde estás tú?*

Nate: *En una cabaña de montaña aislada, a unos 10 km de Gabriel. Está todo cerrado. No hay avalancha, pero las ventanas solo dejan*

*pasar un poco de luz por arriba. Los árboles han parado la mayor parte de la nieve. Aquí calentamos con leña, de eso tenemos de sobra.*

Sam: *¿Tenéis comida todos?*

Yo: *Sí, la cantina. ¿Y vosotros?*

Nate: *Había hecho compra para dos semanas. Para dos da de sobra. Somos comedidos y Luna no come mucho.*

Sam: *¿Y por qué está ella contigo? ¿Te la has tirado?*

Yo: *¿Cómo era aquello? ¡Nada de líos en el trabajo!*

Nate: *Eh, solo quería enseñarle la cabaña porque también quería tomarse unas vacaciones, nada más. Relájate, Raphael.*

Sam: *Yo creo que hacéis buena pareja.*

Nate: *Tú y Melody también ;)*

No se pudo entregar:

—¡Quitad las manos de vuestras asistentes personales y comportaos con profesionalidad!

Eso al menos debería haberse enviado. Ojalá no hagan ninguna tontería. Aunque, bueno, no debería ir dando lecciones si no puedo predicar con el ejemplo.

Trabajo un poco más antes de que, sobre las 18:00, cierre el portátil y salga de mi despacho. Esta noche intentaré regalarle a Cleo una buena celebración. Con buena comida, vino y una decoración abundante. Se lo ha ganado y no debería estar sola en un día como hoy, aunque eso signifique que tenga que tragarme mi orgullo.

Al bajar, sin embargo, la busco en vano. Cleo no está ni en la cocina ni en las habitaciones privadas de Gabriel. ¿Estará en alguna de las plantas o incluso en el sótano?

—¿Cleo? —grito en el pasillo. Nada. Voy a probar en el sótano. Las calefacciones siguen encendidas, en realidad no tiene ningún motivo para estar ahí abajo, y así es. He registrado las salas, pero no estaba.

De vuelta en el vestíbulo, decido ir revisando cada planta una por una, pero entonces oigo una música suave que sale de una de las oficinas del fondo. Si acabo de pasar por ahí…

Vuelvo y me guío por la música, a la que me voy acercando cada vez más. Es una habitación bastante al fondo del edificio. Cuando me planto ante la puerta, llamo. Suena música navideña en la radio, que antes no había percibido. Luego la música se apaga.

—¿Cleo?

—¡Un momento!

Oigo un traqueteo y entonces abre la puerta, que de hecho estaba cerrada por dentro. Solo la entreabre y asoma. Dentro todo parpadea y brilla, pese a la pequeña rendija se aprecia bien.

—¿Sí?

—¿Por qué te has encerrado?

—Porque quería celebrar aquí la Navidad a mi manera y en nada es la entrega de regalos…

—Te estaba buscando.

—¿Por qué?

—Porque quiero celebrar la Navidad contigo.

Al decirlo, noto un cambio en su mirada. Antes estaba más bien cordial y distante, pero ahora me mira pasmada, como si le hubiera propuesto algo imposible.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Sí. Vamos a comer algo rico, hablar y bailar.
—¿Bailar?
Debió pensar que había oído mal.
—Tú con un vestido bonito y yo con mi traje.
—Solo tengo unas braguitas aquí, ¿por qué crees que podría tener un vestido en la oficina? —me pregunta y empuja la puerta unos centímetros más. Las luces de colores, chisporroteantes, llegan hasta el pasillo y lo iluminan un poco.
—Ya tengo una idea. ¿Quedamos en dos horas en el comedor? Yo cocino algo para ti y tú te arreglas.
—Eh, pero ¿cómo…?
—Dame una hora. Encontrarás tu vestido encima de tu cama.
Sigue mirándome con gesto interrogante.
—Después puedes darte un baño o leer un libro y tomarte otras dos horas para eso. Luego nos vemos. Sería sobre las 21:00. —Miro mi reloj de pulsera y asiento—. Por tiempo, llego.
—¿Lo dices en serio? —Ahora abre del todo, de modo que puedo admirar su país de las maravillas invernal navideño en todo su esplendor. Hay un gran abeto decorado y todo el despacho de un superior está lleno de guirnaldas de luces y adornos. Se ha creado su propio pequeño mundo. Incluso hay regalos bajo el árbol.
—Sí.
—Entonces… acepto la invitación. Pero solo si luego abres conmigo algunos regalos. Los he envuelto con papel pintado por mí misma.
Da un pasito a un lado y señala las cajitas.
—De acuerdo. Trae la radio.
¿Cuándo ha tenido tiempo para eso?

—Pues eso, te veo en tres horas. —Asiento y salgo de la mini discoteca para ir primero al baño y asearme.

Tras una ducha larga me pongo el traje, como si fuera a trabajar. Luego cojo de la cocina un mantel blanco planchado y unas cintas de terciopelo blancas largas. Con eso se cubrían las mesas durante el Adviento. Seguro que puede improvisarse un vestido atándolo, si está lo bastante creativa, que ya se veía en su sala decorada por ella.

Después voy a la cocina y saco algunos manjares muy especiales que estaban escondidos al fondo de la cámara frigorífica: bogavante, colas de langosta, mejillones y gambas. Hoy toca pescado. Lo acompaño con arroz, verdura congelada y manzanas asadas con salsa de vainilla. Si uno busca lo suficiente, aún encuentra varios básicos. La salsa de vainilla es de preparado de pudin con leche y las manzanas son en realidad peras en conserva, pero si Cleo no se fija mucho, seguro que ni se da cuenta.

Pasa el tiempo. He adornado la mesa con motivos navideños y colgado guirnaldas de luces.

La comida está lista.

# Capítulo 27



# Cleo

Me esperaba muchas cosas, pero desde luego no un mantel y cintas de satén. Eso no es un vestido. Seguramente quiere que me las ingenie y me haga uno con ello. Esto promete…

Antes me doy un baño y me lavo el pelo, después pensaré cómo podría convertir el mantel en un vestido. Debería quedar ceñido y no demasiado recargado. Si me lo enrollo sin más al cuerpo, no queda especialmente sexy. Tengo que hacer un poco de trampa. ¡Y entonces se me ocurre una idea!

Cojo de una de las oficinas unas tijeras, una grapadora y clips. Desnuda, me envuelvo la tela alrededor del cuerpo y la sujeto. Luego recorto por los bordes y con las tijeras hago pequeños agujeros. Por ellos enhebro una de las cintas de satén, como en unas zapatillas. Con el resto de la tela también tengo un plan: será la parte de abajo. La grapo sin más y marco un pliegue grueso. Ahora solo llega a la rodilla, pero vale.

Me pongo primero las braguitas y luego el corpiño tipo corsé. Anudar el lazo de la espalda es un poco complicado, pero después puedo ajustármelo en la cadera. Encima me pongo la falda, la grapo al cuerpo y coloco otra cinta por encima, que anudo bien fuerte. Debería aguantar. Me sobran dos cintas, así que me ato una como cinta para el pelo con un gran lazo, y la otra al cuello. Corto los extremos largos y escondo el nudo en la nuca bajo el pelo.

Diría que es el mantel más bonito que he llevado nunca como vestido.

Son poco más de las nueve. Con la radio en la mano entro en el comedor. Ya huele de maravilla a buena comida. Sorprendida descubro la mesa del centro: está profusamente adornada con guirnaldas de luces y decoración navideña. Sonriendo dejo la radio sobre la mesa y miro alrededor. Al poco, Raphael sale por la puerta. Seguramente ha oído el taconeo de mis tacones altos. Se queda boquiabierto y sonríe.

—Eso no puede ser el mantel…

—Siempre llevo un vestido de lujo para emergencias en el bolso. Un pequeño secreto femenino. Pero no se lo puedes contar a nadie.

Se me escapa una risita cohibida mientras se acerca y me tiende la mano, que acepto encantada.

Raphael se inclina un poco y me besa el dorso de la mano. Ahora sí que me pongo colorada…

Le contemplo sonriendo y me pregunto si todo esto lo está interpretando para hacerme un favor, o si va en serio. Raphael me devuelve la sonrisa y me conduce a la mesa. Hasta me coloca la silla.

—Ahora mismo sirvo la cena de Navidad, un momentito, por favor.

No tarda en volver con vino y buena comida, que ha dispuesto con esmero. Un vestido blanco es un peligro, pero consigo comer sin accidentes y hasta disfrutar del postre sin dejar ni una mancha.

—¿Me cuentas tu Navidad más bonita? —me pregunta y bebe un sorbo de vino, cuando ya hemos terminado. Hago girar suavemente lo que me queda en la copa y sonrío ensimismada.

—Me gusta la de hoy y la de cuando tenía nueve años.
—¿Qué pasó entonces?
—Fue la última Navidad con mi abuela por parte de madre. Era una persona tan cálida. Por desgracia no podíamos vernos muy a menudo porque vivía en Francia. Los años anteriores no pudo volar a Londres y nosotros tampoco fuimos a verla. Sólo más tarde supe que mi madre se había peleado con ella y por eso durante mucho tiempo solo hubo contacto por teléfono. Yo no me enteré de nada. —Cierro los ojos y recuerdo—. La recogimos en el aeropuerto y se quedó a dormir en nuestra casa. Fue tan bonito. Hicimos galletas juntas y decoramos pastas. También hubo estrellitas de canela. Era una gran repostera, muy de cliché, siendo francesa. —Suelto una risita—. Jugábamos a juegos de mesa o a las cartas, me contaba historias y me leía. Por la noche me llevaba a la cama y de madrugada me escabullía a la cocina, porque preparaba el desayuno para todos. —Tengo que inspirar hondo—. Cuando, poco antes de Nochevieja, voló de vuelta a Francia, ya sabía que no volveríamos a vernos, pero fue tan valiente y no dejó traslucir lo enferma que estaba.
Raphael duda antes de preguntarme, con voz tranquila:
—¿Y ese es tu mejor recuerdo?
—Sí. Ella y mi madre estaban terriblemente enfrentadas, pero vino por mí. Para que yo tuviera un recuerdo bonito. Tanto amor, tanta generosidad sólo puede venir de una mujer con un corazón infinitamente grande.
—¿Tu madre y tu abuela no volvieron a hacer las paces?
Niego con la cabeza cuando lo pregunta.

—Hasta hoy sigue siendo un gran motivo de disputa entre nosotras. Aún así estoy agradecida a mi madre por haberlo permitido. Sigo sin saber por qué se pelearon, pero las heridas de mi madre parecen muy profundas. —Sonrío y le miro—. Para mí, esta época es también tiempo de perdonar y de dar las gracias. Quizá no lo demuestro… pero yo también he vivido muchas cosas que me han marcado. Cada año me recuerdan que mi abuela ya no está. Duele. Pero sonrío y sé que ella no habría querido que hoy estuviera triste. Yo tampoco lo querría. Si alguna vez me pasara algo y recuerdas el día de hoy, entonces sonríe. Hoy nos hemos hecho con recuerdos valiosos que a ninguno de los dos nos podrán quitar.

—Creo que aún hay margen para más, ¿qué te parece? —Raphael enciende la radio y sintoniza la emisora que pone música navideña sin pausa. Luego se levanta, me tiende la mano y me invita a bailar —. ¿Me concede el honor, señorita Lavelle?

Acepto la mano de Raphael, me levanto y le contesto coqueteando:

—Encantada, señor Snow. Bailamos muy juntos al compás de la música. Él posa la mano en mi espalda, como un caballero, y toma la iniciativa.

Canción tras canción avanzamos, nos reímos el uno al otro y disfrutamos de la velada, tan perfecta que solo puede terminar con algo muy especial: ¡regalos!

Tras nuestro baile lo llevo al despacho. Bajo el árbol de Navidad hay más de veinte paquetitos. Me arrodillo en el suelo y luego me siento con elegancia, mientras él se sienta a mi lado.

—Son todos para ti.

—¿Todos? —pregunta.

—Sí. Todo cosas útiles. Ya verás como te gustan, seguro.

Le observo, emocionada, mientras abre el primero con cuidado. Despega con suavidad el papel de la cajita, en cuyo interior hay clips. Me mira divertido y asiente.

—Siempre he soñado con esto.

Abre los demás paquetes, en los que hay lápices, bolígrafos, rotuladores, imanes para la nevera, un abrebotellas y pilas. Nos reímos con cada regalo disparatado, porque cada vez es más absurdo

—Un sacapuntas. Hace juego perfecto con los lápices. Estupendo.

Ya hemos abierto todos los paquetes y me alegra haberle arrancado una sonrisa e incluso carcajadas.

—Gracias. Ha sido una noche de verdad maravillosa.

El reloj da la medianoche. La Navidad ha terminado oficialmente.

—Yo también tengo un regalo para ti.

—¿Sí? —me sorprendo y le miro, nerviosa, cuando saca algo del bolsillo del pecho y me lo presenta.

Asombrada, reconozco un anillo de papel de aluminio. Está incluso finamente retorcido y trenzado con filigrana. Contemplo el anillo, que ahora me coloca tomando mi mano entre las suyas. Sonriendo y con las mejillas sonrosadas, lo admiro.

—Es precioso —susurro.

—Te compraré uno de verdad —promete.

—No, este es perfecto. Este anillo no tiene precio, porque es de tu parte. Sé que no es una propuesta, solo un gesto cariñoso, pero para mí lo es todo. Aún estoy admirando el anillo en mi dedo cuando Raphael se inclina hacia mí y me besa la mejilla.

—Me gustaría terminar la noche en otro sitio, Cleo…

Y no es el único. Sonriendo, le acaricio la mejilla con la punta de los dedos, le doy un beso lleno de cariño y le tiendo la mano para que me ayude a levantarme.

Juntos vamos al dormitorio de Gabriel Wings, donde Raphael me deshace primero el nudo del cuello. Luego me ayuda a salir del vestido y de los tacones. Me siento en la cama y disfruto del pequeño espectáculo que me ofrece: Raphael se va quitando la ropa poco a poco. Primero el cinturón, luego la americana, después la camisa y el pantalón. Entre medias, los zapatos y los calcetines. Al final, los molestos calzoncillos, que arroja al suelo.

Esta vez es distinto. No es voraz como en la bodega. Ni exigente como sobre su mesa, ni salvaje como sobre la mía, sino… suave y apasionado.

Elige sus besos y caricias con cuidado. No solo nos hundimos en las sábanas, sino también en nuestras emociones, nos damos tiempo y disfrutamos de cada segundo.

No sé qué hora es. Aquí en el vestíbulo siempre es de noche. La luz artificial acaba por adormecer a cualquiera. En diciembre el sol apenas asoma y fuera casi nunca es realmente de día.

Me froto los ojos, cansada, bostezo y vuelvo a acurrucarme contra su pecho cálido.

—Esto es mucho mejor que el sexo —susurro, mientras escucho su respiración. Su pecho sube y baja, y me resulta increíblemente tranquilizador.

Su brazo reposa con desenfado debajo de mí y su mano sobre mi hombro.

—Lo tomaré como un cumplido —dice, divertido, y me hace soltar una risita.

—Gracias. —Me apoyo un poco en él y me incorporo para poder mirarle.

—No tienes que dar las gracias por el sexo… —Raphael sonríe, un poco azorado.

—No por eso… —me río— gracias por hacer de la Navidad un día tan especial para mí. Significa mucho. Ahora será mi segundo recuerdo favorito de esta fiesta.

Me inclino hacia él otra vez, le beso la mejilla y me dispongo a levantarme.

—¿Y eso? —me pregunta y posa la mano en mi muñeca para detenerme.

—Esta noche duermo en el sofá. Así tienes la cama para ti.

—Te quedas —sonríe y tira de mí con suavidad para que me quede sentada.

—Quedarme significaría que entre nosotros se estaría gestando algo serio…

Y no es el caso. Raphael guarda silencio. Parece pensativo y yo me sorprendo.

—Quédate, sin hacer preguntas.

¿Qué pretende? No estoy del todo segura de si quiere ser un caballero y evitar que duerma en el sofá, o si de verdad va en serio. No debo hacer preguntas. Así que nada de hablar de por qué lo hace.

Quizás… él mismo aún no lo tiene del todo claro.

Me callaré y le daré la oportunidad de pensar. Quién sabe para qué puede servir.

Asiento y vuelvo a tumbarme a su lado, me acurruco contra él y cierro los ojos. Así, desde luego, me gusta más que estar sola en el sofá.

# Capítulo 28



# Raphael

Al final ha pasado.

Han brotado los sentimientos que he intentado reprimir todos estos años. Cleo es sencillamente una mujer maravillosa, con el corazón en su sitio. Considerada, inteligente y sincera. Y sufre. Por mi culpa.

Se merece honestidad, porque en mí crece el deseo de intentarlo de verdad con ella. Al menos eso…

—¿Sigues despierta?

No puedo dormir. Mis pensamientos dan vueltas en círculo y una y otra vez me asaltan imágenes de cómo le pido matrimonio, nos casamos, tenemos hijos, envejecemos juntos.

Hacía una eternidad que no sentía ese deseo, pero ella lo ha despertado de nuevo en mí.

—Sí, no quiero dormirme aún cuando estás a mi lado, sino disfrutar del tiempo, poder estar contigo… —Cleo suspira con placer y me siento fatal. Seguro que cree que a partir de mañana todo volverá a ser como antes. Por eso se aferra tanto a mí y a su esperanza.

—En ese entonces, cuando viniste a la entrevista conmigo —empiezo, y no puedo evitar sonreír— tenía una erección.

—¿Qué? —sonríe de oreja a oreja—. Espera. ¿En serio?

—Sí… yo estaba sentado detrás de mi escritorio, entraste con ese típico atuendo de secretaria. Falda lápiz negra, blusa ceñida, tacones altos negros. El pelo suelto. De verdad pensé que estaba en una porno. Y tu sonrisa arrebatadora. Luego empezaste a hablar y yo me

quedé ahí, asentando una y otra vez mientras me imaginaba cómo te follaría sobre mi mesa.

—Vaya… —Cleo se ríe y vuelve a incorporarse. Me sonríe radiante—. ¡Y yo estaba muerta de pánico porque me mirabas con esa cara de pocos amigos!

—Intenté concentrarme y hacer que se me bajara la erección pero ponías las manos una y otra vez sobre el regazo y eso hacía que tus pechos se juntasen un poco. Fue todo un reto.

Me mira asombrada, pero sonriente.

—Eras la mejor candidata, pero también un peligro. Aún así te contraté, y desde entonces tuve que luchar cada día para no citarte en mi despacho para follarte.

—Recuerdo que cuando me despedí no te levantaste. Pensé entonces que era porque no ibas a contratarme… y en realidad te quedaste sentado porque…

—Porque tenía una erección —se lo confirmo, lo que deja a Cleo boquiabierta. Suelta una risita nerviosa.

—Sé sincero, las horas extra… —empieza, pero no la dejo seguir especulando.

—No —interrumpo a Cleo—. De verdad quería trabajar. Pero a veces fui un poco borde contigo porque esperaba que dejaras de encandilarte. Simplemente no era una buena idea…

—¿Y ahora sigue sin ser una buena idea? —pregunta, nerviosa e insegura.

—Hace ocho años trabajaba como jefe de departamento en la competencia. Una de mis empleadas me llamó la atención

enseguida: Sophia. Nos entendíamos muy bien y desde el primer día me tuvo fascinado.

Cleo me mira en silencio mientras hablo de Sophia.

—Nos hicimos pareja muy rápido. Todo el mundo lo sabía. El director de la empresa lo toleraba, incluso me felicitó por haber conquistado para mí a la mujer más guapa del departamento.

Cleo sonríe con dulzura.

—Fue un flechazo y perfecto, como en una película. A las cuatro semanas ya nos mudamos juntos. Al año le pedí matrimonio, pero ella lo rechazó, porque aún había un problema…

—Oh. —Cleo parece sorprendida, pero guarda silencio enseguida.

—Mis padres y ella no se llevaban nada bien. Y ella quería primero que se zanjara esa disputa. No se imaginaba una boda con ellos como invitados. Sabía, sin embargo, lo importantes que eran para mí mis padres. Ese era, en realidad, nuestro mayor problema. Las posturas estaban enquistadas. En Navidad no se veían, lo celebrábamos por separado. Un año después tracé el plan de reconciliarlos, porque quería casarme con Sophia sí o sí el verano siguiente. Hablé con mis padres y con mi hermano mayor, Rubeus… —tengo que respirar hondo—. Rubeus siempre estuvo de mi parte. Pensaba que nuestros padres eran demasiado estrictos. Sophia venía de una familia de bajos recursos y a ellos simplemente no les parecía lo bastante buena. Ambos creían que Sophia quería cazar a un rico, tener un hijo y así asegurarse económicamente. Y se lo repetían cada vez que se veían.

—Ay.

—Aun así le pedí a Sophia que viniera conmigo a casa de mis padres. Era Navidad, la fiesta del amor. Ella no quería. Discutimos. Le pedí que hiciera las paces con mis padres. En realidad nosotros casi nunca discutíamos, solo cuando se trataba de mis padres saltaba todo por los aires. Y como mis padres no daban su brazo a torcer con ella, le pedí a Sophia que lo hiciera, cosa que, claro, no le gustó. Entonces yo era simplemente tonto e inmaduro. Creía que podría arreglar nuestros problemas así de fácil, pero fue un error. —Miro al techo y luego vuelvo a mirar a Cleo, que no me interrumpe. De verdad me escucha y no me juzga—. Sophia vino, incluso llevaba regalos para mis padres y para Rubeus, pero mis padres estuvieron pinchándola toda la noche. Intenté calmar las aguas, pero la cosa se nos fue de las manos y la discusión fue aún más fuerte. Sophia me amenazó con dejarme si no me ponía por fin de su lado. O ella o mis padres. Me puso contra las cuerdas y yo no sabía qué decir. A mis padres se los debía todo. Me habían criado y siempre habían estado a mi lado. Intenté explicarle a Sophia muchas veces que las preocupaciones de mis padres tenían fundamento, porque antes que ella hubo muchas mujeres que solo querían mi dinero. No eran tan duros con ella porque odiaran a Sophia, sino porque querían comprobar si iba en serio conmigo —suspiro—. Sophia quería coger un taxi e irse a casa, pero Rubeus se ofreció a llevarla para desescalar la situación. La novia de Rubeus se quedó conmigo e intentó calmarme, mientras nuestros padres decían que Sophia había arruinado la Navidad. Rubeus y Sophia se fueron y yo me enzarzé con mis padres. Les reproché haber tratado a Sophia de forma injusta y no darle una oportunidad. Eso tendría que haberlo

hecho cuando Sophia aún estaba presente, pero por desgracia no llegó a oírlo… —callo. La historia podría terminar aquí, pero está lejos de hacerlo. De repente siento la mano de Cleo sobre la mía. Me sujeta con fuerza y me da un poco de tiempo para recomponerme—. Una hora después la policía llamó a nuestra puerta. Había habido un accidente que Sophia no sobrevivió.

Oigo cómo Cleo inspira, sobresaltada.

—Rubeus acabó en el hospital. Estaba tan gravemente herido que hasta hoy necesita una silla de ruedas. Él y mis padres me echan la culpa todavía… y los padres de Sophia también me siguen reprochando su muerte. Si no la hubiera obligado a ir conmigo a casa de mis padres, nada de eso habría pasado —respiro hondo. Decir esta historia en voz alta y resumirla me ha sentado bien. Pero también ha reabierto viejas heridas—. Por eso odio la Navidad. Por eso no quiero tener más relaciones.

Ahí tiene su respuesta, aunque me temo que no era la que quería oír.

# Capítulo 29



# Cleo

Esperaba una historia triste, pero no esto.

—¿Y desde hace seis años cargas con esa culpa…? —pregunto, alterada.

—Lo haré hasta el día de mi muerte —me responde, resignado, y cierra los ojos un instante—. Cuando los vuelve a abrir, reconozco su mirada fija y fría, la que siempre se pone cuando estamos en el trabajo. Así que su corazón helado no es más que una coraza, como siempre he sospechado.

—¿Puedo decir algo?

—Claro. —Raphael me mira.

—Quiero conocer a tus padres.

Él alza las cejas, sorprendido.

—Y a tu hermano.

—Cleo, eso… —intento quitarle hierro.

—Fue un accidente y, por desgracia, los accidentes ocurren. Si yo estuviera en el lugar de Sophia, no querría que te martirizaras seis años ni que te sintieras culpable. Las cosas pasan y, por desgracia, no se pueden deshacer pero la vida sigue y tenemos que disfrutar de cada día. Te mereces amor. Aunque el dolor siempre esté ahí, se te permite volver a ser feliz. Tu renuncia no cambia nada. Ni Sophia va a volver a la vida ni tu hermano volverá a caminar, ni mucho menos harán tus padres examen de conciencia y admitirán que trataron mal a Sophia.

Raphael me escucha con atención.

—¿Y si tus padres quisieran reconciliarse contigo y tu hermano te echara de menos? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ellos?

—Hace seis años. A principios de enero. Corté el contacto porque no hacíamos más que discutir…

—¿Y tu hermano? —quiero saber.

—No he vuelto a ser capaz de mirarle a la cara. Ha intentado ponerse en contacto conmigo varias veces, pero siempre lo he rechazado.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si vas a ver a tus padres?

—¿Te refieres a cuando nos saquen de aquí, de la oficina?

—Sí. ¿Qué pasaría si después fueras directamente a verles y quisieras hablar con ellos?

—Que retomaríamos exactamente donde lo dejamos hace seis años.

—Entonces… no podría ir a peor. Pero sí a mejor. —Sonrío—. Seguro que echan de menos a su hijo. Y Rubeus a su hermano. —Le aprieto la mano con más fuerza—. Voy contigo si quieres. —Veo en la cara de Raphael que no le parece buena idea—. Dijiste tú mismo que tus padres lo dieron todo por ti. Y estoy segura de que con un hermano mayor pasa algo parecido.

—Seis años es mucho tiempo —dice.

—Nunca es tarde para atreverse a un nuevo comienzo. —Me inclino hacia él, beso sus labios y susurro—. Por cierto, lo mismo vale para el amor. Te esperaré hasta que estés preparado.

Me pongo en pie. Raphael vuelve a sujetarme, pero digo:

—El dormitorio es para ti esta noche. Yo aprovecharé para limpiar la cocina.

—Es plena noche —apunta.

—Me gusta limpiar y tú necesitas un poco de tiempo para ti. —Le beso la frente y recojo mis braguitas, que me pongo—. Yo también tengo que aprender algo: a no querer forzar las cosas. Cada persona tiene su propio ritmo. Y yo esperaré encantada porque mereces que aguante un poco más.

Encuentro rápido el pantalón de chándal y la camiseta. Descalza, salgo del dormitorio y cierro la puerta tras de mí.

Darle tiempo es solo la mitad de la verdad. He tenido que luchar tanto contra las lágrimas que simplemente tenía que irme. Por ser tan empática, así me va. Sentir su dolor ha sido duro. Ahora entiendo mucho mejor por qué se volcó en el trabajo y fue tan estricto. Sobre todo consigo mismo. He malinterpretado todo porque prefería creer en mi verdad en lugar de mirar tras la fachada…

Después de limpiar la cocina, vuelvo a la zona privada. La puerta del dormitorio está abierta de par en par. Echo un vistazo y veo que Raphael duerme, pero yo había entornado la puerta y por sí sola no se habría abierto tanto.

¿Será una invitación para que me acueste a su lado? Raphael, de hecho, está en el borde de la cama y no en el centro. Vale. Por una vez…

Me tumbo a su lado y me acurruco contra su cuerpo. De todas formas, esto me gusta mucho más que dormir sola en el sofá.

A la mañana siguiente, los dos damos un brinco. Oímos ruidos fuertes que parecen retumbar por todo el edificio.

—¿Qué es eso? —pregunto, asustada. La luz de la sala de estar y del pasillo sigue encendida, así que podemos orientarnos a grandes

rasgos.

—Suena como si hubiera una máquina enorme delante del edificio…

Raphael y yo nos levantamos, nos ponemos algo a toda prisa y corremos juntos al vestíbulo: efectivamente. Rayos de luz se cuelan por una estrecha rendija de las ventanas. ¡Nos están abriendo camino entre la nieve!

—¡Voy a por nuestros móviles!

Echo a correr de vuelta, mientras Raphael se queda en el vestíbulo, junto a las ventanas. Cuando regreso, ya veo que él tiene algunas llamadas perdidas y a mí me han entrado un montón de mensajes.

—Toma, te ha llamado Gabriel.

—Gracias. —Raphael marca el número de Gabriel y la llamada conecta—. Sí, hola. Estamos ahora en el vestíbulo y podemos ver que se mueve algo.

Raphael asiente mientras yo, nerviosa, estoy a su lado. Luego activa el altavoz para que yo pueda oír a Mr. Wings.

—Probablemente tardará aún una o dos horas, pero entonces podremos sacaros. Las arterias principales de Vancouver están ya despejadas. Ahora empresas privadas y el ejército están liberando las demás vías. La nieve se está derritiendo con calor. De otro modo no hay manera de hacerse con la situación —explica Gabriel.

—Ahora ya sé cómo debisteis sentiros Charly y tú… ¿y Nate y Sam?

—A ellos los están sacando en paralelo y sí… qué bien que ahora tengas tu propia experiencia. —Mr. Wings se ríe y pregunta—: ¿Todo bien por ahí, de momento?

—Sí. Incluso hemos podido trabajar un poco.

—Espero que sea una broma…

—De algún modo teníamos que matar el tiempo.
—¡Tendríais que haber estado follando todo el rato en vez de trabajar!
Cuando nuestro director dice eso, Gabriel quita el altavoz y se aparta unos pasos. Tengo que contener la risa. Vaya, vaya…
Al parecer, Mr. Wings sabía más de Raphael y de mí que nosotros mismos.
Aprovechamos el tiempo y dejamos recogidas de nuevo las estancias privadas de Mr. Wings, de modo que parezca que nunca estuvimos allí. Después esperamos en el vestíbulo hasta que despejan la entrada y por fin podemos salir de la empresa.
La luz del sol besa mi piel… y un aire gélido. La nieve se amontona en el aparcamiento. No podemos llegar a nuestros coches, pero se ofrecen a llevarnos a casa. Cuando nos sentamos en el vehículo quitanieves que ha mandado pedir Mr. Wings, Raphael me pregunta:
—Si coges algunas de tus cosas, podrías quedarte conmigo hasta principios de enero. ¿Qué te parece?
—Me parece estupendo.
Sonriente, me engancho de su brazo y giro la mirada hacia fuera. La mayoría de las calles ya están despejadas y la nieve la llevan fuera de la ciudad. Incontables ayudantes están ocupados devolviendo el orden. En las noticias cuentan que nunca ha habido un caos de nieve semejante en medio de la ciudad…

**Suscríbete a mi *newsletter* y recibe el capítulo extra de este libro:**

https://luvlee.us/amalia-blum-es

# Gracias...



... ¡por comprar y leer mi libro!

Si te ha gustado, ¡me encantaría que dejaras una reseña en Amazon!

Y para estar siempre al día y recibir información sobre nuevos lanzamientos y promociones, sígueme en mi página de autora en Amazon.

https://www.amazon.es/stores/Amalia-Blum/author/B0CX5G1PJN

Con todo mi amor desde el fondo de mi corazón,

tu Amalia